

日本

ESTRACION

Española y Americana



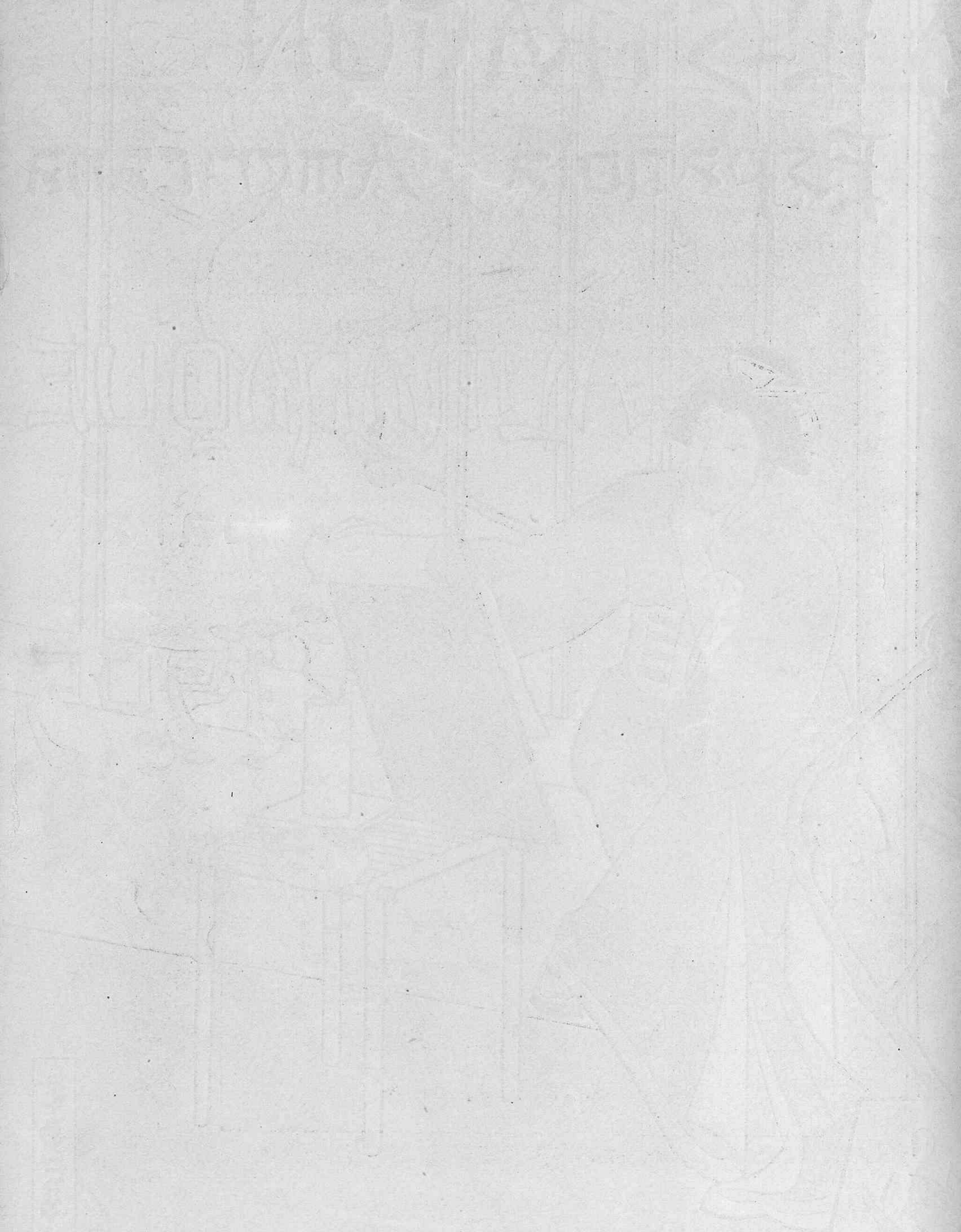
日本美術

para

1905



日本美術



AÑO XLIX

La Ilustración Española y Americana

REVISTA DE BELLAS ARTES, LITERATURA Y ACTUALIDADES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

Un año, **35** pesetas. — Seis meses, **18**. — Tres meses, **10**.

PROVINCIAS

Un año, **40** pesetas. — Seis meses, **21**. — Tres meses, **11**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios, á razón de 180 reis por peseta.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

AGENCIAS DE LA EMPRESA EN AMÉRICA Y ASIA

(Pagaderos en oro por anticipado.)

Un año, **60** francos. — Seis meses, **35** francos

quedando los Sres. Agentes de esta Empresa, en América, autorizados para fijar el importe que, en la moneda circulante en cada país, equivalga á los expresados precios, atendiendo al coste de las letras sobre Europa.

En los días **8, 15, 22 y 30** de cada mes aparece un número de 16 páginas, muchas de ellas con selectos grabados, reproduciendo los sucesos de interés general, cuadros notables de todas las escuelas, monumentos arquitectónicos antiguos ó modernos, retratos de los personajes de reconocida notoriedad, etc. La sección literaria, confiada á los más distinguidos escritores, contribuye de manera eficaz á hacer de esta publicación una verdadera enciclopedia de nuestra época. Cuando la abundancia ó el interés de los asuntos artísticos ó de actualidad lo reclama, se distribuyen Suplementos, gratis para los Sres. Suscriptores.

Á las personas que deseen conocer esta publicación se les facilita número de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA



AÑO XLVII.

MADRID, 8 DE AGOSTO DE 1903.

NÚM. XXIX.



20 12

ALMANAQUE

DE

La Ilustración Española y Americana

PARA EL AÑO

1905



ALMANAQUE

DE

LA ILUSTRACIÓN

PARA EL AÑO DE

1905

DIRIGIDO Y COMPUESTO

POR

DON ANTONIO GARRIDO

CON LA COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Acebal (D. Francisco), Amador de los Ríos (D. Rodrigo), Bellanger, Blasco-Beimonte (D. M. R.),
 Brandseph, Cánovas y Vallejo (D. José), Caula (D. Antonio de), Cavestany (D. Juan Antonio),
 Córdoba (D. R. de), Coullaut Valera (D. Lorenzo), Cuenca (D. Carlos Luis de), Deuilly, Elola (D. José de),
 Entraygues, Fernández Bremón (D. José), Ferrari (D. Emilio), Francos Rodríguez (D. José),
 Gallegos (D. José), Guerra (Angel), Hoecker, Ibaseta (D. Joaquín G.), Jackson Veyán (D. José), Jardón,
 Kaulbach, Kiesel, Landerer (D. José J.), Larrubiera (D. Alejandro), Laurent, Lemeupier,
 Lumbreras (D. J. M.), Llaneces (D. José), Maxence, Moct, Orenzo, Palao (D. Luis),
 Paoletti, Pedrero (D. Mariano), Ramos Carrión (D. Miguel), Reina (D. Manuel), Reyes (D. Arturo),
 Sánchez Gerona (D. José), Sánchez Pérez (D. Antonio), Sbarbi (D. José María), Seifert,
 Sellés (D. Eugenio), Torriglia, Wimsch.

AÑO XXXII



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCEORES DE RIVADENEYRA»

IMPRESORES DE LA REAL CASA

Paseo de San Vicente, número 20

1904

ES PROPIEDAD.

QUEDA HECHO EL DEPÓSITO QUE MARCA LA LEY.

ÍNDICE GENERAL.

TEXTO.

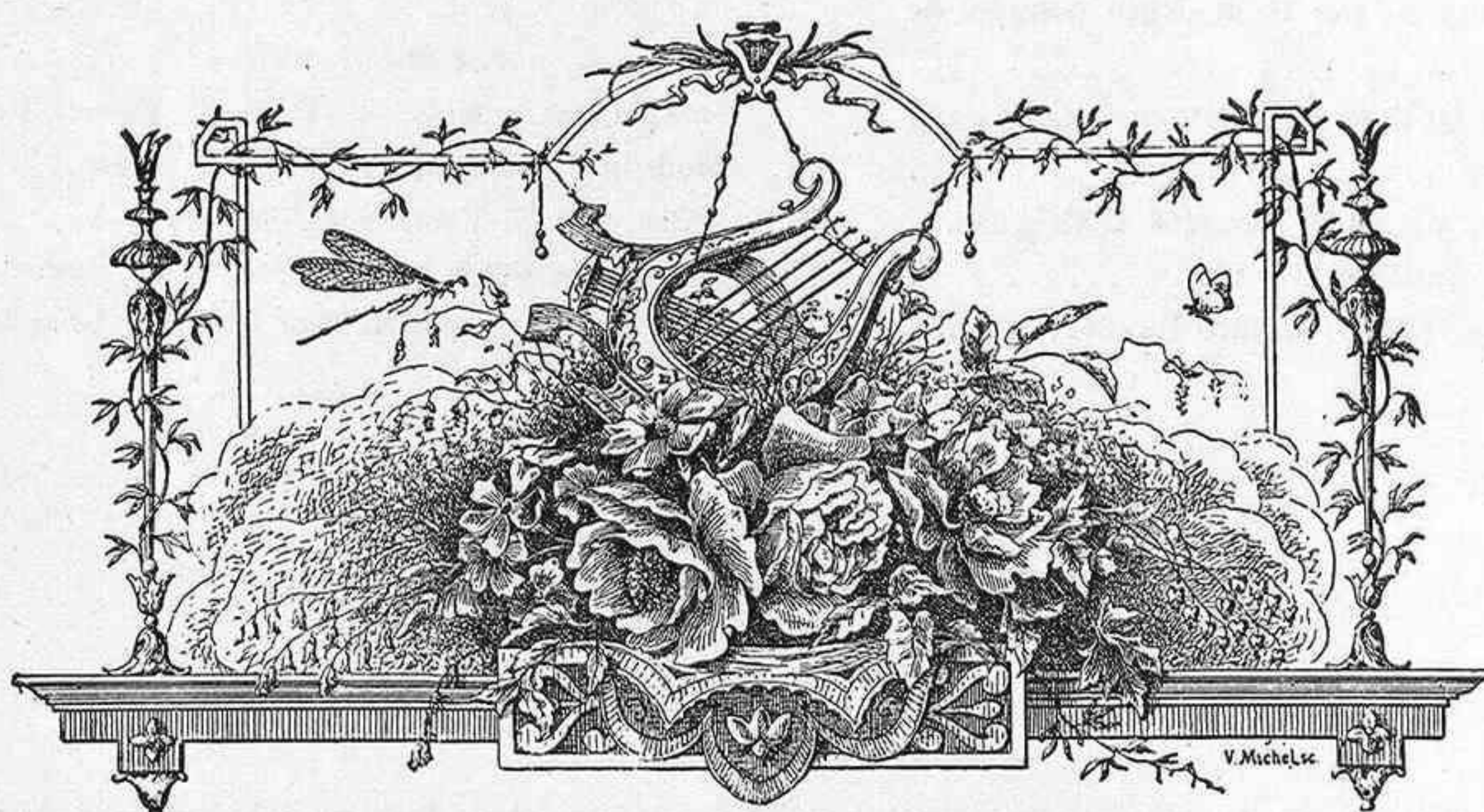
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S. .	9	El peine de oro, por D. José Cánovas y Vallejo.	57
Anuncios astronómicos, por D. M. V.	9	El cielo en 1905, por D. José J. Landerer.	61
Santoral.	11 á 22	Ritornello, por D. Alejandro Larrubiera.	67
Hoja en blanco, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany.	23	Diálogo madrileño, por D. José Fernández Bremón.	72
El tonto de la Mudarra, por D. A. Sánchez Pérez.	26	El luto, poesía, por D. R. de Córdoba.	73
Aislamiento, poesía, por D. Emilio Ferrari.	32	De cómo y cuándo recibió muerte Don Quijote, por D. José de Elola.	76
Grande en chico, por D. José María Sbarbi.	33	El Cristo de Candás, poesía, por D. José Jackson Veyán.	79
El Alcalde de Alcorcón, por D. Rodrigo Amador de los Ríos.	40	La barca, por <i>Angel Guerra</i>	80
Las bodas de Don Quijote y Dulcinea, poesía, por D. Manuel Reina.	43	Los pobres, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte.	85
Pintura y realidad, por D. J. Francos Rodríguez.	46	Medula y masa, por D. Eugenio Sellés.	90
El ídolo, por D. J. Sánchez Gerona.	47	Tolín, por D. Francisco Acebal.	94
Palabra de hombre, por D. Arturo Reyes.	53	Azules, pardos y negros, por D. M. Ramos Carrión.	96
		Por las narices, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca.	100

GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del Santoral, por D. Mariano Pedrero.	11 á 22	Ilustración de «Aislamiento», dibujo de D. J. M. Lumbreras.	32
Sobrepuerta, de D. José Llaneces.	24	Preludio, cuadro de Kiesel.	38
Sus favoritos, cuadro de Jardon.	25	La gallina ciega, cuadro de D. José Llaneces.	39
La <i>toilette</i> de las muñecas, cuadro de Laurent Desrousseaux.	29	Ilustración de «Las bodas de Don Quijote y Dulcinea», bajo relieve de D. Lorenzo Coullaut Valera.	43
A la mar, cuadro de D. Joaquín G. Ibaseta.	30	¡No viene....!, cuadro de Camilo Bellanger.	44
Un secreto importante, cuadro de Wimsch.	31		

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
¿Quién teme más?, cuadro de Moch...	45	Ilustraciones de «La barca», dibujos de D. Antonio de Caula.....	80, 81, 82 y 83
Ilustración de «Pintura y realidad», dibujo de don J. M. Lumbreras	46	La comunión, cuadro de D. José Gallegos.....	84
Ilustraciones de «El ídolo», dibujos de D. J. Sánchez Gerona.....	47 y	Ilustraciones de «Los pobres», dibujo de D. Mariano Pedrero.....	85, 86 y 87
Sobrepuerta, de D. José Llaneces.....	51	El cuento de la abuelita, cuadro de Hoecker.....	88
Lectura interesante, cuadro de Brandseph.....	52	Campesina, cuadro de Bellanger.....	89
Ilustraciones de «El peine de oro», dibujos de don Luis Palao.....	57, 58 y	Días felices, cuadro de Deully.....	89
En el campo, cuadro de Seifert.....	65	Vendiendo amor, cuadro de Lemeunier.....	92
Regateando, cuadro de Torriglia.....	66	El escondite, cuadro de D. José Llaneces.....	93
Ilustraciones de «Ritornello», dibujos de D. Mariano Pedrero.....	67, 70 y	Ilustración de «Tolín», dibujo de D. Antonio de Caula.....	94
Asedio de una plaza, cuadro de Orezn.....	74	Ilustraciones de «Azules, pardos y negros», dibujos de D. J. M. Lumbreras.....	96 y 97
En el lago, cuadro de Paoletti.....	75	Familia feliz.....	99
Antes de la procesión, cuadro de Entraygues.....	75	Canción vespertina, cuadro de Maxence.....	101
Lección de lectura, cuadro de Kaulbach.....	78	En marco antiguo, cuadro de Charderon.....	102
Ilustraciones de «El Cristo de Candás», dibujos de D. Luis Palao.....	79	VIÑETAS VARIAS: 8, 23, 26, 33, 37, 40, 42, 53, 56, 61, 63, 64, 72, 76, 90 y 100.	



PRELIMINARES.

AÑO RELIGIOSO.

CÓMPUTO ECLESIAÍSTICO.

Aureo número.	6	Indicción romana.	3
Epacta..	XXIV	Letra dominical.	a
Ciclo solar.	10	Letra del martirologio romano.	E

DÍAS DE AYUNO.

Todos los de *Cuaresma*, excepto los Domingos.
 Los Viernes y Sábados de *Adviento*; advirtiéndose que, cuando la fiesta de la *Purísima Concepción de Nuestra Señora* cae en Viernes ó en Sábado, se anticipa el ayuno al Jueves inmediato.
 La Vigilia de *Pentecostés* (con abstinencia de carne).
Miércoles, Viernes y Sábado de cada una de las cuatro *Témporas*.
 Vigilia de *San Pedro y San Pablo* (con abstinencia de carne).
 Vigilia del *Apóstol Santiago*.
 Vigilia de la *Asunción de Ntra. Señora* (con abstinencia de carne).
 Vigilia de *Todos los Santos*.
 Vigilia de *Navidad* (con abstinencia de carne).
 También es ayuno con abstinencia de carne el *Miércoles, Jueves, Viernes y Sábado* de la *Semana Santa* (19, 20, 21 y 22 de Abril).

FIESTAS MOVIBLES.

Dulcísimo Nombre de Jesús.	15 de Enero.
La Sacra Familia.	22 de Enero.
Septuagésima.	19 de Febrero.
Sexagésima.	26 de Febrero.
Quincuagésima.	5 de Marzo.
Miércoles de Ceniza.	8 de Marzo.
Pascua de Resurrección.	23 de Abril.
Patrocinio de San José.	14 de Mayo.
Letanías.	29, 30 y 31 de Mayo.
Ascensión del Señor.	1 de Junio.
Pascua de Pentecostés.	11 de Junio.
La Santísima Trinidad.	18 de Junio.
Sanctissimum Corpus Christi.	22 de Junio.
La Preciosísima Sangre de Ntro. Sr. Jesucristo.	2 de Julio.
San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	20 de Agosto.
Nuestra Señora del Rosario.	1 de Octubre.
Patrocinio de Nuestra Señora.	12 de Novbre.
Dominicas entre Pentecostés y Adviento.	24.
Adviento.	3 de Dicbre.

ADVERTENCIA. Ningún día de ayuno se puede promiscuar carne y pescado, y durante la *Cuaresma* ni aun los Domingos.
 Debe renovarse la Bula todos los años en la época de su promulgación, y los que no la renueven deben guardar abstinencia todos los días de ayuno, los Domingos de *Cuaresma* y todos los Viernes del año.

VELACIONES.

Se abren el 7 de Enero y el 1 de Mayo, y se cierran respectivamente el 7 de Marzo y el 2 de Diciembre.

TÉMPORAS.

I.—El 15, 17 y 18 de Marzo.	III.—El 20, 22 y 23 de Sepbre.
II.—El 14, 16 y 17 de Junio.	IV.—El 20, 22 y 23 de Dicbre.

DÍAS EN QUE SE SACA ÁNIMA.

El 19 de Febrero; el 14, 25 y 26 de Marzo; el 2, 14, 15 y 26 de Abril y el 15 y 17 de Junio.

ANUNCIOS ASTRONÓMICOS

que deben insertarse en los calendarios de Castilla la Nueva, correspondientes al año 1905.

POSICIÓN GEOGRÁFICA DE MADRID.

LONGITUD. . . 0^h 14^m 45,1 al O. del meridiano de Greenwich.
 LATITUD. . . 40° 24' 29" 7 N.

ENTRADA DEL SOL EN LOS SIGNOS DEL ZODÍACO.

20 de Enero, en <i>Acuario</i> .	23 de Julio, en <i>Leo</i> .— <i>Cantcula</i> .
19 de Febrero, en <i>Piscis</i> .	23 de Agosto, en <i>Virgo</i> .
21 de Marzo, en <i>Aries</i> .— <i>Primavera</i> .	23 de Sepbre., en <i>Libra</i> .— <i>Otoño</i> .
20 de Abril, en <i>Tauro</i> .	24 de Octubre, en <i>Escorpio</i> .
21 de Mayo, en <i>Géminis</i> .	22 de Noviembre, en <i>Sagitario</i> .
22 de Junio, en <i>Cáncer</i> .— <i>Estío</i> .	22 Dic., en <i>Capricornio</i> .— <i>Invierno</i> .

CUATRO ESTACIONES.

PRIMAVERA.—Entra el 21 de Marzo á las 6 horas y 58 minutos.
 ESTÍO.—Entra el 22 de Junio á las 2 horas y 52 minutos.
 OTOÑO.—Entra el 23 de Septiembre á las 17 horas y 30 minutos.
 INVIERNO.—Entra el 22 de Diciembre. á las 12 horas y 4 minutos.

ECLIPSES DE SOL Y DE LUNA.

FEBRERO 19. *Eclipse parcial de Luna*, en parte visible en Madrid.
 Principio del eclipse, á las 17 h. y 54 m. }
 Medio del eclipse, á las 19 y 0..... } Tiempo medio civil
 Fin del eclipse, á las 20 y 6..... } de Greenwich.

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte boreal del limbo, 0,406: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 53° de su vértice boreal hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 23° de su vértice boreal hacia Occidente (visión directa).

El principio de este eclipse será visible en casi toda Europa y África, en toda el Asia, en la Australia, en el estrecho de Behring, en todo el Océano Índico, en parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.

El fin de este eclipse será visible en toda Europa, Asia y África, en casi toda la Australia, en el Océano Índico, en parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en parte del Atlántico, en gran parte del Mar Polar Ártico y en parte del Antártico.

MARZO 6. *Eclipse anular de Sol*, invisible en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 2 h. 19,4 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 53° 21' al E. de Greenwich, y latitud 38° 30' S.

El eclipse central principia en la Tierra á 3 h. 35,9 m., tiempo

PRELIMINARES.

medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 31° 19' al E. de Greenwich, y latitud 52° 6' S.

El eclipse central á mediodía sucede á 4 h. 51,5 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 110° 1' al E. de Greenwich, y latitud 43° 20' S.

El eclipse central termina en la Tierra á 6 h. 43,9 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 176° 38' al E. de Greenwich, y latitud 18° 22' S.

El eclipse termina en la Tierra á 8 h. 5,4 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 152° 1' al E. de Greenwich, y latitud 4° 37' S.

Este eclipse será visible en una pequeña parte de Africa, en la Australia, en gran parte del Océano Índico y del Mar Polar Antártico.

AGOSTO 15. *Eclipse parcial de Luna*, en parte visible en Madrid

Principio del eclipse, á las 2 h. y 39 m.	} Tiempo medio civil de Greenwich.
Medio del eclipse, á las 3 y 41.	
Fin del eclipse, á las 4 y 43.	

Valor de la máxima fase ó parte eclipsada de la Luna, contada desde la parte austral del limbo, 0,288: tomando como unidad el diámetro de la Luna.

El primer contacto de la sombra con la Luna se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 46° de su vértice austral hacia Oriente (visión directa).

El último contacto de la sombra con la Luna, se verificará en un punto del limbo de ésta que dista 19° de su vértice austral hacia occidente (visión directa).

El principio de este eclipse será visible en gran parte de Europa, en casi toda el África y la América Septentrional, en toda la Meridional, en el Océano Atlántico, en parte del Pacífico, en el Mediterráneo, en parte del Mar Polar Ártico y en gran parte del Antártico.

El fin de este eclipse será visible en parte de Europa y África, en casi toda la América Septentrional y en toda la Meridional, en el Océano Atlántico, en gran parte del Pacífico, en parte del

Mediterráneo y del Mar Polar Ártico y en gran parte del Antártico.

AGOSTO 30. *Eclipse total de Sol*, visible como parcial en Madrid.

El eclipse principia en la Tierra á 10 h. 37,7 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 76° 17' al O. de Greenwich, y latitud 37° 31' N.

El eclipse central principia en la Tierra á 11 h. 41,4 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el primer lugar que lo ve se halla en la longitud de 96° 16' al O. de Greenwich, y latitud 50° 15' N.

El eclipse central á mediodía sucede á 12 h. 50,2 m., tiempo medio civil de Greenwich, en la longitud de 12° 23' al O. de Greenwich, y latitud 45° 52' N.

El eclipse central termina en la Tierra á 14 h. 33,5 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud de 54° 53' al E. de Greenwich, y latitud 13° 42' N.

El eclipse termina en la Tierra á 15 h. 37,3 m., tiempo medio civil de Greenwich, y el último lugar que lo ve se halla en la longitud 49° 9' al E. de Greenwich, y latitud 5° 44' N.

Este eclipse será visible en casi toda Europa, en gran parte de Africa y de la América Septentrional, en parte del Océano Atlántico, en una pequeña parte del Índico, en el Mediterráneo y en gran parte del Mar Polar Ártico.

Las circunstancias principales de este eclipse para Madrid son las siguientes:

Principio del eclipse, á las 11 h. 48 m., 21,8 s.	} Tiempo medio civil de Greenwich.
Medio del eclipse, á las 13,11, 22,6.	
Fin del eclipse, á las 14,30, 24,1.	

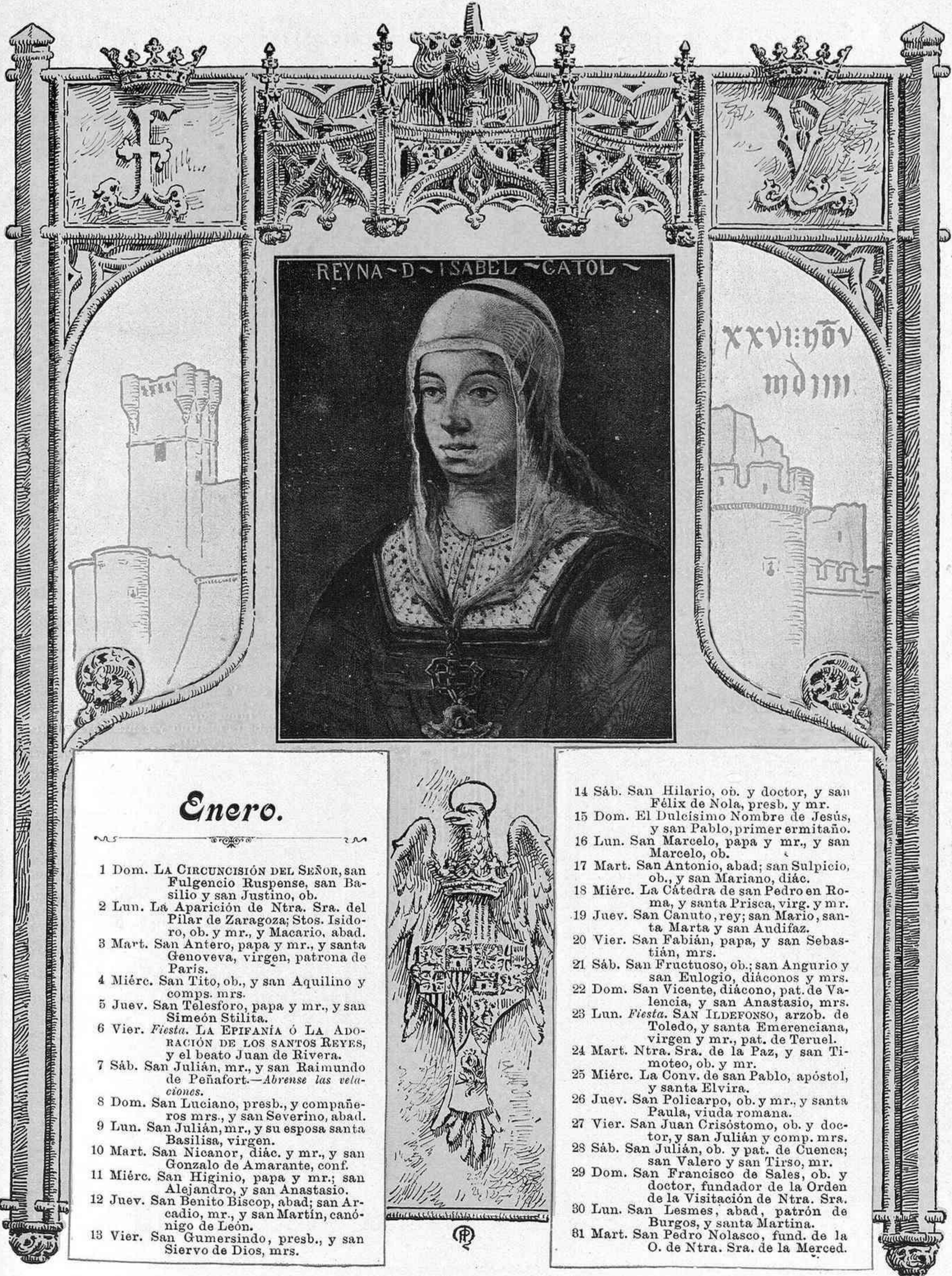
Valor de la máxima fase ó parte eclipsada del Sol, 0,933; tomando como unidad el diámetro del Sol.

El primer contacto se verificará en un punto del limbo del Sol que dista 53° de su vértice superior hacia la derecha (visión directa).

El último contacto se verificará en un punto del limbo del Sol que dista 74° de su vértice superior hacia la izquierda (visión directa).

Horas de tiempo medio civil, de Greenwich, á que se verifican las fases de la Luna durante el año 1905

ENERO.	}	Día 5.—18h 17m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .	}	JULIO.	}	Día 2.—17h 50m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Nueva</i> .
		13.—20h 11m, en <i>Aries</i> .— <i>Creciente</i> .				9.—17h 46m, en <i>Libra</i> .— <i>Creciente</i> .
		21.—7h 14m, en <i>Leo</i> .— <i>Llena</i> .				16.—15h 32m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Llena</i> .
		28.—0h 20m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Menguante</i> .				24.—13h 9m, en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
FEBRERO.	}	Día 4.—11h 6m, en <i>Acuario</i> .— <i>Nueva</i> .	}	AGOSTO.	}	Día 1.—4h 3m, en <i>Leo</i> .— <i>Nueva</i> .
		12.—16h 20m, en <i>Tauro</i> .— <i>Creciente</i> .				7.—22h 17m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Creciente</i> .
		19.—18h 52m, en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .				15.—3h 31m, en <i>Acuario</i> .— <i>Llena</i> .
		26.—10h 4m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Menguante</i> .				23.—6h 10m, en <i>Tauro</i> .— <i>Menguante</i> .
MARZO.	}	Día 6.—5h 20m, en <i>Piscis</i> .— <i>Nueva</i> .	}	SEPTIEMBRE	}	Día 6.—4h 9m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Creciente</i> .
		14.—9h 0m, en <i>Géminis</i> .— <i>Creciente</i> .				13.—18h 10m, en <i>Piscis</i> .— <i>Llena</i> .
		21.—4h 56m, en <i>Virgo</i> .— <i>Llena</i> .				21.—22h 14m, en <i>Géminis</i> .— <i>Menguante</i> .
		27.—21h 35m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Menguante</i> .				28.—21h 59m, en <i>Libra</i> .— <i>Nueva</i> .
ABRIL.	}	Día 4.—23h 23m, en <i>Aries</i> .— <i>Nueva</i> .	}	OCTUBRE.	}	Día 5.—12h 54m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Creciente</i> .
		12.—21h 41m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Creciente</i> .				13.—11h 3m, en <i>Aries</i> .— <i>Llena</i> .
		19.—13h 38m, en <i>Libra</i> .— <i>Llena</i> .				21.—12h 50m, en <i>Cáncer</i> .— <i>Menguante</i> .
		26.—11h 13m, en <i>Acuario</i> .— <i>Menguante</i> .				28.—6h 58m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Nueva</i> .
MAYO.	}	Día 4.—15h 50m, en <i>Tauro</i> .— <i>Nueva</i> .	}	NOVIEMBRE	}	Día 4.—1h 39m, en <i>Acuario</i> .— <i>Creciente</i> .
		12.—6h 46m, en <i>Leo</i> .— <i>Creciente</i> .				12.—5h 11m, en <i>Tauro</i> .— <i>Llena</i> .
		18.—21h 36m, en <i>Escorpio</i> .— <i>Llena</i> .				20.—1h 34m, en <i>Leo</i> .— <i>Menguante</i> .
		26.—2h 50m, en <i>Piscis</i> .— <i>Menguante</i> .				26.—16h 47m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Nueva</i> .
JUNIO.	}	Día 3.—5h 57m, en <i>Géminis</i> .— <i>Nueva</i> .	}	DICIEMBRE.	}	Día 3.—18h 38m, en <i>Piscis</i> .— <i>Creciente</i> .
		10.—13h 5m, en <i>Virgo</i> .— <i>Creciente</i> .				11.—23h 25m, en <i>Géminis</i> .— <i>Llena</i> .
		17.—5h 51m, en <i>Sagitario</i> .— <i>Llena</i> .				19.—12h 9m, en <i>Virgo</i> .— <i>Menguante</i> .
		24.—19h 46m, en <i>Aries</i> .— <i>Menguante</i> .				26.—4h 46m, en <i>Capricornio</i> .— <i>Nueva</i> .



REYNA D' ISABEL CATOL



xxvi:non
mdm

Enero.

- 1 Dom. LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, san Fulgencio Ruspense, san Basilio y san Justino, ob.
- 2 Lun. La Aparición de Ntra. Sra. del Pilar de Zaragoza; Stos. Isidoro, ob. y mr., y Macario, abad.
- 3 Mart. San Antero, papa y mr., y santa Genoveva, virgen, patrona de París.
- 4 Miérc. San Tito, ob., y san Aquilino y comps. mrs.
- 5 Juev. San Telesforo, papa y mr., y san Simeón Stilita.
- 6 Vier. *Fiesta.* LA EPIFANÍA Ó LA ADORACIÓN DE LOS SANTOS REYES, y el beato Juan de Rivera.
- 7 Sáb. San Julián, mr., y san Raimundo de Peñafort.—*Abrense las velaciones.*
- 8 Dom. San Luciano, presb., y compañeros mrs., y san Severino, abad.
- 9 Lun. San Julián, mr., y su esposa santa Basilisa, virgen.
- 10 Mart. San Nicanor, diác. y mr., y san Gonzalo de Amarante, conf.
- 11 Miérc. San Higinio, papa y mr.; san Alejandro, y san Anastasio.
- 12 Juev. San Benito Biscop, abad; san Arcadio, mr., y san Martín, canónigo de León.
- 13 Vier. San Gumersindo, presb., y san Siervo de Dios, mrs.



- 14 Sáb. San Hilario, ob. y doctor, y san Félix de Nola, presb. y mr.
- 15 Dom. El Dulcísimo Nombre de Jesús, y san Pablo, primer ermitaño.
- 16 Lun. San Marcelo, papa y mr., y san Marcelo, ob.
- 17 Mart. San Antonio, abad; san Sulpicio, ob., y san Mariano, diác.
- 18 Miérc. La Cátedra de san Pedro en Roma, y santa Prisca, virg. y mr.
- 19 Juev. San Canuto, rey; san Mario, santa Marta y san Audifaz.
- 20 Vier. San Fabián, papa, y san Sebastián, mrs.
- 21 Sáb. San Fructuoso, ob.; san Angurio y san Eulogio, diáconos y mr.
- 22 Dom. San Vicente, diácono, pat. de Valencia, y san Anastasio, mrs.
- 23 Lun. *Fiesta.* SAN ILDEFONSO, arzob. de Toledo, y santa Emerenciana, virgen y mr., pat. de Teruel.
- 24 Mart. Ntra. Sra. de la Paz, y san Timoteo, ob. y mr.
- 25 Miérc. La Conv. de san Pablo, apóstol, y santa Elvira.
- 26 Juev. San Policarpo, ob. y mr., y santa Paula, viuda romana.
- 27 Vier. San Juan Crisóstomo, ob. y doctor, y san Julián y comp. mrs.
- 28 Sáb. San Julián, ob. y pat. de Cuenca; san Valero y san Tirso, mr.
- 29 Dom. San Francisco de Sales, ob. y doctor, fundador de la Orden de la Visitación de Ntra. Sra.
- 30 Lun. San Lesmes, abad, patrón de Burgos, y santa Martina.
- 31 Mart. San Pedro Nolasco, fund. de la O. de Ntra. Sra. de la Merced.



Febrero.

- 1 Miérc. San Ignacio y san Cecilio, patrón de Granada, obispos y mártires.
- 2 Juev. *Fiesta. LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA* (vulgo *La Candelaria*), y san Cornelio Centurión, obispo.
- 3 Vier. San Blas, ob. y mr., y el beato Nicolás de Longobardo.
- 4 Sáb. San Andrés Corsino, ob., y san José de Leonisa, confesor.
- 5 Dom. Santa Agueda, virgen y mr., y san Pedro Bautista y 25 compañeros, mártires del Japón.
- 6 Lun. Santa Dorotea, virgen, y san Teófilo, mártires.
- 7 Mart. San Romualdo, abad, fundador de los Camaldulenses, y san Ricardo, rey de Inglaterra.
- 8 Miérc. San Juan de Mata, fund. de los Trinitarios.
- 9 Juev. Santa Apolonia, virgen y mr.
- 10 Vier. Santa Escolástica, virgen, y san Guillermo, duque de Aquitania.
- 11 Sáb. San Saturnino, presb., y compañeros, mártires, y los santos Siete Siervos de María, fundadores.
- 12 Dom. Santa Eulalia de Barcelona, virgen y mr., y la primera Traslación de san Eugenio, arzobispo de Toledo.
- 13 Lun. San Benigno, mr., y santa Catalina de Rizzis, virgen.

- 14 Mart. San Valentin, presb. y mr., y el beato Juan Bautista de la Concepción, fundador.
- 15 Miérc. San Faustino y santa Jovita, hermanos, mrs.
- 16 Juev. San Julián y 5.000 compañeros, mrs.
- 17 Vier. San Julián de Capadocia, mr.
- 18 Sáb. San Eladio, arzobispo de Toledo; san Simeón, obispo y mr., y san Teotónio, conf.
- 19 Dom. *de Septuagésima.* San Gabino, presb. y mártir, y san Alvaro de Córdoba, *en vida.*
- 20 Lun. San León y san Eleuterio, obs.
- 21 Mart. San Félix y san Maximiano, obs.
- 22 Miérc. La Cátedra de san Pedro en Antioquia y san Pascasio, ob.
- 23 Juev. San Pedro Damiano, ob., card. y doctor; santa Marta, virgen y mr. y santa Margarita de Cortona, penitente.
- 24 Vier. San Matias, apóstol, y san Modesto, obispo.
- 25 Sáb. San Cesáreo, conf., y el beato Sebastián de Aparicio.
- 26 Dom. *de Sexagésima.* San Alejandro, ob.
- 27 Lun. San Baldomero, conf.
- 28 Mart. San Román, abad, y los santos Macario, Rufino, Justo y Teófilo, compañeros, mrs.



Marzo.

- | | |
|--|--|
| 1 Miérc. Sto. Ángel de la Guarda. | 17 Vier. San Patricio, ob. y cont. |
| 2 Juev. San Lucio, obispo. | <i>Témpora. — Ayuno.</i> |
| 3 Vier. San Emeterio, mr. | 18 Sáb. San Gabriel, arcangel. — |
| 4 Sáb. San Casimiro. | <i>Témpora. — Ayuno. — Or-</i> |
| 5 Dom. de Quincuagésima San Eusebio y comps. mrs. | <i>denes.</i> |
| 6 Lun. Stos. Víctor y Victoriano. | 19 Dom. II de Cuaresma. SAN JOSÉ. |
| 7 Mart. Santo Tomás de Aquino, | 20 Lun. San Niceto, ob. |
| <i>Ciérranse las velaciones.</i> | 21 Mart. San Benito, abad y fund. |
| 8 Miérc. de Ceniza. San Juan de Dios, fund. — <i>Principia el ayuno de Cuaresma.</i> | 22 Miérc. San Deogracias, ob. |
| 9 Juev. Santa Francisca. | 23 Juev. San Victoriano mr. |
| 10 Vier. San Melitón. | 24 Vier. San Agapito, ob. y mr. |
| 11 Sáb. San Eulogio, pbro. y mr. | 25 Sáb. Fiesta. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS. — <i>Anima.</i> |
| 12 Dom. I de Cuaresma. San Gregorio Magno. | 26 Dom. III de Cuaresma. San Braulio, ob. — <i>Anima.</i> |
| 13 Lun. San Leandro, mr. | 27 Lun. San Ruperto, ob. |
| 14 Mart. Santa Matilde. — <i>Anima.</i> | 28 Mart. San Sixto III, papa. |
| 15 Miérc. San Raimundo. — <i>Témpora. — Ayuno.</i> | 29 Miérc. San Eustasio, abad. |
| 16 Juev. San Julián de Anazarbo. | 30 Juev. San Juan Climaco, abad. |
| | 31 Vier. Santa Balbina virgen. |

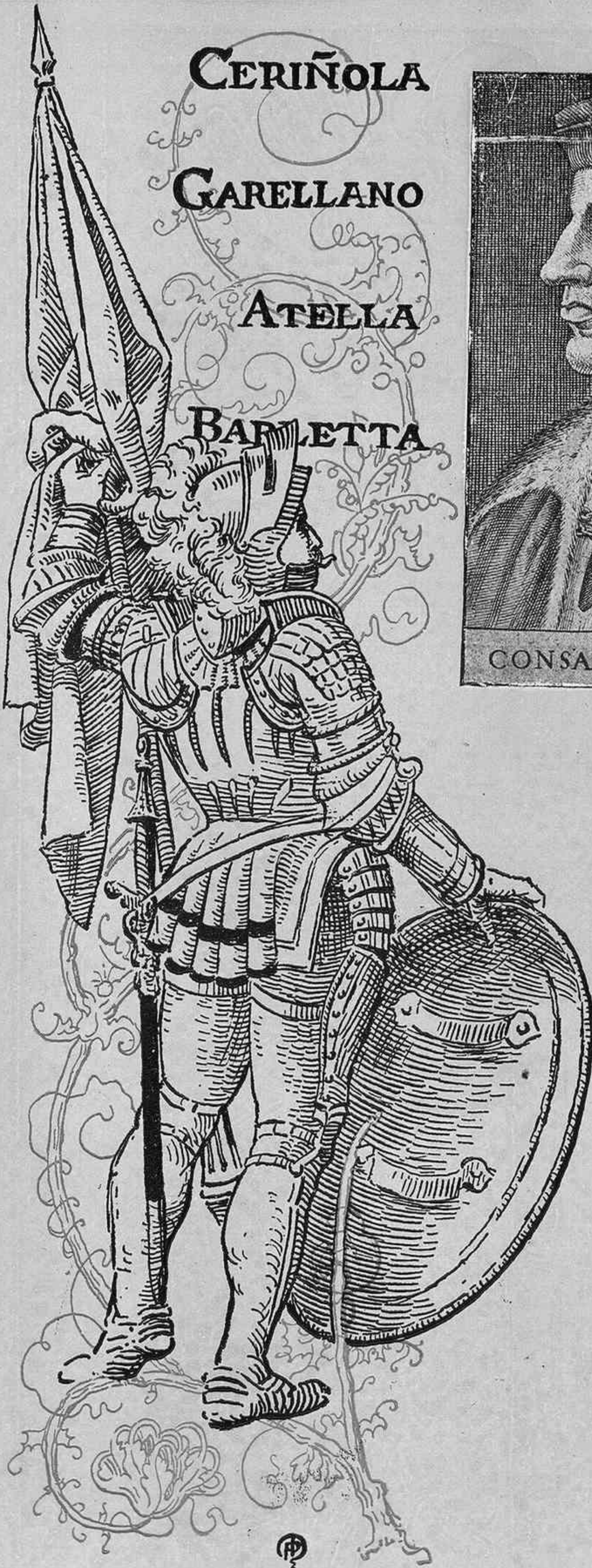


CERIÑOLA

GARELLANO

APELLA

BARILETTA



CONSALVO DI CORDOVA

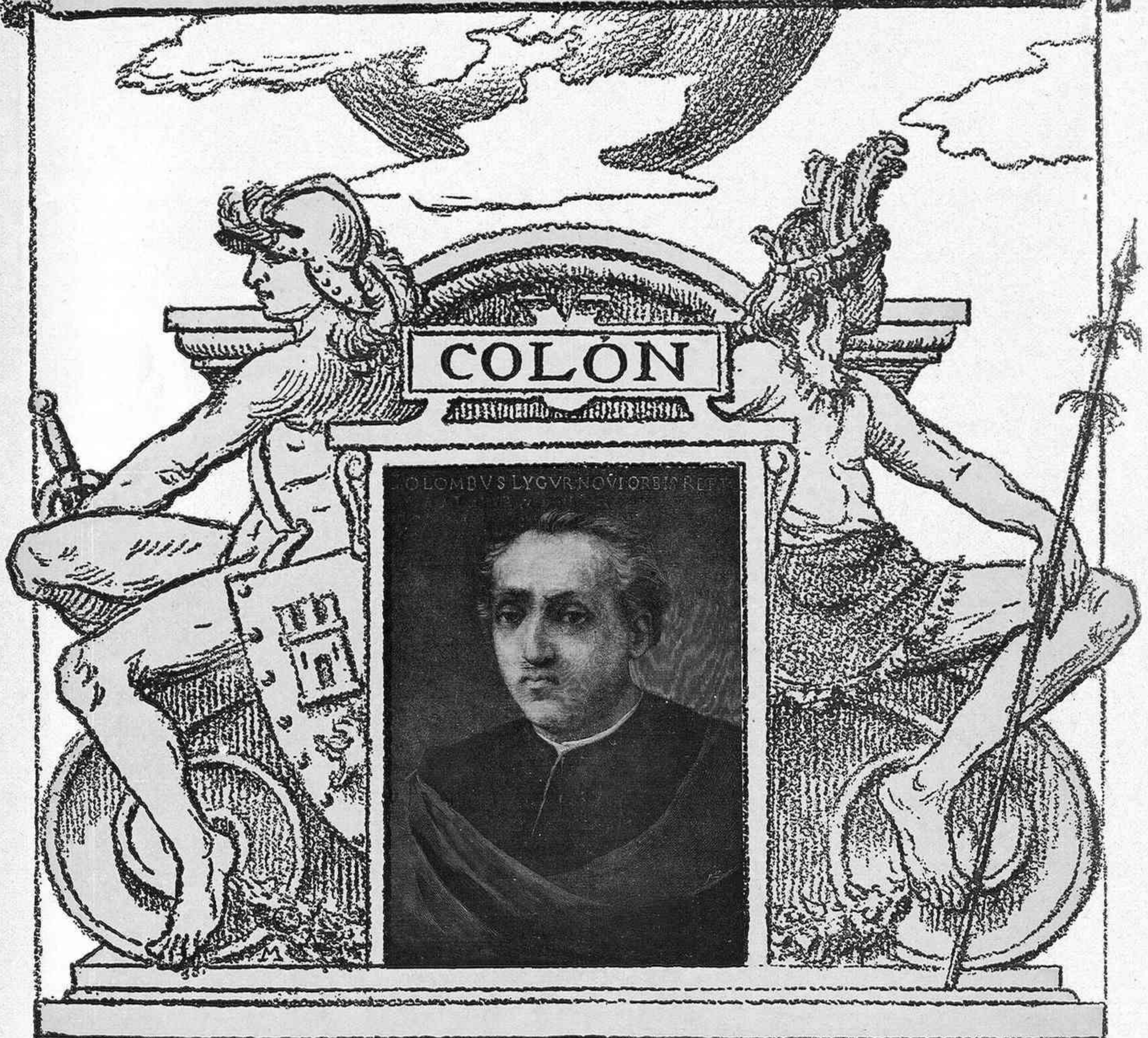


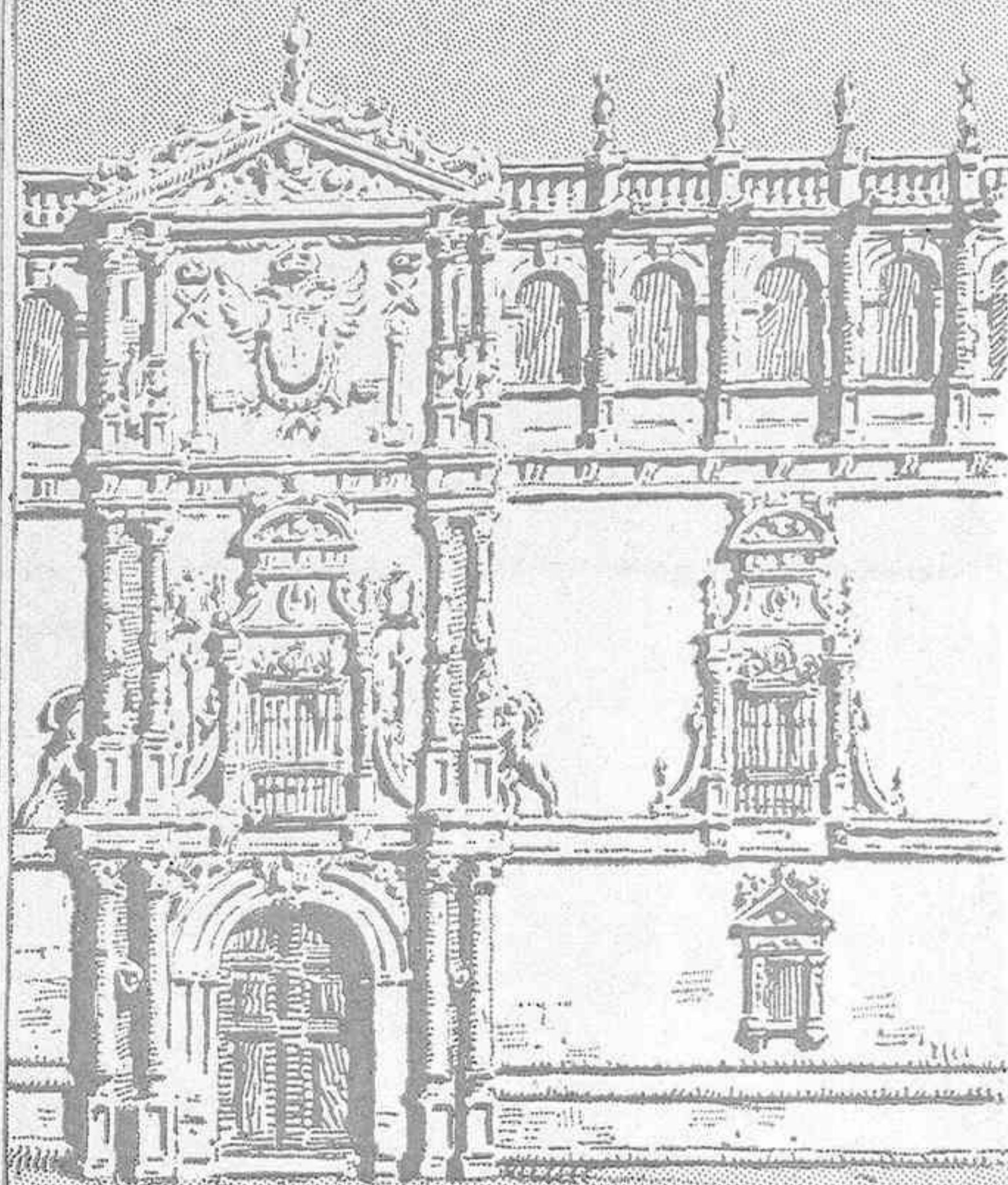
Abril.

- 1 Sáb. San Venancio, obispo y mr.
- 2 Dom. *IV de Cuaresma*. San Francisco de Paula, fundador de la Orden de los Mínimos, y santa María Egipciaca, penitente.—*Anima*.
- 3 Lun. San Pancracio, ob.; san Ulpiano, mr, y san Benito de Palermo.
- 4 Mart. San Isidoro, arzobispo de Sevilla.
- 5 Miérc. San Vicente Ferrer y santa Emilia.
- 6 Juev. San Celestino, papa y mr.
- 7 Vier. San Epifanio, obispo, y san Ciriaco, mrs.
- 8 Sáb. San Dionisio, ob., y el beato Julián de San Agustín.—*Ordenes*.
- 9 Dom. *de Pasión*. Santa María Cleofé, y santa Casilda, virgen.
- 10 Lun. San Daniel y san Ezequiel, profetas.
- 11 Mart. San León Magno, papa y doctor.
- 12 Miérc. San Víctor, mr., y san Zenón, obispo.
- 13 Juev. San Hermenegildo, rey de Sevilla, mr.
- 14 Vier. Los Dolores de Nuestra Señora, san Tiburcio, san Valeriano y san Máximo, mrs., y san Pedro González Telmo, patrón de Tuy.—*Anima*.
- 15 Sáb. Santa Basilisa y santa Anastasia, mrs.—*Anima*.
- 16 Dom. *de Ramos*. Santa Engracia, virgen, y 18 compañeros, mártires de Zaragoza, y santo Toribio.
- 17 Lun. *Santo*. San Aniceto, papa y mr.; la beata María Ana de Jesús, y los santos mártires de Córdoba Elías, Pablo é Isidoro.
- 18 Mart. *Santo*. San Eleuterio, ob., y san Perfecto, mrs., y el beato Andrés Hibernón.
- 19 Miérc. *Santo*. San Vicente de Colibre, san Hermógenes y san Expedito, mrs.—(*Abstinencia de carne*.)
- 20 Juev. *Santo*. Santa Inés de Monte-Pulciano, virgen.—(*Abstinencia de carne*.)
- 21 Vier. *Santo*. San Anselmo, ob. y doctor.—(*Abstinencia de carne*.)
- 22 Sáb. *Santo*. San Sotero y san Cayo, papas y mrs.—(*Abstinencia de carne*.)—*Ordenes*.
- 23 Dom. PASCUA DE RESURRECCIÓN. San Jorge, mr.
- 24 Lun. San Fidel de Sigmaringa, mr., y san Gregorio, obispo.
- 25 Mart. San Marcos, evangelista, y san Aniano, ob.—*Letanias mayores*.
- 26 Miérc. San Cleto y san Marcelino, papas y mártires, y la Traslación de santa Leocadia.—*Anima*.
- 27 Juev. San Anastasio, papa y mr.; santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima, y san Pedro Armengol.
- 28 Vier. San Prudencio, obispo; san Vidal, mártir, y san Pablo de la Cruz, fundador.
- 29 Sáb. San Pedro de Verona, mr., y san Roberto, primer abad del Cister.
- 30 Dom. *de Cuasimodo ó in Albis*. Santa Catalina de Sena y los santos mrs. de Córdoba Amador, presb., Pedro y Luis.

Mayo.

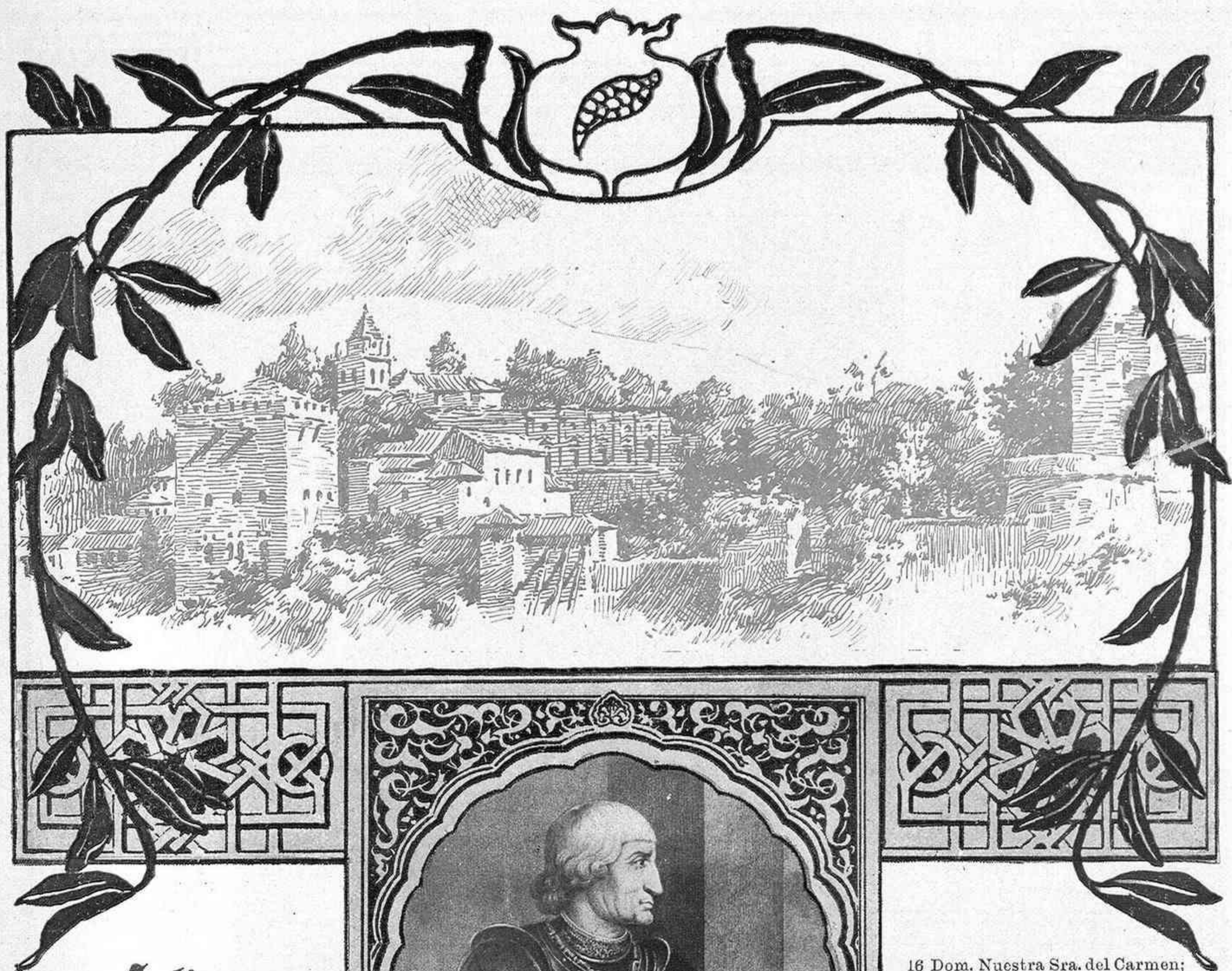
- | | |
|---|--|
| <p>1 Lun. San Felipe y Santiago el Menor, apóstoles.—<i>Abrense las velaciones.</i>
 2 Mart. San Atanasio, ob. y doc., y la beata Mafalda, reina.
 3 Miér. La Invencción de la Santa Cruz y san Juvenal, ob.
 4 Juev. Santa Mónica, viuda, madre de san Agustín.
 5 Vier. San Pío V, papa, y la Conversión de san Agustín.
 6 Sáb. San Juan Ante-Portam - Latinam, apóstol y evang.
 7 Dom. San Estanislao, ob. y mr.
 8 Lun. La Aparición del arcángel san Miguel.
 9 Mart. San Gregorio Nacienceno, obispo y doctor.
 10 Miérc. San Antonino, arzobispo de Florencia.
 11 Juev. San Mamerto, ob., y san Anastasio, mr.
 12 Vier. Santo Domingo de la Calzada y santa Domitila.
 13 Sáb. San Pedro Regalado, conf., patrón de Valladolid.
 14 Dom. El Patrocinio de san José y san Bonifacio, mr.
 15 Lun. <i>Fiesta.</i> SAN ISIDRO LABRADOR, patrón de Madrid.</p> | <p>16 Mart. San Juan Nepomuceno, protomártir, y san Ubaldo.
 17 Miérc. San Pascual Bailón, conf.
 18 Juev. San Venancio, mr., y san Félix de Cantalicio.
 19 Vier. San Pedro Celestino, papa, y san Juan de Cetina.
 20 Sáb. San Bernardino de Sena, conf.
 21 Dom. Santa María de Cervellón ó de Socors, virgen.
 22 Lun. Santa Rita de Casia, viuda, y san Atón, ob.
 23 Mart. La Aparición de Santiago, apóstol, y san Basileo.
 24 Miérc. San Robustiano y el beato Juan de Prado, mrs.
 25 Juev. San Gregorio VII, papa, y san Urbano, papa y mr.
 26 Vier. Santos Felipe Neri, conf., y Eleuterio, papa y mr.
 27 Sáb. San Juan, papa y mr.
 28 Dom. San Justo, obispo de Urgel, y san Justo, conf.
 29 Lun. San Maximino, ob., y san Restituto, mr.—<i>Letanias.</i>
 30 Mart. San Fernando, rey de España.—<i>Letanias.</i>
 31 Miérc. Ntra. Sra. Reina de Todos los Santos—<i>Letanias.</i></p> |
|---|--|





Junio

- 1 Juev. *Fiesta*. LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR; San Segundo, y san Inigo.
- 2 Vier. Santos Marcelino, Pedro y Erasmo, mrs.
- 3 Sáb. San Isaac, mr., y el beato Juan Grande, conf.
- 4 Dom. San Francisco Caracciolo, fundador.
- 5 Lun. San Bonifacio, ob. y mr.
- 6 Mart. San Norberto, arz. y fund. de la O. premonstratense.
- 7 Miérc. San Pedro y comps. mrs. monjes de Córdoba.
- 8 Juev. San Salustiano, confesor, y san Eutropio, ob.
- 9 Vier. San Primo y san Feliciano, hermanos, mrs.
- 10 Sáb. Santa Margarita, reina de Escocia—*Ayuno con abst. de carne.*
- 11 Dom. Pascua de Pentecostes y San Bernabé, apóstol.
- 12 Lun. San Juan de Sahagún, y san Onofre, anacoreta.
- 13 Mart. San Antonio de Padua, y san Fandila, presbítero y mr.
- 14 Miérc. Nuestra Señora de la Gloria; san Basilio, ob. y doctor, y san Eliseo, profeta.—*Tempora.*—*Ayuno.*
- 15 Juev. Stos. Vito y Modesto, Stas. Crescencia y Benilde, mrs.—*Anima.*
- 16 Vier. San Juan Francisco Regis; san Quirico y santa Julita, mártires, y santa Lutgarda, virgen.—*Tempora.*—*Ayuno.*
- 17 Sáb. San Manuel y compañeros, mrs.; santa Teresa, reina de León, y los santos Anastasio, Félix y Digna, mártires de Córdoba.—*Tempora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*—*Anima.*
- 18 Dom. La Sma. Trinidad; Santos Marco y Marceliano, y san Ciriaco y santa Paula, mrs.
- 19 Lun. Santa Juliana de Falconeri, virgen, y san Gervasio, mr.
- 20 Mart. San Silverio, papa y mr. y Sta. Florentina, virg.
- 21 Miérc. San Luis Gonzaga, conf., y san Raimundo.
- 22 Juev. *Fiesta*. SANCTISSIMUM CORPUS CHRISTI, y San Paulino, ob.
- 23 Vier. San Juan, presbítero y mr.
- 24 Sáb. La Natividad de san Juan Bautista.
- 25 Dom. San Guillermo, abad, y san Eloy, obispo.
- 26 Lun. San Juan, san Pablo y san Pelayo, mrs.
- 27 Mart. San Zoilo, mr., y san Ladislao, rey de Hungría.
- 28 Miérc. San León II, papa.—*Ayuno con abstinencia de carne.*
- 29 Juev. *Fiesta*. SAN PEDRO y SAN PABLO, apóstoles.
- 30 Vier. El Sacratísimo Corazón de Jesús; la Conmemoración del apóstol San Pablo, y san Marcial.



Julio.

- 1 Sáb. San Casto y San Secundino, mártires.
- 2 Dom. La Preciosísima Sangre de N. S. J. C. y la Visitación de Nuestra Señora.
- 3 Lun. San Trifón y comp., mrs., y el beato Raimundo Lulio, mártir.
- 4 Mart. San Laureano, ob. y mr., y el beato Gaspar Bono.
- 5 Miérc. Stos. Cirilo y Metodio, obs. y san Miguel de los Santos.
- 6 Juev. Santa Lucía, mr.
- 7 Vier. San Fermín, ob. y mr., san Odón, ob., san Lorenzo de Brindis y santa Pulqueria, emperatriz.
- 8 Sáb. Sta. Isabel, reina de Portugal.
- 9 Dom. San Cirilo, ob. y mr.
- 10 Lun. Los santos siete herm. mrs., santa Amalia ó Amelia, virgen, y las santas Rufina y Segunda, vírgenes y mrs.
- 11 Mart. San Pío I, papa y mr., san Abundio, mr., y santa Verónica de Julianis, virgen.
- 12 Miérc. San Juan Gualberto, abad. santos Nabor y Félix, mrs., y santa Marciana, virgen y mártir.
- 13 Juev. San Anacleto, papa y mr.
- 14 Vier. San Buenaventura, ob. y dr.
- 15 Sáb. San Camilo de Lelis, fundador de los Agonizantes, san Enrique, emp., y los beatos 40 mártires del Brasil.



- 16 Dom. Nuestra Sra. del Carmen; el Triunfo de la Santa Cruz; san Sisenando, diac., mártir de Córdoba.
- 17 Lun. San Alejo, confesor.
- 18 Mart. Santa Sinforosa y sus siete hijos; san Federico, ob., y santa Marina, todos mrs.
- 19 Miérc. San Vicente de Paúl, fund. de las Hijas de la Caridad.
- 20 Juev. San Elías, prof.; san Jerónimo Emiliano, fund., y santas Librada y Margarita.
- 21 Vier. Santa Práxedes, virgen.
- 22 Sáb. Santa María Magdalena, penitente.
- 23 Dom. San Apolinar, ob. y mr.; san Liborio, ob., y los santos herm. Bernardo, María y Gracia, mrs.
- 24 Lun. Santa Cristina, virgen y mr., y san Francisco Solano, conf. — *Ayuno*.
- 25 Mart. *Fiesta*. SANTIAGO, Apóstol, patrón de España.
- 26 Miérc. Santa Ana, madre de la Sma. Virgen María.
- 27 Juev. Stos. Pantaleón y Cucufate; stas. Juliana y Semproniana, virgs. y mrs.
- 28 Vier. Santos Nazario, Celso y Victor, papa, mrs., y la beata Catalina Tomás.
- 29 Sáb. Santa Marta, virg., y los santos Félix II, papa, Simplicio, Faustino y Beatriz.
- 30 Dom. San Abdón, san Senén y san Teodomiro, mrs.
- 31 Lun. San Ignacio de Loyola, conf., fund. de la Compañía de Jesús.

D. EDIDACVS DE ZA. 30.
OB. 1523. ÆT. 80.



Agosto.

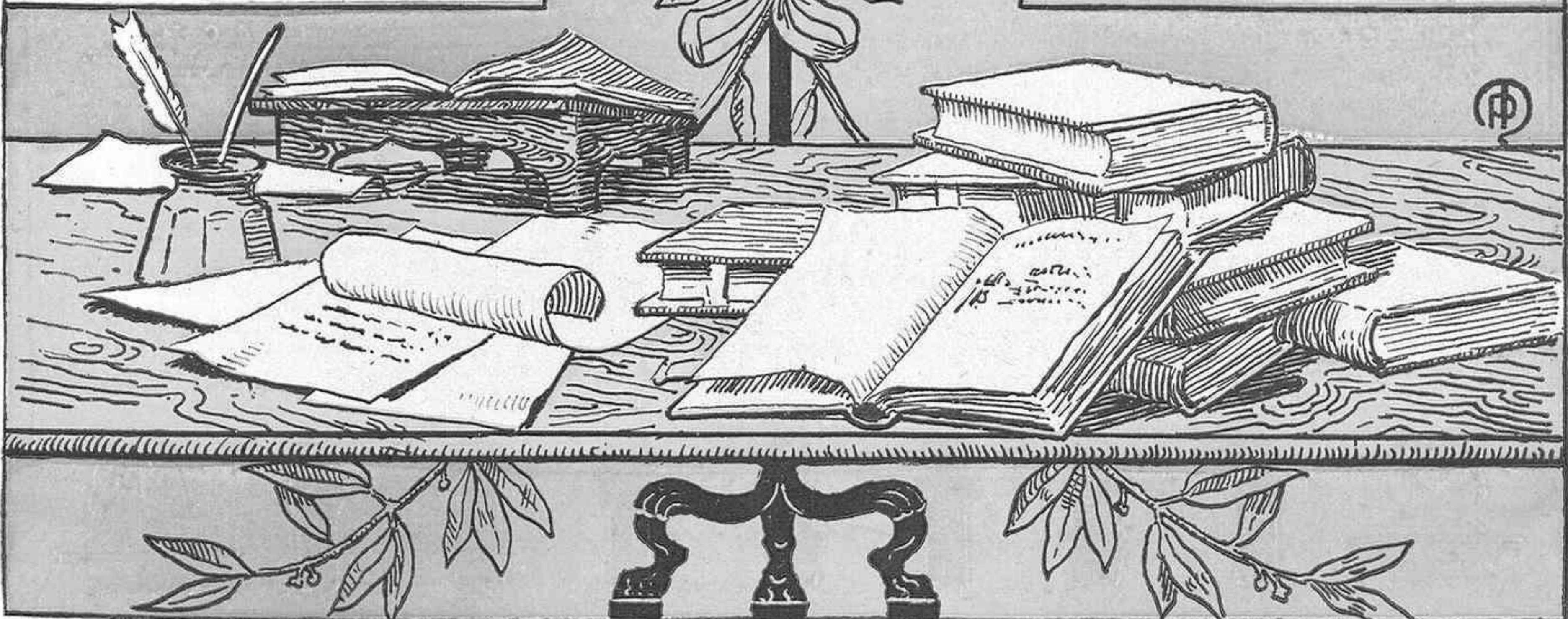
- | | |
|---|--|
| <p>1 Mart. San Pedro Advíncula y san Félix, mr.
2 Miérc. Nuestra Señora de los Angeles.—<i>Jubileo de la Porciúncula.</i>
3 Juev. La Invencción del cuerpo de san Esteban.
4 Vier. Santo Domingo de Guzmán, fund. de la Orden de Predicadores, conf.
5 Sáb. Ntra. Sra. de las Nieves y san Abelardo.
6 Dom. La Transfiguración del Señor y los santos niños Justo y Pastor, mrs.
7 Lun. San Cayetano, fundador de los Teatinos.
8 Mart. Stos. Ciriaco, Largo y Esmaragdo, mrs.
9 Miérc. San Román, mr.
10 Juev. San Lorenzo, mr., y santa Filomena.
11 Vier. San Tiburcio y santa Susana, virgen.
12 Sáb. Santa Clara de Asís, virgen.
13 Dom. Santos Hipólito, Casiano y Elena, mrs.
14 Lun. San Eusebio, presb., y san Pablo, diác. y mr.—<i>Ayuno con abstinencia de carne.</i>
15 Mart. <i>Fiesta.</i> LA ASUNCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, y san Alipio, ob.
16 Miérc. Santos Roque y Jacinto, confesores.</p> | <p>17 Juev. San Pablo y santa Juliana, hermanos.
18 Vier. San Agapito, mr., y santa Elena.
19 Sáb. San Luis, ob., y el beato Pedro de Zúñiga.
20 Dom. San Joaquín, padre de Nuestra Señora, y san Bernardo, abad y doctor.
21 Lun. San Fabriciano y san Filiberto, mrs.
22 Mart. San Timoteo, y san Hipólito, obispo.
23 Miérc. San Felipe Benicio y san Cristóbal.
24 Juev. San Bartolomé, apóstol.
25 Vier. San Luis, rey de Francia, y san Ginés de Arlés.
26 Sáb. Santos Ceferino, papa, y Víctor, mrs.
27 Dom. San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías, y san Rufo, ob.
28 Lun. San Agustín, ob. y doc., y san Hermes.
29 Mart. La Degollación de san Juan Bautista, santa Sabina y san Juan de Perusa.
30 Miérc. Santa Rosa de Lima, virgen, y san Félix y san Adaucto, mrs.
31 Juev. San Ramón Nonnato, cardenal, y santo Domingo de Val, mr.</p> |
|---|--|

Septiembre.

- 1 Vier. San Vicente y san Leto, mrs. de Toledo; san Gil, abad, y santa Ana, profetisa.
- 2 Sáb. San Esteban, rey de Hungría, y san Antolin, mártir, patrón de Palencia.
- 3 Dom. Nuestra Señora de la Consolación y Correa, y san Sandalio, mártir.
- 4 Lun. Santas Cándida, Rosa de Viterbo y Rosalia de Palermo, vírgs.
- 5 Mart. San Lorenzo Justiniano, ob.; la Conmemoración de san Julián, ob. de Cuenca, y santa Obdulia, virgen y mr.
- 6 Miérc. San Eugenio y comps. mrs.
- 7 Juev. Santa Regina, virgen y mr.
- 8 Vier. *Fiesta.* LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA, y san Adrián, mártir.
- 9 Sáb. San Gorgonio, mr.; santa Maria de la Cabeza, esposa de san Isidro Labrador, y san Gregorio de Oset, conf.
- 10 Dom. El Dulce Nombre de Maria; san Nicolás de Tolentino, y san Pedro, obispo de Compostela.
- 11 Lun. San Proto y san Jacinto, hermanos, mrs.
- 12 Mart. San Leoncio y compañeros; san Vicente, abad, y los beatos Tomás de Zumárraga y Apolinar Franco, mrs.
- 13 Miérc. San Felipe, mr.
- 14 Juev. La Exaltación de la Santa Cruz.
- 15 Vier. San Nicomedes, presb. y mr., y san Jeremias, mártir de Córdoba.
- 16 Sáb. San Cornelio, papa; san Cipriano, obispo; santa Eufemia, santa Lucía y san Geminiano, todos mártires.



- 17 Dom. Los Dolores gloriosos de Nuestra Señora; la Impresión de las llagas de san Francisco de Asís, y san Pedro Arbués, mr.
- 18 Lun. Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, y san José de Cupertino, conf.
- 19 Mart. San Jenaro, ob., y comps. mrs.: santa Pomposa, virg. y mr., y el beato Alonso de Orozco.
- 20 Miérc. San Eustaquio y comp. mrs.; san Rogelio y san Siervo de Dios, mrs. de Córdoba.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 21 Juev. San Mateo, apóstol y evang.
- 22 Vier. San Mauricio y comps. mrs.—*Témpora.*—*Ayuno.*
- 23 Sáb. San Lino, papa, y santa Tecla, virgen, mártires; santa Fantipa y santa Polixena.—*Témpora.*—*Ayuno.*—*Ordenes.*
- 24 Dom. Nuestra Señora de las Mercedes y el beato Dalmacio Moner, confesor.
- 25 Lun. San Lope, ob.; san Formerio, mr., y el santo niño Cristóbal de la Guardia, mr.
- 26 Mart. San Cipriano y santa Justina, virgen, mrs., y san García.
- 27 Miérc. San Cosme y san Damián, hermanos, mrs.
- 28 Juev. San Wenceslao, duque de Bohemia; san Adolfo y san Juan, mrs.; santa Eustoquia, virgen, y el beato Simón de Rojas, confesor.
- 29 Vier. La Dedicación del arcángel san Miguel.
- 30 Sáb. San Jerónimo, presb. y doctor, y santa Sofia, viuda.





Octubre.

- | | |
|--|---|
| <p>1 Dom. Nuestra Señora del Rosario, el santo Ángel de la Guarda, titular de España, y san Remigio, ob.</p> <p>2 Lun. Los santos Angeles Custodios, san Olegario, ob. y mr. y san Saturio, anacoreta, patrón de Soria.</p> <p>3 Mart. San Cándido, mr., y san Gerardo, abad.</p> <p>4 Miérc. San Francisco de Asís, fund. del Orden de los Menores.</p> <p>5 Juev. San Plácido y comp., mrs.; san Froilán y san Atilano.</p> <p>6 Vier. San Bruno, fund. de los Cartujos.</p> <p>7 Sáb. San Marcos, papa, y san Sergio y comps. mrs.</p> <p>8 Dom. Santa Brígida, viuda, fundadora de la Orden del Salvador ó de los Brigitanos, y san Pedro, mártir de Sevilla.</p> <p>9 Lun. San Dionisio Areopagita, ob., y santos Rústico y Eleuterio, mrs.</p> <p>10 Mart. San Francisco de Borja y san Luis Beltrán, confs.</p> <p>11 Miérc. San Fermín, ob., y san Nicasio, ob. y mr.</p> <p>12 Juev. Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza; san Félix y san Cipriano, obs. y mrs., y san Serafín de Montegrana-rio, conf.</p> <p>13 Vier. San Eduardo, rey de Inglaterra; san Fausto, san Jena-ro y san Marcial, mrs.</p> <p>14 Sáb. San Calixto, papa y mr.</p> <p>15 Dom. Santa Teresa de Jesús, reformadora de la Orden car-melitana y compatrona de las Españas.</p> | <p>16 Lun. San Galo, abad, y santa Adelaida, virgen.</p> <p>17 Mart. Santa. Eduvigis, viuda, y la beata Margarita María de Alacoque.</p> <p>18 Miérc. San Lucas, evangelista.</p> <p>19 Juev. San Pedro de Alcántara, conf., patrón de Coria.</p> <p>20 Vier. San Juan Cancio, presbítero, y santa Irene, virg. y mr.</p> <p>21 Sáb. San Hilarión abad, y santa Ursula, virgen y mr.</p> <p>22 Dom. Santa Salomé, viuda, santa Nunilo y Alodia, vírgenes.</p> <p>23 Lun. San Pedro Pascual, ob. y mr.; san Juan Capistrano, y los santos Servando y Germán, patronos de Cádiz.</p> <p>24 Mart. San Rafael, arcángel, y san Bernardo Calvo, ob.</p> <p>25 Miérc. San Crisanto y santa Daria; Stos. Gabino. Proto, Je-naro, Crispín y Crispiniano, todos mártires, y san Frutos, conf., patrón de Segovia.</p> <p>26 Juev. San Evaristo, papa y mr.; santos Luciano, Marciano, y Valentín, y santa Engracia, mrs.</p> <p>27 Vier. San Vicente, santas Sabina y Cristeta, hermanos, mrs., patronos de Avila y de Talavera de la Reina.</p> <p>28 Sáb. San Simón y san Judas Tadeo, apóstoles.</p> <p>29 Dom. San Narciso, ob., y san Marcelo Centurión, mrs.</p> <p>30 Lun. Santos Claudio, Lupercio y Victorio ó Victórico, mrs., y san Alonso Rodríguez.</p> <p>31 Mart. San Quintín, mr., y la Conmemoración de la batalla del Salado.— <i>Ayuno.</i></p> |
|--|---|

PEDRO NAVARRO



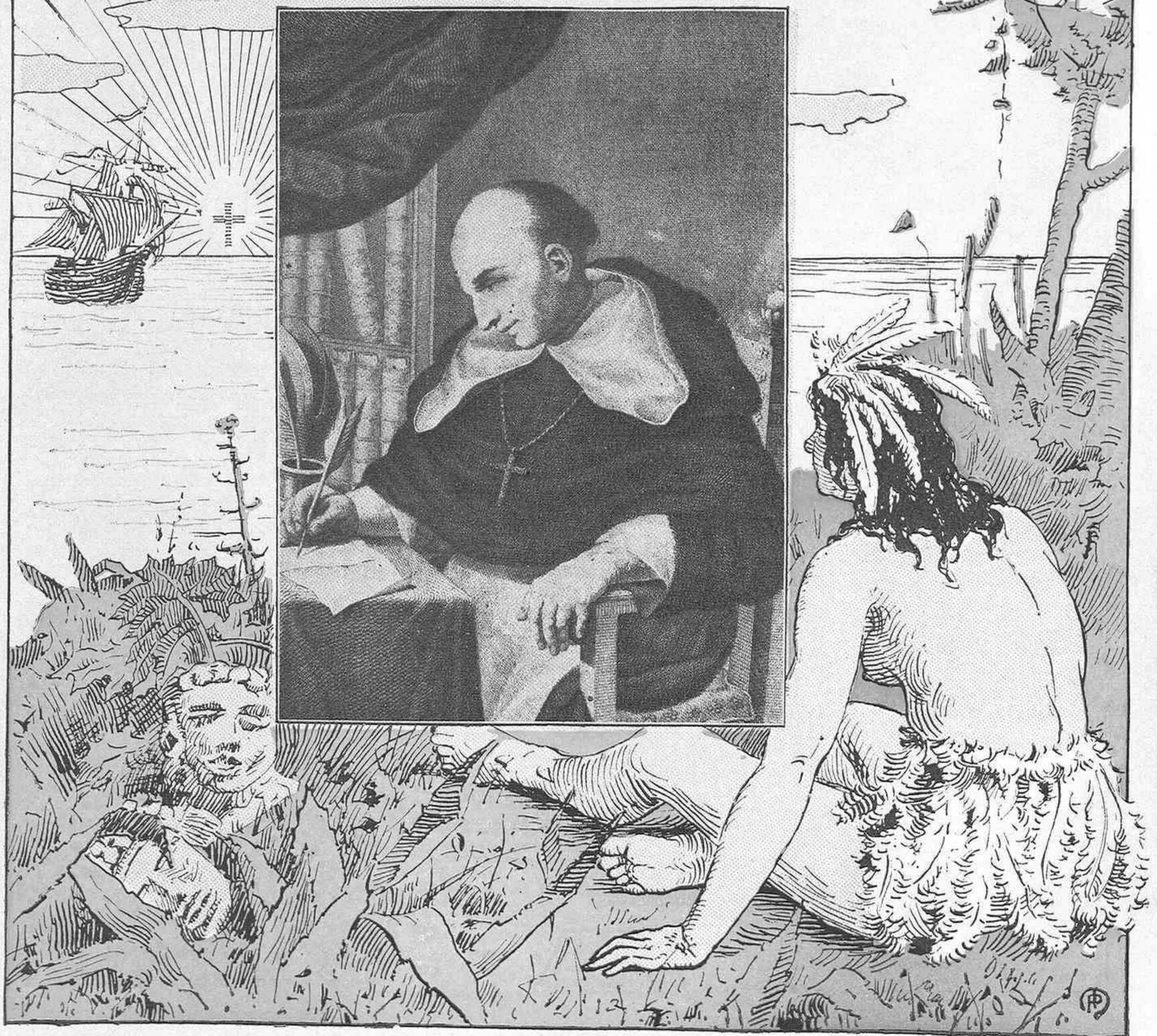
Noviembre.

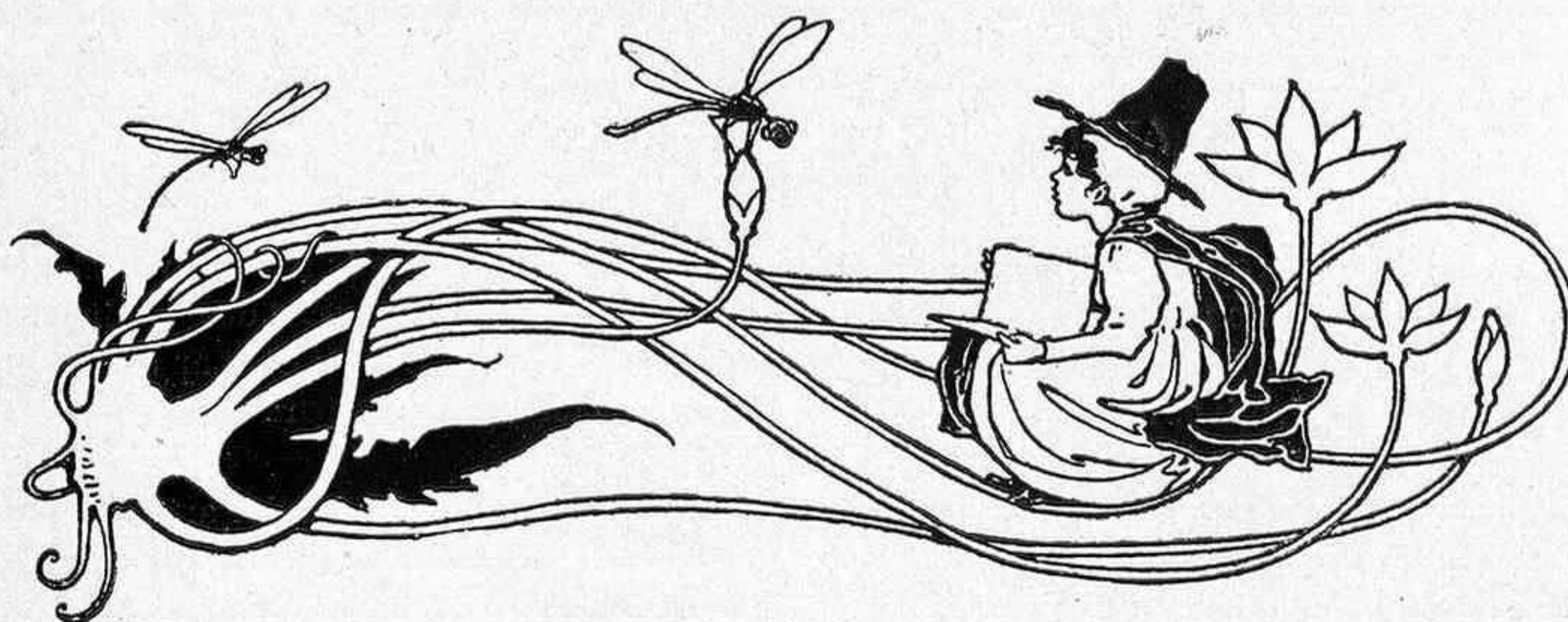
- 1 Miérc. *Fiesta*. LA FESTIVIDAD DE TODOS LOS SANTOS, san Benigno, y compañeros mrs.
- 2 Juev. La Conmemoración de los Fieles Difuntos y santa Eustoquia, virgen y mr.
- 3 Vier. Los Innumerables mártiresj de Zaragoza y san Ermengol, ob.
- 4 Sáb. San Carlos Borromeo, arzobispo; y san Vidal.
- 5 Dom. San Zacarias, profeta, y santa Isabel.
- 6 Lun. San Severo, ob. y mr., y san Leonardo, conf.
- 7 Mart. San Florencio, ob., y san Ernesto, abad.
- 8 Miérc. San Severo y san Victorino, mrs.
- 9 Juev. La Dedicación de la Basilica del Salvador (San Juan de Letrán), en Roma.
- 10 Vier. San Andrés Avelino y santa Ninfa, virgen.
- 11 Sáb. San Martín, ob., y san Mena, mr.
- 12 Dom. El Patrocinio de Nuestra Señora, San Martín, papa y mr.; y san Diego de Alcalá.
- 13 Lun. San Eugenio III, arzobispo de Toledo.
- 14 Mart. San Serapio, mr., y san Lorenzo cbispo.
- 15 Miérc. San Leopoldo, cont.
- 16 Juev. San Eugenio I, arzobispo de Toledo.
- 17 Vier. San Gregorio Taumaturgo, ob.; y san Acisclo.
- 18 Sáb. La Dedicación de las Basílicas de san Pedro y san Pablo, en Roma; y san Máximo.
- 19 Dom. Santa Isabel y san Ponciano, papa.
- 20 Lun. San Félix de Valois.
- 21 Mart. La Presentación de Nuestra Señora, san Rufo y san Esteban, m.s.
- 22 Miérc. Santa Cecilia, virgen y mr.
- 23 Juev. San Clemente, papa, y mr.
- 24 Vier. San Juan de la Cruz y san Crisógono, mr.
- 25 Sáb. Santa Catalina, virgen y mr.
- 26 Dom. Los Desposorios de Nuestra Señora y san Pedro Alejandrino, ob. y mr.
- 27 Lun. Santos Facundo y Primitivo, hermanos, mrs.
- 28 Mart. San Gregorio III, papa.
- 29 Miérc. San Saturnino, ob. y mr.
- 30 Juev. San Andrés, apóstol.

Diciembre.

- | | |
|---|--|
| <p>1 Viern. Santa Natalia, viuda.
 2 Sáb. Santa Bibiana, virgen y mr.—<i>Cierranse las velaciones.</i>
 3 Dom. <i>I de Adviento.</i> San Francisco Javier, conf.
 4 Lun. Santa Bárbara, virgen y mr.
 5 Mart. San Sabas, abad, y san Anastasio, mr.
 6 Miérc. San Nicolás de Bari, arzobispo de Mira.
 7 Juev. San Ambrosio, ob. y doctor.—<i>Ayuno.</i>
 8 Vier. <i>Fiesta.</i> LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE NUESTRA SEÑORA, patrona de las Españas.
 9 Sáb. Santa Leocadia, virg. y mr., pat. de Toledo.—<i>Ayuno.</i>
 10 Dom. <i>II de Adviento.</i> San Melquiades, papa y mr.
 11 Lun. San Dámaso, papa.
 12 Mart. Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico.
 13 Miérc. Santa Lucía, virgen y mr.
 14 Juev. San Nicasio, ob. y mr., y san Espiridión, obispo.
 15 Vier. San Eusebio de Verceli, ob. y mr.—<i>Ayuno.</i>
 16 Sáb. San Valentín y comps., mrs.—<i>Ayuno.</i>
 17 Dom. <i>III de Adviento.</i> San Lázaro, obispo y mártir.</p> | <p>18 Lun. La Expectación de Nuestra Señora (vulgo la Virgen de la O).
 19 Mart. San Nemesio, mr.
 20 Miérc. Santo Domingo de Silos, abad.—<i>Témpora.—Ayuno.</i>
 21 Juev. Santo Tomás, apóstol.
 22 Vier. San Demetrio y comps., mrs.—<i>Témpora.—Ayuno.</i>
 23 Sáb. Santa Victoria, virgen y mr.—<i>Témpora.—Ayuno con abstinencia.—Ordenes.</i>
 24 Dom. <i>IV de Adviento.</i> San Gregorio, presbítero y mr.
 25 Lun. <i>Fiesta.</i> LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO y santa Anastasia y 270 comps., mrs.
 26 Mart. San Esteban, protomártir.
 27 Miérc. San Juan, apóstol y evangelista.
 28 Juev. Los santos Inocentes, mrs.
 29 Vier. Santo Tomás Cantuariense, ob. y mr.
 30 Sáb. La Traslación del cuerpo de Santiago, apóstol, patrón de España, y san Sabino, ob., y comps., mrs.
 31 Dom. San Silvestre, papa y conf., y santa Melania, viuda.</p> |
|---|--|

D. FR. BARTHOLOME DE LAS CASAS





HOJA EN BLANCO.

Mirándote, hoja blanca, pretende mi deseo
Romper tu obscuro arcano, tu enigma descifrar:
Detrás de tu blancura dijérase que veo
Las letras aun no escritas, los signos por trazar.

Paréceme que miro nacer en ti la idea,
Que surge de tu seno la rauda inspiración;
Que al beso misterioso del ritmo que aletea
Te truecas en estrofa, vibrante de pasión.

¿Qué ocultas á mis ojos? ¿Espinass? ¿luces? ¿flores?
¿Qué mano ha de escribirte? ¿Cuál es tu porvenir?
¿Serás de guerra grito? ¿Serás canción de amores?
¿Qué harán los que te lean? ¿Crear? ¿pensar? ¿sentir?

Tal vez serás la cuna de un nuevo pensamiento;
Tal vez de los que sufren alivio des al mal
Y seas para el triste lo que es para el sediento
La plácida frescura del limpio manantial.

Tal vez lo que tú digas jamás será olvidado,
Y busquen de tus letras el mágico calor
La virgen inocente y el mozo enamorado,
La madre sin ventura y el hijo sin amor.

¡Quién sabe lo que guardas! Acaso el anatema
Que lanza el oprimido tras largo padecer;
Acaso, más piadosa, la clave del problema
Que en vano pretendieron los siglos resolver.

Y harás que cese el odio, la guerra, la codicia;
Que amor una á los hombres cual santo talismán;
Que no haya sobre el mundo, rendido á la justicia,
Ni seres sin abrigo, ni huérfanos sin pan.

Quizás como en un lienzo de mágica belleza
Radiante á un tiempo mismo de luz y de color,
De ti surja brillante la gran Naturaleza,
Magnífica en sus galas, soberbia en su esplendor.

Y el sol nazca en Oriente dorando los oteros
Bordados con rocío del claro amanecer,
Fingiendo que al borrarse de arriba los luceros
En prados y en colinas vinieron á caer.

Y se oiga por doquiera la esquila del ganado,
Los trinos de las aves, los gritos del pastor,
Los cantos del labriego moviendo el corvo arado
Que hiere y fecundiza lo mismo que el dolor;

En tanto que á lo lejos blanquísima se vea
Cerrando el horizonte la torre del lugar,
Y en torno y apiñadas las casas de la aldea
Cual hijos que á la madre pretenden abrazar.

Quién sabe si en sus ansias la ciencia en lo futuro
Soberbios resplandores en ti vendrá á verter,
Y el cálculo paciente con mágico conjuro
Prodigios soberanos de ti verá nacer.

ALMANAQUE DE LA ILUSTRACIÓN

Y el hombre hallando estrechos sus campos y sus
De glorias y de triunfos eterno paladín, [lares,
Se lance á los abismos sin fondo de los mares
Ó escale de los cielos los términos sin fin.

Y mire lo que ocultan del mar las olas bellas,
Sus grutas de corales, sus bosques de verdor,
Y sepa cómo prende del cielo las estrellas
La mano que las guía y enciende su fulgor.

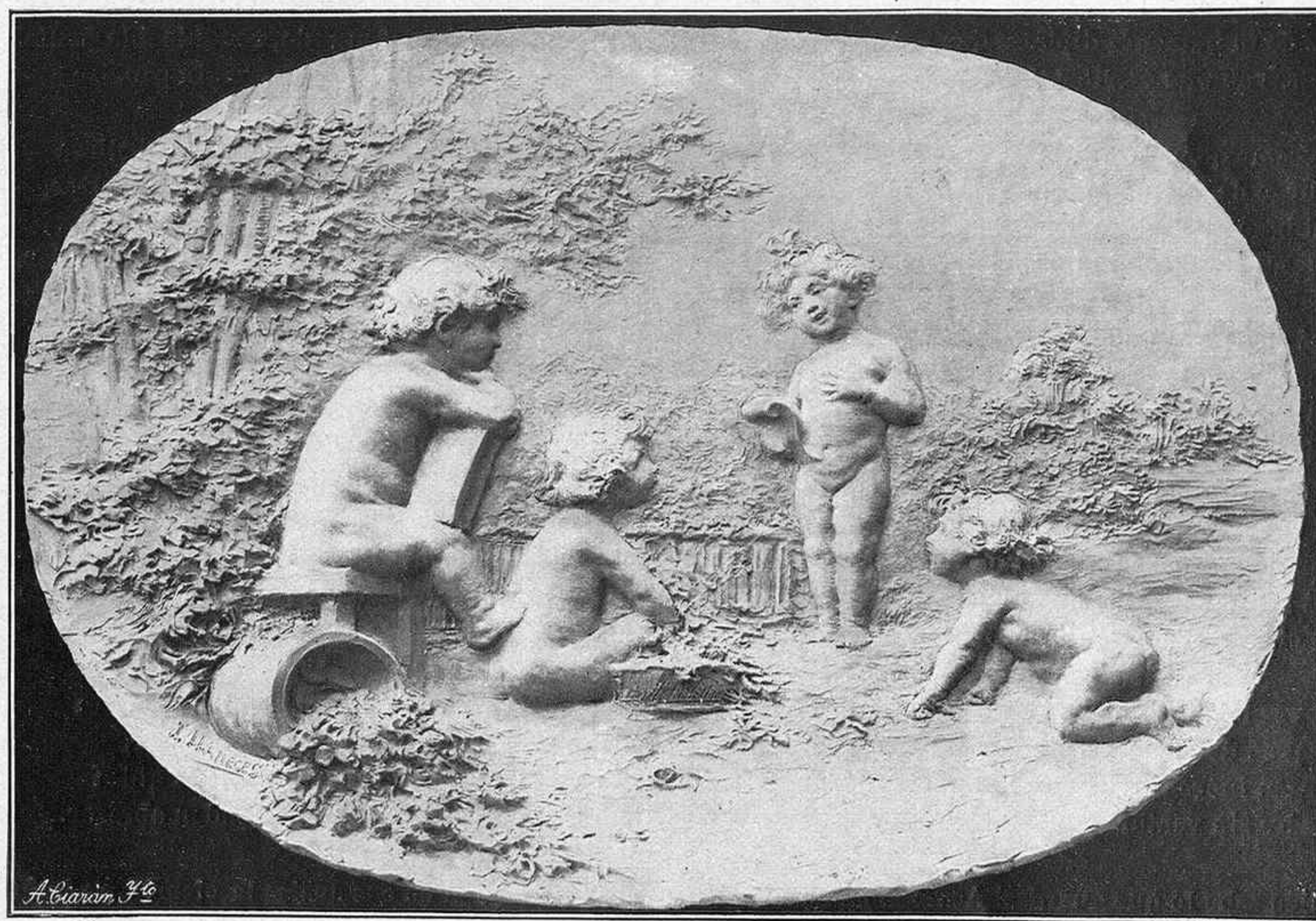
Y entrando en sus dominios los ámbitos del trueno,
Lanzando en todas partes el grito de «vencí»,
En tanto que ante el hombre la tierra abra su seno
Los mundos y los soles se entiendan entre sí.

Quizás de nuevos seres la múltiple existencia
En ti se encierra y late queriendo germinar:
Desdémonas que en vano proclaman su inocencia;
Julietas y Eloíisas nacidas para amar.

Las obras siempre grandes del arte que nos mueve
Y viven de mudanzas y siglos á través,
Primero fueron hojas más blancas que la nieve,
Edipos y Quijotes y Andrómacas después.

Por eso al contemplarte pretende mi deseo
Romper tu obscuro arcano, tu enigma descifrar:
Por eso en ti, hoja blanca, paréreme que veo
Las letras aun no escritas, los signos por trazar.

JUAN ANTONIO CAVESTANY.
(De la Academia Española).



SOBREPUERTA de José Llaneces.



SUS FAVORITOS.

Cuadro de Jardón.



El tonto de la Mudarra.

PUES señor.....

Desde muy niño tengo la candorosa creencia de que todos los cuentos han de comenzar de ese modo; si no principian así, no me parecen cuentos.

Pues señor, repito, aconteció una vez hallarme yo en Valladolid para negocios que sólo á mi familia interesaban, y de los cuales, por consiguiente, conceptúo inoportuno enterar al lector discreto. Disponíame, ya ultimados mis quehaceres, á dejar la hermosa población castellana, cuando, sin que yo sepa cómo ni por qué, surgió en mi espíritu el recuerdo de Sabino Mierjú; un queridísimo y buen amigo mío, residente en La Mudarra y á quien yo no había visto nunca. Nuestra amistad, cuyo principio fué una controversia periodística, mantúvose inalterable, merced á no interrumpida correspondencia epistolar. Ni Sabino podía dejar su pueblo, ni tuve ocasión propicia para salir de la villa y corte. Estando, pues, casi, casi á mitad de camino de La Mudarra, aun temiendo las inevitables molestias del viaje, ¿cómo resistir la tentación de dar un abrazo al amigo desconocido, aprovechando la oportunidad, que probablemente no volvería á ofrecerse?

Cátalo pensado, cátalo hecho. La expedición no dejaba de ofrecer dificultades; pero á la residencia de mi amigo llegaban — y de ello tenía yo pruebas fehacientes — cartas y periódicos. No con gran rapidez, eso no; acaso tampoco muy regularmente, ni con la puntualidad apetecible, pero llegaban; y me dije: «pues si las cartas y los periódicos llegan, fuerza es que llegue también el portador

de la correspondencia, que no podría ir sola; adonde el correo llega ¿por qué no he de llegar?»

Y nada, me entendí con el conductor del coche, y hala, hala, pocas horas después, á La Mudarra en busca de Sabino.

Llegué; sí, señor; llegué lo mismo que César; pero ni vi, ni vencí, como él, pues al encontrarme en la que supuse plaza mayor del pueblo, ni vi enemigos á quienes vencer, ni siquiera persona viviente que me indicase la morada de Sabino. Verdad es que no había amanecido todavía.

No teniendo, á la sazón, muchos partidos entre los cuales elegir, opté por el único de que disponía: esperar á que amaneciese.

No fué precisa espera tan larga; aún no se vislumbraban en el alto cielo esos matices de amaranillo anunciadores de la aurora, cuando se inició, por muchos puntos de la plaza, movimiento y ruido de gentes que se aprestaban á las diarias faenas.

Que la presencia de un forastero en aquella plaza produjo extrañeza y casi, casi asombro, no hay para qué decirlo. Mirábanme á hurtadillas los labradores, mirábalos yo á ellos; pero ni ellos se aproximaban á mí, ni yo juzgué oportuno hablarles á voces.

Un mozo de labranza, más resuelto ó más curioso que sus compañeros, hubo de aproximarse á mí, quizás para contemplarme á su gusto.

Cuando estuvo cerca, le pregunté:

— ¿Podría usted decirme dónde pára D. Sabino? El zagalón, á quien esta pregunta, que le di-

rigí con todo el miramiento posible, asustó por lo visto, miróme á lo zaino, arreó á las mulas, arrugó el entrecejo, y se alejó sin responderme. Idéntico resultado obtuve cuando, dirigiéndome á otros labriegos, formulé la misma pregunta.

Por fin, después de varios infructuosos conatos, hube de tropezar con un viejo que, al oirme, se detuvo; escuchó atentamente mi pregunta, y mostrándose cortés y comedido, aunque encogiéndose de hombros como quien no sabe de qué le hablan, gritó á un compañero que no lejos de nosotros andaba:

—Oye, tú, ¿sabes quién es D. Sabino?

—*Pos*, hombre—respondió el otro á grito pelado también,—¿hay más que preguntarlo al Alcalde? *Miale*, aquí está. Señor Alcalde, ¿*tié* usted noticias de un D. Sabino?

Y el Alcalde, después de rascarse enérgicamente la cabeza, rompió á gritar también:

—Don Sabino, D. Sabino..... ¿qué sé yo, quién es D. Sabino? Aquí nadie tiene don más que yo y el señor Cura. Como no sea..... ¿quién pregunta por ese D. Sabino?

—Este buen hombre, que está hace una hora buscándolo.

—Pues del pueblo no es.

—¿Pues no ha de ser?—grité ya con muy malos modos, porque no fuí dueño de dominar mi impaciencia.—¿Pues no ha de ser, si aquí le envió muy á menudo cartas y periódicos y de aquí recibo las contestaciones?

—¡Aah!—vociferó el señor Alcalde, dándose una palmada en la frente;—ya sé quién es: el señor pregunta por *el Tonto*.

—¿Cómo el tonto?—exclamé en són de protesta.

Pero la autoridad local, sin prestarme atención alguna, continuó diciendo á su convecino:

—Oyes, tú; acompaña al forastero á *cá* del *Tonto*. ¿No vas á la *Porvera*? Pues te pilla de paso. ¡Aire!—continuó dirigiéndose á mí.—Váyase usted con ése, y donde ése le diga, allí encontrará al que busca. ¡Ea, con Dios!

Y se fué sin esperar mi respuesta.

Verdad que la hubiese esperado inútilmente, porque no se me ocurrió cosa alguna. Titubeé un instante sobre si aceptaría ó no los servicios de

aquel improvisado *cicerone*; pero como él, sin aguardar mi resolución, había emprendido el camino y lo recorría á buen paso, corrí á su alcance, y juntos seguimos sin hablar palabra, cuando de pronto, á la terminación de una calle, cerca ya de la salida del pueblo, mi hombre, sin detenerse, pero con un movimiento de cabeza, dijo:

—*Mialo*, allí va *el Tonto*.

—¿Dónde?—pregunté.

—*Velay* está—replicó malhumorado, y como si le enojase mi torpeza, pero señalando ya con el índice extendido dirección más determinada.

Allí estaba efectivamente, y allí encontré á mi buen Sabino, cuya conversación amena, cuyo afable trato y cuyo carácter franco y expansivo me hicieron olvidar muy pronto las tosquedades de sus paisanos y me resarcieron con creces de las molestias del viaje.

Juntos pasamos todo aquel día. Hablamos sin cesar, de política, de literatura, de ciencias, de artes, de cuanto es posible hablar. Nuestros puntos de vista no siempre coincidían; pero Mierjú, que era extremado en el cumplimiento de los que él consideraba deberes de la hospitalidad, no se permitió ni una vez sola impugnar mis opiniones; luego que advertía cómo en algo disentíamos, sin violencia aparente, con toda naturalidad, enderezaba la conversación por otros derroteros. En resumen, si el Sabino de las cartas conquistó desde luego mis simpatías, el Mierjú de la conversación me dejó encantado. Hombre de educación esmeradísima, de vastos conocimientos, de palabra fácil, de ingenio agudo y de alteza de miras, era de los que esclavizan, tal vez sin pretenderlo, á quien los oye.

Huelga decir que de mi voluntad se apoderó por completo. Juntos almorzamos; paseamos después por los alrededores del pueblo, en que no escasean lindos paisajes; mostróme cuanto en el término era digno de ser mostrado (que, en verdad, no fué mucho), y en la mesa, en el paseo, y en todas partes y en todas ocasiones hallé rasgos que acrecentaban mi estimación al amigo y al compañero.

No salía yo de mi justificado asombro cuando comparaba las condiciones personales de Sabino con las apariencias de sus paisanos, y, sobre todo,

cuando recordaba que para éstos era aquél *el Tonto*. Más de una vez, y aun más de diez veces, acudió á mis labios pregunta indiscreta sobre esto, y siempre la detuve, temeroso de mortificar á persona tan excelente.

Mucho me instó Sabino para que mi permanencia en La Mudarra fuera más duradera. No pude complacerle, ni complacerme á mí mismo, pues de muy buena gana hubiera yo permanecido en la casa del *Tonto* quince ó veinte días.

Convencido mi anfitrión—que como verdadero Anfitrión se condujo—de la necesidad absoluta de mi regreso, cesó en su insistencia y quiso acompañarme hasta Valladolid, en un carruaje de su propiedad, al que hizo enganchar un caballejo de poca alzada, pero de muchos bríos.

Aquel viaje á Valladolid fué el epílogo de uno de los más alegres días de mi vida. Era una hermosísima noche de estío; la extensa llanura que á un lado y á otro de la carretera, iluminada por la luna, se ofrecía á nuestros ojos hasta perderse en las lejanías del horizonte; la majestuosa y solemne tranquilidad del firmamento azul, surcado con frecuencia por brillantes astros voladores que parecían desgajarse de la celeste bóveda para sumergirse, dejando efímera estela de fuego, en los abismos del espacio insondable; ante nosotros el camino semeando interminable cinta de plata; á trechos irregulares el Pisuega, inmóvil, silencioso, ofreciendo á la vista ilusión de arboleda encantada, por entre cuyos invertidos árboles se filtraban tenues rayos de luz blanquecina....., todo esto, como ocurre siempre en la contemplación de espectáculos grandiosos de la Naturaleza, suspendía el ánimo, predisponiéndolo para las nobles ideas, para las concepciones sublimes, que son en nuestra pequeñez á modo de vagas vislumbres de lo infinito.

Después de prolongado silencio, que ninguno de nosotros pensaba interrumpir, la enérgica interjección que un tropiezo del caballo arrancó al cochero, vino á sacarnos bruscamente de nuestras meditaciones.

Roto el encanto, volvimos á la realidad. Entonces (no puedo explicarme la causa), me atreví á decir á mi compañero de viaje, seguro de no molestarlo, que sus paisanos lo llamaban *el Tonto*.

—Lo sé—contestó sonriéndose con melancolía, —lo sé. Y ¿quién sabe si tendrán razón sobrada para llamármelo? No lo creo; mil veces que hubiera de proceder como procedí para merecer de mis convecinos ese mote, obraría de la misma manera.

Era yo muy joven, cuando, terminada con fortuna mi carrera de Leyes, torné de Madrid á este pueblo, donde reclamaban mi presencia negocios de familia. Abogado por la Universidad Central; precedido por la fama de estudioso é inteligente, fama que mis padres se habían cuidado de propalar, pasé algún tiempo plaza de sabio entre mis convecinos. La casualidad, ó quien fuere, hizo que una prima mía, la muchacha más garrida y por añadidura la mejor acomodada en muchas lenguas á la redonda, se prendara de este su primo, el abogado madrileño, y como, á fuer de niña muy mimada, é incapaz de tolerar la contradicción, había salido desenvuelta como ninguna, ella misma, en ocasión de hallarnos solos, declaró su atrevido pensamiento, proponiéndome lisa y llanamente, como la cosa más natural del mundo, un raptó, único medio, á juicio suyo, de vencer resistencias de su madre; mujer de muy buen juicio, á quien la boda de la muchacha, riquísima y hermosa, con el abogadillo sin pleitos, parecía desatino.

No entró nunca en mis planes lograr medros por el matrimonio, y mucho menos emplear tales procedimientos para conseguirlos. Rechacé, pues, rotundamente la novelesca proposición de mi prima, á quien aconsejé, como buen amigo, que desistiese de tan peligrosas aventuras.

Ofendióse mi enamorada en tales términos, que no volvió á saludarme, y no contenta con ese castigo, procuró y consiguió ponerme en ridículo, refiriendo, con pelos y señales, la escena de su declaración, á todas las mozas del pueblo.

Éstas se la contaron á los mozos.

La gente moza enteró á la gente vieja; y como á nadie, ni viejo, ni joven, ni grande, ni chico, le cabía en la cabeza que un muchacho listo se hiciera de pencas ante los requerimientos amorosos de la muchacha más hermosa y más rica de aquellos contornos, diputáronme todos, *nemine discrepante*, por tonto de capirote.

No faltó ¿cómo había de faltar? quien hiciese lo que yo no hice; y aunque el disgusto y el escándalo fueron causa de graves trastornos en la salud de mi prima y de su madre, por ahí anda muy orondo y muy satisfecho el mortal afortunado que me sustituyó en el corazón de la muchacha. El ricacho suele mirarme, como el vulgo dice, por encima del hombro, y debe de sentir hacia mi persona algo parecido á la mezcla de la lástima y del desprecio.

Casi, casi habían olvidado mis paisanos aquella imperdonable torpeza mía, porque la esponja del tiempo acaba por borrarlo todo, cuando trastornos políticos, en cuya explicación no he de entrar, me colocaron, sin yo pretenderlo, antes bien huyéndolo cuanto pude, á la cabeza del bando victorioso.

Mis correligionarios (así se llamaban) no alcanzaron de mí, aunque con tenacidad extremada lo intentaron, que ejerciese represalias contra los vencidos. Justicia hubo, justicia seca, para todos, adversarios y amigos, parientes y extraños. Ni mermé un céntimo de contribución á los míos, ni permití que se molestase en nada á los contrarios. Esa actitud y ese proceder pusieron el sello á mi reputación de imbécil. Y fui declarado, por sentencia firme, *Tonto de La Mudarra*. No lo siento; me encuentro muy horro en la conciencia con mi tontería.—

Terminó su relación, acabó nuestro viaje y concluyó mi cuento.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



LA «TOILETTE» DE LAS MUÑECAS.

Cuadro de Laurent Desrousseaux.



Á LA MAR.
Cuadro de Joaquín G. Ibaseta.



UN SECRETO IMPORTANTE

Cuadro de Wunsch.



AISLAMIENTO.

Tengo yo en un rincón del viejo huerto
De dos generaciones heredado,
Detrás de unos rosales, y cubierto
Por la parra que enrédase al cercado,

Un banco de madera que una alfombra
Tiene á los pies, de céspedes y gramas,
Y al que dan á la vez música y sombra
De un cenador los nidos y las ramas.

Á mi lado en la tabla carcomida
No queda más que un hueco y un abrigo
Para la compañera de mi vida
Ó para el viejo y familiar amigo.

Aquel pedazo de podrido leño
Firmemente enclavado entre terrones
Es para mí Pegaso y Clavileño
Donde subo á fantásticas regiones.

Desde allí miro alzarse entre las brumas
Quiméricos palacios y atalayas,

Golfos de luz rompiéndose en espumas
Sobre la curva de infinitas playas.

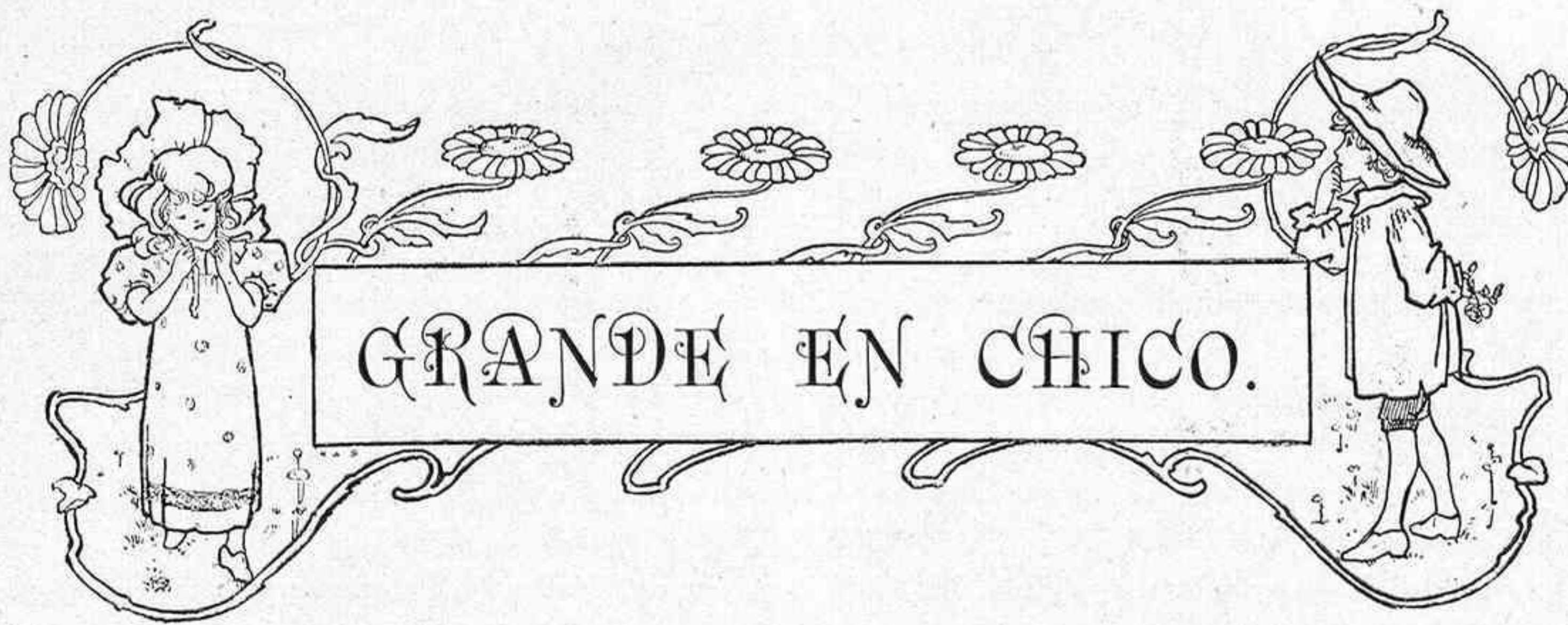
Escucho á mi redor como un concierto
De voces mil cuyo lenguaje ignoro.
¡Qué mundo tan poblado es el desierto,
Qué clamor el silencio tan sonoro!

De tanto mal y tan mezquina lucha
Mi fatigado espíritu reposa,
Y la armonía sideral escucha,
Y aspira, y sueña, y se emancipa y osa.

En mi rincón al universo oculto
Todo cantar y sonreír parece,
Y desligada del social tumulto
El alma, libre, en la ilusión se mece.

Y á la magia del éxtasis que acorta
Los aledaños de mi humilde imperio,
Muestra el espacio á la mirada absorta
La inmensidad sin fondo del misterio.

Emilio Ferrari.



Si el título preinserto ofreciera á la vista del lector invertidos los términos, esto es, *chico en grande*, cualquiera hijo de vecino, más precipitado que reflexivo, podría sospechar que se trataba de esa locución técnica tan usada en cafés y botillerías; pero nó: como quiera que *hasta el fin no se canta el gloria* (pese al vulgo, y aun al no vulgo, quienes impropriamente dicen en este caso *la gloria*), la persona que tuviera un tanto cuanto de calma, no tardaría en advertir como de lo que aquí se trata es de aquellos ingenios, más ó menos valiosos, que en todo tiempo, lugar y ocasión descollaran en la esfera de la literatura jocosa ó festiva, ostentándose, por tal concepto, *grandes en las cosas pequeñas*.

Y no se vaya á pensar que, para poder ser llevado á cabo de un modo satisfactorio el acometimiento de semejante empresa, baste poseer un talento vulgar, nó; necesitase contar con un ingenio de primera fuerza, pues lo contrario equivaldría á embarcarse con poco bizcocho, exponiéndose, por ende, á perecer de hambre en alta mar y á ser pasto en breve de tiburones y otras alimañas, ó, lo que es igual para el caso, á ser víctima en *alta tierra* de mordedores zoilos, cuya voracidad y afilada dentadura nada tiene que envidiar á las cualidades peculiares de aquellas fierecitas, de todas las cuales nos libre Dios en su inmenso poder. Vamos, pues, á pasar revista á algunas de dichas producciones, siquier sea á la ligera, pues

la materia es más abundante de lo que á primera vista parece; y al hacerlo así (aun cuando pudiera tomarlo alguien á descortesía), demos comienzo por los de casa, por aquello de *A los tuyos, con razón ó sin ella*.

Empecemos, pues, por hacer digna mención de un escritor que floreció en la segunda mitad del siglo XVIII, autor de la invectiva titulada: *El Murciélago alevoso*, el agustiniano Fr. Diego González, natural de Ciudad-Rodrigo, y digno émulo de su compañero de religión en el Parnaso, Fr. Luis de León, porque, en mi humilde sentir, es el poemita que sobre todos los de su linaje descuella en las literaturas de todas las naciones y edades, así por la brevedad de sus dimensiones é inocencia del asunto, sencillez en la exposición y naturalidad en el desarrollo del plan, cuanto por la exactitud en las pinturas, armonía, gala y donosura del habla castellana.

Trátase, en efecto, de que

Estaba Mirta bella
 Cierta noche formando en su aposento,
 Con gracioso talento,
 Una tierna canción, y porque en ella
 Satisfacer á Delio meditaba,
 Que de su fe dudaba,
 Con vehemente expresión le encarecía
 El fuego que en su casto pecho ardía.
 Y estando divertida,
 Un murciélago fiero ¡suerte insana!
 Entró por la ventana;
 Mirta dejó la pluma sorprendida,

Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó por recogellos.

Sabedor de tan triste suceso el fino amante,
desátase en improperios contra aquel avechicho
inmundo y asqueroso,

Monstruo de ave y bruto,

y deseando caiga sobre él un diluvio de calamidades y desventuras, no encuentra mejor castigo á su alevosía que encomendar su suerte futura á las suaves caricias de un morrongo (por supuesto, con sus afiladas uñas desenvainadas), quien ya se encargará de dar buena cuenta de él, que será la misma que daría un lobo del rebaño que se confiara á su leal custodia y defensa. Pero no nos es lícito pasar adelante sin trasladar aquí la pintura que del descendiente del famoso Marramaquiz hace el vate, por ser de mano maestra, y de lo más pulido que desde que el mundo es mundo existe en las literaturas todas. De éstas y como éstas entran pocas en libra; de esos cocos, pocos. Véase la muestra.

Demos por conocida ya la escena, copiada del natural, en que la sirvienta de la casa, creyendo incantamente que lo que hay tras del tapiz en que se alberga aquel engendro de cuadrúpedo y ave es una deforme telaraña, empuña la escoba, con el objeto de cumplir con las leyes que dictan el aseo y la policía. Mas ¡oh desengaño cruel!, al escobazo asestado, viene por tierra el horrendo bicho, origen de desastres tantos y tan trascendentales; huye la doméstica (no parece sino que se la está viendo con las faldas arremangadas, después de haber arrojado violentamente la escoba), y dando grandes alaridos, pone pies en polvorosa, imaginándose que lleva á la zaga toda una legión de señores demonios. En situación tan angustiada, sigue expresando el amante exasperado sus deseos, los más malévolos que imaginarse pueda, como lo acreditará el relato siguiente:

Y luego sobrevenga
El juguetón gatillo bullicioso,
Y, primero, medroso
Al verte, se retire y se contenga,
Y bufe, y se espeluce horrorizado,

Y alce el rabo esponjado,
Y el espinazo en arco suba al cielo,
Y con los pies apenas toque el suelo.
Mas luego, recobrado
Y del primer horror convalecido,
El pecho al suelo unido,
Traiga el rabo del uno al otro lado,
Y, cosido en la tierra, observe atento;
Y cada movimiento
Que en ti llegue á notar su perspicacia,
Le provoque al asalto y le dé audacia.
En fin, sobre ti venga,
Te acometa y ultraje sin recelo,
Te arrastre por el suelo,
Y á costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas,
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces á lo alto.

Pensará el lector que aquí dan fin los martirios del pobre *Vespertilius murinus* de Linneo; pues se ha equivocado miserablemente: fáltale la prueba mayor á que podía verse puesta su existencia, y es la de caer en manos de chiquillos. Tal es la animadversión que anima á Delio, cuando exclama en lo más intenso de su justa ira, pidiendo que, al presentarse el batallón infantil bien armado

De piedras, de navajas, de agujones,
De clavos, de punzones,
De palos por los cabos afilados,

lleven á debido efecto su espíritu de venganza, en cuyo cumplimiento

Te puncen y te sajen,
Te tundan, te golpeen, te martillen,
Te piquen, te acribillen,
Te dividan, te corten y te rajen;
Te desmiembren, te partan, te degüellen,
Te hiendan, te desuellen,
Te estrujen, te aporreen, te magullen,
Te deshagan, confundan y aturrullen;

todo eso (que, como se ve, no es un grano de anís), después que

..... por las telillas
De tus alas te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas, etc.

A esto llamaba el vulgo de nuestro suelo, y

aún sigue llamando, y con razón, *hacer una herejía con uno*, pues seguramente no cometía tantos desafueros con los penitenciados en achaque de fe la, entonces por antífrasis llamada *Santa*, Inquisición. Por algo se decía en aquella época, con relación á nuestra patria, que *Tres Santas y un Honrado traen al Reino agobiado*; es á saber: los tribunales de la Santa Inquisición, de la Santa Hermandad, de la Santa Cruzada, y del Honrado Concejo de la Mesta.

Llevado hasta su conclusión el desempeño de tan trágico suceso, era preciso hacer la inhumación del cadáver, y no así como quiera, sino en un muladar, digno paradero de todo un señor *Murciélagos alevoso*; y á fin de perpetuar su memoria, para inteligencia y escarmiento de las generaciones futuras, sólo faltaba dejar consignado hecho tan inaudito, por medio del grabado sobre una piedra de perenne y eterna duración, en el siguiente

EPITAFIO.

Aquí yace el *Murciélagos alevoso*
 Que al Sol horrorizó y ahuyentó el día;
 De pueril saña triunfo lastimoso,
 Con cruel muerte pagó su alevosía.
 No sigas, caminante, presuroso,
 Hasta decir sobre esta losa fría:
 «Acontezca tal fin y tal estrella
 A aquel que mal hiciere á Mirta bella».

La bella gaditana *Mirta* (D.^a María del Carmen González Llorente) debió de quedar altamente reconocida á la delicada galantería del fraile-poeta que por manera tan elocuente y elevada acertó á expresar lo desagradable de su inesperado acontecimiento; y el orbe literario, por su parte, hondamente sorprendido al contemplar que, de argumento tan sencillito, cuando nó estéril, se pudiera sacar partido tan ventajoso, mediante escenas tan naturales como variadas, y en versos tantos, tan dulces y cadenciosos, que diera por resultado un poemita de condiciones tales, que mereciera llegar á ser modelo y ejemplar entre los mejores de su clase.

Como comprenderá el más juicioso lector, no es posible dar aquí cuenta de todos y cada uno de los trabajos de esta índole, pues sólo los que á mi

noticia han llegado escritos, ya en verso, ya en prosa, y en una ú otra lengua, pasan de la friolera de *trescientos*; y muchísimo menos, dado y no concedido ese caso de posibilidad, el seguir haciendo un análisis circunstanciado de cada uno de ellos, como el que acabamos de verificar con la linda produccioncita del inspirado vate legionense. Por eso, por lo otro, y por lo de más allá, habremos de contentarnos con apuntar á continuación unos cuantos títulos, y nada más, para satisfacción de la curiosidad del lector, y como comprobante de que, si bien se ha cultivado en gran escala este género de literatura, no se le ha concedido por los preceptistas y no preceptistas, en lo general, toda la atención é importancia que, en nuestro concepto, se merece. Prosigamos, pues, sin salir por ahora de nuestro suelo, como queda prometido, empleando la mayor brevedad y como á salto de mata, ó bien cual gato sobre brasas.

Nuestro ilustre prócer D. Diego Hurtado de Mendoza, célebre político, historiador, novelista y poeta, dedicó parte de sus ocios á escribir la *Elegía de la Pulga*, y varias otras composicioncitas faceciosas, tales como *En loor del Cuerno*, sobre *La Zanahoria*, etc.

En elogio de dicha prominencia ósea frontal ocupóse igualmente nuestro Gutierre de Cetina, con la gracia que le era característica, así como en el de la *Pulga* y la *Cola*.

Contamos igualmente en nuestro Parnaso con dos *Perromaquias*, á saber: una escrita por Francisco Nieto de Molina, y otra por Juan Pisón y Vargas.

El Conde de Noroña dió á luz la *Quicaida*.

El Marqués de Ureña, la *Posmodia*, poema en cuatro cantos por uno que la escribió, y también

El imperio del Piojo recuperado, bajo el nombre supuesto de D. Severino Amaro.

Gabriel Álvarez de Toledo compuso *La Burromaquia*.

Nuestro festivo Baltasar del Alcázar hizo el elogio del *Ratón*.

La *Apología de los Asnos*, compuesta en renglones así como versos por un *Asnólogo aprendiz de poeta* (*Asnópolis*, 18229), y

El *Elogio del Rebusno*, ó sea *Apéndice á la Apología de los Asnos* (*Rebusnópolis*, 18269), son dos

opúsculos debidos á la pluma de D. Manuel Lozano Pérez Ramajo, quien los imprimió en Madrid, año de 1829. Ambas producciones merecieron ser reimpresas años adelante por D. José Joaquín Pérez de Necochea, obispo electo de Oviedo (bajo el título de *El Asno ilustrado* y el pseudónimo vascongado de *J. J. Zeper Demicasa*), quien las enriqueció con muchas y muy curiosas y eruditas notas. (Madrid, Imprenta Nacional, 1837) (1).

Tratándose del animalito orejudo de que acabamos de hacer mención, el que, en concepto de Buffon, á no existir el caballo, sería en su clase la mejor estampa del mundo, y el cual, por lo que su especie abunda y ser notorio en general, no mereció otra definición á la *Academia italiana della Crusca*, y á alguna otra más, que la de «animal cuadrúpedo bien conocido», fuerza nos es recordar aquí que el sevillano Pero Mejía había hecho su elogio tres siglos antes.

No hay para qué traer ahora á colación *La Mosquea*, de Villaviciosa, ni *La Gatomaquia*, de Lope de Vega, por andar en manos de todos; y, para no hacernos interminable con el relato de nuestros compatriotas, pongamos aquí punto en lo referente á esta esfera, no sin embalsamar antes la vasta atmósfera que nos circunda, con la cita de *La Mierdópolis ó Los Perfumes de Barcelona*,

Poema que, si oliera,
El diablo que lo leyerá,

de autor anónimo.

Al hablar ya de produccioncitas de esta clase

(1) Entre varios autógrafos que del susodicho Lozano Pérez Ramajo poseo (del dominio público los unos, inéditos otros), figura un *Poema más que heroico en varios cantos, cuyo número no puede determinarse, por un Aprendiz de poeta*, que lleva por título *El Parto feliz del rey José, ó El Xeringazo*, producción que, no sólo creo sea inédita, sino que abrigo la sospecha de que no llegó á terminarse. No hay para qué decir lo malparado que de tal pluma sale el Rey intruso de España, *Bonaparte*, así como tampoco que en ocasiones tiene que taparse las narices el curioso lector. Lleva el manuscrito la fecha de *Sevilla y Cádiz, 1809, 1810, etc.*

pertenecientes á la Literatura extranjera, no nos es lícito dejar de empezar por

La Batracomiomaquia, de Homero (*Batalla de las Ranas y los Ratones*), así por la remota antigüedad que ostenta y lo ilustre del ingenio que la concibió, como por haber merecido su parto los honores de la traducción á todos los países civilizados.

El célebre polígrafo, y nunca cuanto se debe ponderado paremiólogo, Desiderio Erasmo de Rotterdam, compuso en la lengua del Lacio su *Encomio de la Locura*.

Siglos antes había escrito Carnéades, filósofo griego, el elogio de la *Injusticia*.

Los animales, aun los más diminutos, inmundos y despreciables, hallaron gran número de mantenedores á su favor.

La Pulga fué elogiada por Celio Calcagnini, Pedro Gallisardi, Ovidio, Luis Bochelli, Bernabé Brisson, José Scaligero, Jacobo Mangot, Nicolás Rapin, Jerónimo Angeriano, Federico Taubmann, Adán Siber y Salomón Frencler.

El *Piojo*, por el monje Pucci y por Daniel Heinsio.

El sajón Gaspar Dornau (transformado en *Dornavius*, merced al prurito de latinizarse por aquel entonces todos los nombres propios, así de personas como de pueblos) fué aficionado, como pocos, á emplearse en tales bagatelas. No siendo posible hacer un recuento exacto y cabal de todas ellas, nos bastará citar los siguientes elogios que á distintos propósitos hizo:

El *Escarabajo*; el *Lirio*; la *Encina*; el *Manzano*; el *Granado*; la *Envidia*, etc.

Sin embargo, tuvo un émulo de primera fuerza en la persona de Ulises Aldrovandi, de quien, entre otros trabajos de este jaez, se recuerdan los siguientes:

La *Chinche*; la *Hormiga*; la *Araña*; la *Mosca*; el *Escarabajo*; las *Abejas*; la *Cigarra*; la *Luciernaga*; los *Gusanos*; el *Papagayo*; el *Cisne*; la *Palomita*; la *Tórtola*; el *Aguila*; el *Ruiseñor*..... y qué sé yo cuántos más.

Esto se llama ser fértil en achaque de jocosidades; lo demás es bobería y cosa de nonada.

Y, á propósito del *Ruiseñor*, no quiero se me pase por alto el hacer mención de la humorada

que tuvo el jesuita P. Kirquer, al estampar en su *Musurgia*, por medio de notas musicales, el canto de algunas aves, entre ellas las de corral, así como el canto, por mal nombre, del *grillo* y sus congéneres entomológicos. Pero, volviendo al *Cantor de las selvas*, lo más chistoso del caso es la paciencia, verdaderamente alemana; con que el alemán Beschtein llevó á cabo el expresar con exactitud aproximada, por medio de las combinaciones de nuestras letras, el efecto producido por algunos de los múltiples variados gorjeos á que el canto de ese pajarito se presta. De semejante curiosa cuanto esmerada labor di cuenta en el tomo II de *El Averiguador Universal*, páginas 25 y 26 (Madrid, 1880).

Y ¿cómo seguir enumerando ahora, después de lo ya dicho, siquiera unos cuantos de los muchos asuntos que posan aún en el fondo del tintero?.... ¿Cómo relatar el mismo asunto desempeñado por distintas plumas?....

Quede á la mayor competencia de quien lo pretenda el tomar nota de materias tantas y tan varias como:

El *Ganso*—el *Mono*—el *Buho*—el *Tordo*—el *Pavo real*—el *Gorrión*—la *Alondra*—el *Cerdo*;
la *Berza*—la *Vid*—la *Higuera*—el *Laurel*—la *Nuez*—la *Cebada*—la *Paja*—la *Caña*—el *Lino*—el *Olivo*;

la *Rosa*—la *Violeta*—el *Lirio*—la *Ruda*—la *Mora*;

el *Pelo*—las *Barbas*—la *Calva*—la *Cabellera*—la *Canicie*;

las *Almorranas*—las *Tercianas*—la *Gota*; y, para terminar, que ya es ocasión, y sin citar algunas que por el nombre trascienden y no á ámbar,

Le Lutrin (El Facistol), de Boileau; *Gli Animali parlanti (Los Animales parlantes)*, de Casti; *La Secchia rapita (El Cubo robado)* de Tassoni; y *La Dulciada*, del canónigo gaditano D. Cayetano Huarte, que floreció á fines del siglo XVIII (siquiera para que podamos paladear algo sabroso después de inmundicias tantas como en medio de no pocas materias agradables nos han salido al encuentro).

Como se acaba de hacer patente, los ingenios más sublimes y fecundos, antiguos cuanto modernos, y ora serios, ya jocosos, han solido ser los creadores de esas y otras miniaturas; bien es verdad que, para que en todas las fases sociales resalte la antítesis, no han faltado hombres que, por el contrario, resultaran pequeños en las cosas grandes.

Y ya que de la pluma se ha deslizado el vocablo *miniatura*, no estimamos ocioso el hacer observar aquí como pasa con las Letras lo mismo que con las Artes, á saber: que no es el bulto lo que decide del mérito de las obras, sino lo acabado y perfilado de su ejecución. Hasta el supremo Hacedor nos da una prueba fehaciente de su omnipotencia, pues si grande se ostenta en la creación del elefante, no se muestra menor al comunicar un soplo de vida al insectillo que se arrastra penosamente bajo la yerba del campo, y que, sorprendido por la diligencia del hábil naturalista, es causa de que no quede éste menos admirado, una vez sometido aquél al análisis más detenido y escrupuloso, al contemplar una máquina tan complicada, contenida dentro de un espacio tan breve y tan diminuto.

JOSÉ MARÍA SBARBI.

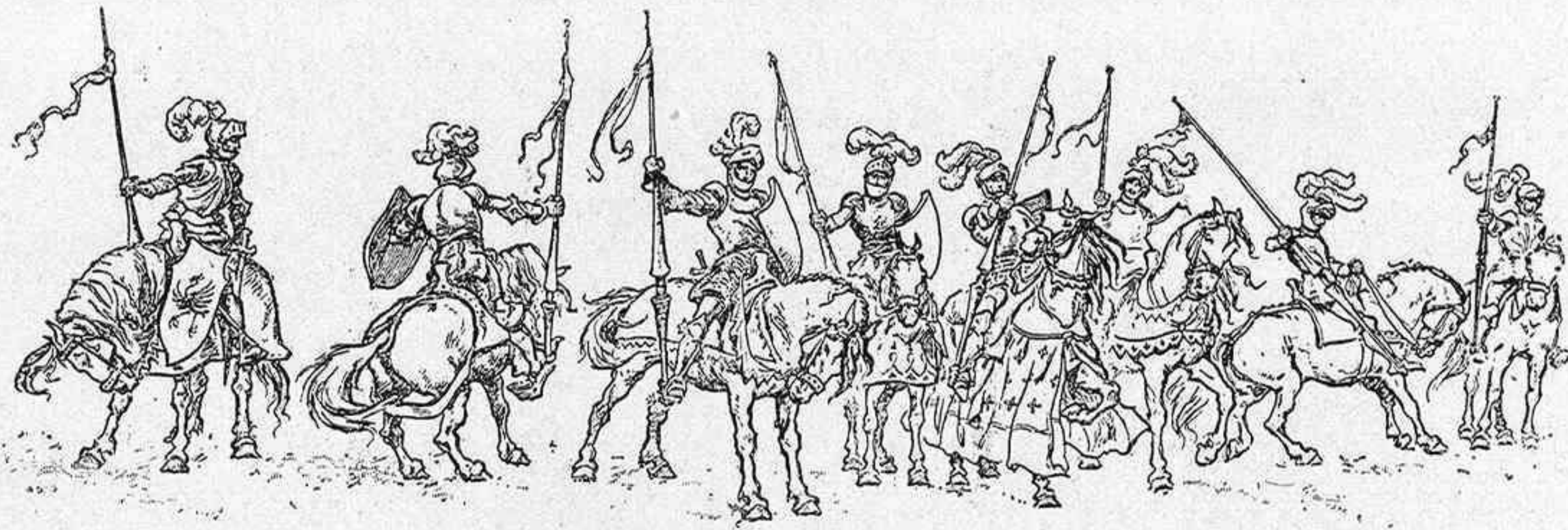


PRELUDIO.
Cuadro de Kiesel.



LA GALLINA CIEGA.

Cuadro de José Llana.



El Alcalde de Alcorcón.

EPIŒODIO HISTÓRICO DEL TIEMPO DE LA DOMINACIÓN FRANCESA (1809).

LLAMÁBASE D. Manuel de Vergara, y, aunque del estado noble, no por ello se desdeñaba en ejercer la humilde industria que ha dado con sus pueros á Alcorcón tan grande fama. Hombre dotado de claro y natural entendimiento, comprendía perfectamente las circunstancias, sobre todo en lugar tan próximo á la corte y sin medios ni recursos para proceder de otra manera: y no obstante ser buen patriota y abominar de la vergonzosa dominación extranjera, procurando mantener el orden en el pueblo, defender la justicia y salvar su responsabilidad en todo caso, sometíase, en bien de sus administrados, á la autoridad exigente del Ministro de Policía, quien nunca tuvo queja de Vergara.

Mas, como el demonio siempre vela, quiso la mala suerte que allá en la noche del 24 de Marzo de aquel año de 1809, noche fría y destemplada y obscura como boca de lobo, cuando el bueno del Alcalde, fatigado de su cotidiana alfareril tarea, se disponía, ya cerca de las diez y media, á buscar descanso en el mullido lecho al lado de su consorte, retumbase en toda la casa terrible aldabonazo, acompañado de golpes que menudeaban sobre el portalón de la casa y hacían estremecer los débiles tapiales de la misma.

No sin cierta inquietud, y empuñando la vara, símbolo de su autoridad, abrió la puerta; y grandes fueron su extrañeza y su asombro al ver que sobre él se lanzaban un alguacil y seis cazadores, quienes, después de identificar su persona, le sujetaban con fuertes cordeles ambas manos, obligándole á entrar en la habitación de donde había salido, y cerrando luego con llave el aposento.

Mientras aquellos siete individuos, que como agentes del Ministro de Policía se presentaban, revolvían toda la casa en escrupuloso é inútil registro, solo en aquella estancia dábase el Alcalde á pensar en la razón de atropello semejante; pues, bien que él no era afrancesado ni mucho menos, jamás había hecho por prudencia ostentación de sus ideas, cumpliendo siempre y en toda ocasión las órdenes superiores con facilitar bagajes, suministrar víveres, y auxiliar en cuanto pudo, como alcalde, los destacamentos y partidas sueltas del ejército francés que por Alcorcón frecuentemente discurrían.

Su inquietud cesó, sin embargo, así que verificado el registro, en el cual nada halló la suspicacia de la policía que pudiera comprometerle, encarábase con él el representante de la autoridad y procedía á interrogarle.

Aquella misma mañana habíase en Madrid presentado al Comisario general de Policía del cuartel de San Jerónimo cierto vecino de Alcorcón, llamado Pablo Martín, abastecedor de aguardiente en el citado pueblo, y con las formalidades de rúbrica deponía ante el Comisario, acusando al Alcalde de querer con su conducta perder á los vecinos, pues sobre que, según el delator, dió principio «á sus maquinaciones contra los soldados franceses del Emperador el día Dos de Mayo» del año anterior de 1808, siempre que veía pasar por el lugar algún soldado francés, le asesinaba, enterrándole ú ocultándole, y que precisamente el miércoles, 22 de Marzo, á las doce de la noche, el Pablo Martín le había sorprendido con un cadáver al hombro, del cual pensaba deshacerse arrojándole á una tierra del declarante llamada la *Noria*.

Con manifiestas señas de disgusto sincerábase Vargas de las terribles acusaciones del delator, probando ser en absoluto falsas, y manifestando no le extrañaba el proceder de Martín, porque le tenía formadas tres causas diferentes, en las que á la sazón entendía el teniente de vara D. León Sagasta, y así era de esperar que procurase inutilizarle para librarse del castigo que le aguardaba.

Interrogados la mujer y los sirvientes de Vargas acto continuo, confirmaron uno por uno con sus declaraciones lo dicho por el Alcalde, no obstante lo cual, entre el espanto de las gentes, que ya habían tenido ocasión de imponerse de lo que acontecía, y el dolor sin límites de la esposa, quien no comprendía aquello, era llevado al coche prevenido y conducido á Madrid preso, ya en las primeras horas de la madrugada.

Encerrado en la cárcel, las actuaciones continuaron con gran rapidez, deponiendo en el proceso Antonio Hurtado de Mendoza, vecino y alguacil de Alcorcón; Pedro Millán Eusebio, cuadrillero; Francisco Martín, primo del delator; Nicolás Ortiz de Landázuri, Francisco Vargas y el Cura párroco, entre otros, quienes con sus palabras corroboraron las manifestaciones hechas en la indagatoria por el Alcalde, demostrando así su inculpabilidad y su inocencia.

Según las declaraciones de todos, que obran en

los autos, y el testimonio, llevado á la causa oportunamente, de lo declarado por los dos soldados agredidos el 2 de Mayo de 1808, lo ocurrido en tal ocasión y que, según Pablo Martín, constituía uno de los más graves cargos contra el bueno del Alcalde, había sido lo siguiente:

Aquel día memorable, y mientras el pueblo de Madrid luchaba casi inerme contra las tropas francesas de Murat, por el camino de Navalcarnero aparecieron con dirección á la corte dos soldados del ejército francés, italiano uno de ellos, cantineros ambos, y que, acompañando un carricoche, marchaban descuidados, sin que nadie les estorbaba para nada.

Cerca ya del *Puente de Segovia* oyeron el estruendo de las descargas de fusilería; y temerosos de lo que pudiera ocurrirles, retrocedieron los dos soldados; pero al llegar á la *Ermita de los Remedios*, de Alcorcón, un arriero, que de Madrid iba seguramente, y que participando del odio que en el pueblo los extranjeros despertaban, debió presenciar el comienzo de la lucha heroica entablada por los madrileños contra sus opresores, enardecido por el espectáculo, se arrojó lleno de coraje sobre los militares, antes de que éstos pudieran impedirlo ni hacer uso de las armas que llevaban, les apostrofó rudamente, les despojó de los fusiles y los sables, y les golpeó con la vara de tan recia manera, que ambos caían al suelo magullados, á pesar de sus protestas.

Ninguno de los que en la carretera fueron testigos de aquel hecho pudo evitarlo, ni el Alcalde mismo Manuel de Vergara; y sólo cuando, harto de golpear, el arriero siguió su camino, el Párroco y el Alcalde de Alcorcón pudieron acercarse á los heridos, les recogieron humanamente, les llevaron á la casa de Ayuntamiento, donde se les puso un lecho, y fueron asistidos y curados allí, marchando á El Escorial después para incorporarse al batallón á que pertenecían.

Quedaba, sin embargo, otra acusación no menos grave: la de los asesinatos de soldados franceses; y el Pablo Martín, ya por la autoridad detenido, no sólo se ratificaba el 29 en la declaración por él voluntariamente prestada y que figuraba á la cabeza del proceso, sino que añadía que el cadáver con el cual había sorprendido al Alcalde el día 22

debía estar oculto en las afueras del lugar, y especialmente en el *Pozo de la Pepa Carola*, ó acaso en *la Noria*, contra la *Ventilla*.

Para evacuar la prueba, el 31 fueron reconocidos todos los pozos que había en las afueras de Alcorcón, sin que en ellos se encontrase rastro alguno, como restos de uniforme, fornituras, armas, en fin, algo que demostrase lo que Martín aseguraba, y hasta se hizo que personas y caballerías bebiesen de las aguas de los indicados pozos, sin que las primeras notasen en ellas sabor alguno, ni las rehusaran tampoco los animales.

Todo era, pues, favorable para el Alcalde de Alcorcón, quien continuaba preso, á pesar de todo, como lo fueron también en los primeros momentos algunos de los vecinos del dicho lugar; y al fin, el 23 de Abril, atemorizado sin duda por las proporciones que el proceso iba tomando y por la inutilidad de sus infames trapacerías, el delator Pablo Martín se retractaba solemnemente de la delación, declaraba que su ánimo había sido tomar venganza del Alcalde por las causas que le había formado, y concluía pidiéndole perdón por el daño que le había hecho.

En vista de tales manifestaciones, el 6 de Mayo se reconocía en la sentencia la inculpabilidad del Alcalde, á quien, sin embargo, no se devolvió la libertad en el acto, y se condenaba á Pablo Martín á la pena de horca, llevando pendiente del cuello un cartel con la letra: *Por calumniador en delitos capitales*.

Dos días después, á las cuatro de la tarde del 8 de Mayo, la terrible sentencia era cumplida, y el cuerpo agarrotado del delator se balanceaba fúnebremente al aire pendiente de la horca, en las afueras de la *Puerta de Toledo*, llevando sobre el pecho el cartel que declaraba su crimen, y que

deletreaba con supersticioso terror la muchedumbre.

Fué aquél uno de los innumerables procesos nacidos de las malas pasiones, á consecuencia de las cuales pagaron con la vida su amor á la patria tantos inocentes en quienes vió criminales la suspicacia y el servilismo de las autoridades de época; pero, por fortuna, en la ocasión presente la justicia de Dios hizo resplandecer á tiempo la inocencia del acusado, y obligó según las leyes á imponer al mal aconsejado delator el castigo reservado á los crímenes de que al Alcalde de Alcorcón pretendía hacer responsable.

Ojalá que tal ejemplo, triste, pero elocuente, hubiera servido para evitar otros muchos procesos en los que no tuvieron los presuntos criminales la suerte de aquel Alcalde, á quien no dejó de producir graves daños la delación en sus intereses.

Es probable que todavía haya en Alcorcón descendientes de D. Manuel de Vergara, y acaso entre ellos se conserve la memoria de este acontecimiento olvidado, que pone de manifiesto una de las llagas que laceraron el cuerpo social en España durante el tiempo de la dominación francesa, y en los no menos terribles que se sucedieron, cuando estalló la lucha entre realistas y liberales, que tantas víctimas produjo.

De cualquier manera, es un documento histórico el proceso, y como tal debe ser conocido y aprovechado (1).

RODRIGO AMADOR DE LOS RÍOS.

(1) La causa original de donde hemos extractado el relato, obra entre las *Célebres*, en el *Archivo General Central de Alcalá de Henares*, legajo 18, núm. 83, y procede de la Audiencia de Madrid.



Las Bodas de Don Quijote y Dulcinea.

Hoy el Parnaso splende de hermosura,
De lumbres, de colores y alegría:
En él irradia, pródiga, Natura,
Al refulgente sol de la poesía.

Báñase perfumada de azucena
La aurora en linfas de doradas mieles;
Y oculta flauta, melodiosa, suena
Entre flexibles palmas y laureles.

Un velo envuelve á la manchega diosa,
Velo azul que semeja olas de incienso.
La muchedumbre, al verla, da gozosa
Hurras y vivas de entusiasmo inmenso.

Don Quijote, del brazo de su amada,
Ostenta bizarrísima apostura:
En la frente la mágica celada,
Y el acero invencible á la cintura.



Aves canoras, de luciente pluma,
Llenan el aire de vistosas galas;
Y en lagos de zafir, rosas de espuma
Abren los blancos cisnes con sus alas.

Hoy el Parnaso sus venturas todas
Brinda al s6n de embriagante melopea:
Que en tal regi6n celebran hoy las bodas
Don Quijote y su casta Dulcinea.

Del Toboso la virgen aparece
Con manto n6veo y t6nica de grana,
Y en su faz, hostia pura, resplandece
La triunfadora luz de la ma6ana.

Seguido marcha el caballero andante
De alta hueste, ceñida de oro y raso;
Es de los h6roes la legi6n brillante,
Honra, prez y delicia del Parnaso.

Arcos de triunfo el6vanse tejidos
De magnolias, claveles y jazmines...
Por la atm6sfera vuelan los sonidos
De c6taras y alegres bandolines...

Y á un soldado, en que el genio centellea,
Manco, de grandes ojos avizores,
Ofrecen Don Quijote y Dulcinea
Sus frondosos laureles y sus flores.

MANUEL REINA.



¡NO VIENE.....!

Cuadro de Camilo Bellancer.



¿QUIÉN TEME MÁS?

Cuadro de Moct.



PINTURA Y REALIDAD.

En vano tu tez ansía
La frescura disipada,
Porque la flor marchitada
No vuelve á su lozanía.

En vano quieres fingir
Con los afeites belleza,
Pues á la Naturaleza
No se la puede suplir.

La droga más escogida
No reproduce el rubor
Que nace con el calor
Espléndido de la vida.

Y el matiz de la salud
No se puede parodiar,
Ni menos falsificar
Flores de la juventud.

¿Cómo hay necia que presume
Poseer encanto eterno,
Si hasta las rosas de invierno
Están faltas de perfume?

Con los años se hace recia
La piel sonrosada y lisa,
¡Las arrugas son la risa
Con que el tiempo nos desprecia!

Siempre triunfa la verdad,
Y no puede el tocador
Combatir contra el rigor
Implacable de la edad.

Pero aunque tú conquistaras
Al Tiempo, aunque lo vencieras

Y de nuevo hermosa fueras
Y el semblante remozaras,

No lograría el espejo
Devolverte la ilusión,
Porque es en ti el corazón
Lo que se siente más viejo.

¿Qué misterioso artificio
Podrá devolver la vida
Á tu alma, carcomida
Por los estragos del vicio?

¿Cuál encendido color
De esos que tu rostro luce
Se parece al que produce
En las buenas el pudor?

Entonces, ¿por qué te afanas,
Por qué extremas tus alardes,
Siendo joven por las tardes
Y vieja por las mañanas?

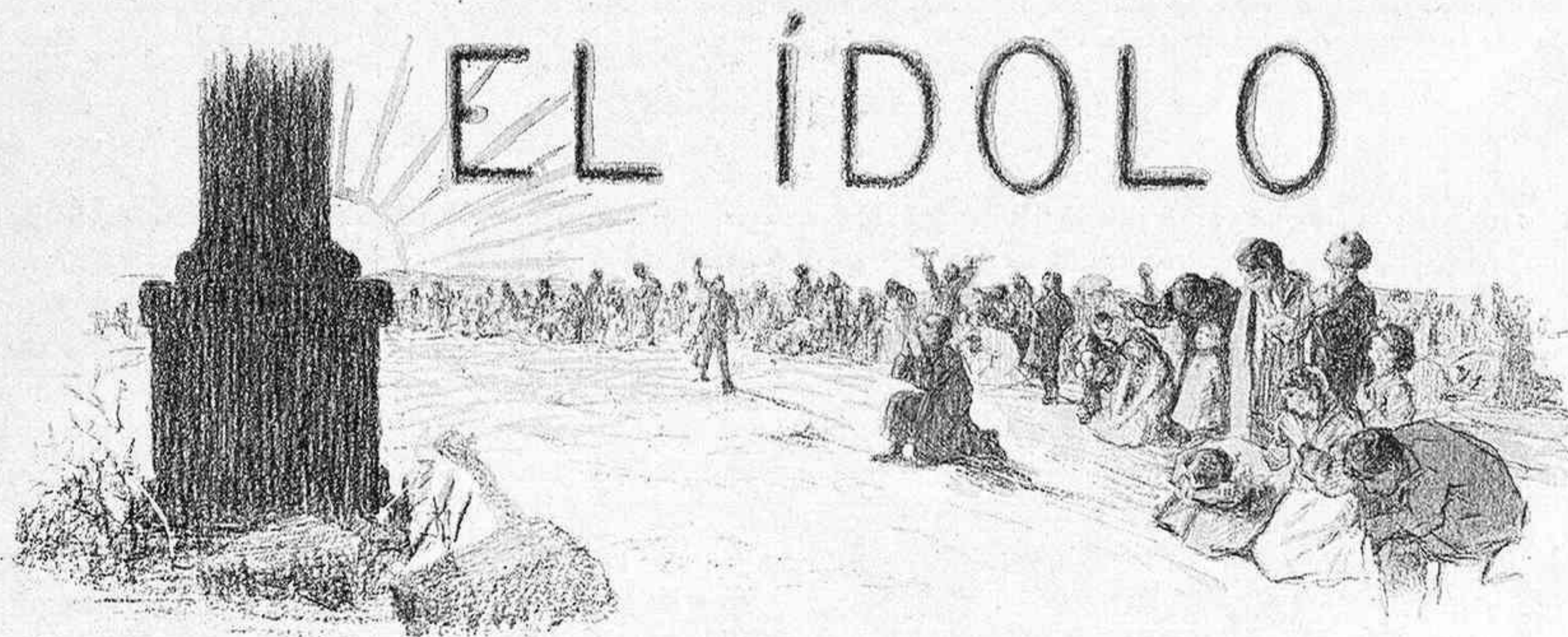
Se marchitó tu hermosura
Por influjo de la edad;
Ríndete á la realidad
Y abandona la pintura.

No conseguirás la calma
Que tu pecho necesite,
Ni es fácil que resucite
El cadáver de tu alma;

Y serán siempre, mujer,
Tus miradas para el mundo
Rayos de un sol moribundo
Que no vuelve á amanecer.

J. FRANCOS RODRÍGUEZ.

Fecit: J. M. Lumbreras



—Yo, señor doctor, soy literato. Mi nombre habrá llegado á sus oídos junto con los más lisonjeros encomios; sin duda conoce usted alguno de mis trabajos.....; hasta me permito creer que le han parecido admirables.

Ya ve usted: soy sinceramente inmodesto; creo que lo puede ser quien, como yo, no ha tratado nunca de negar pleitesía al talento de los demás.

Del de usted, y de la ciencia que posee, hácese todos lenguas, y á usted acudo en busca de la salvación de lo único que he amado y amo en el mundo, de lo que he puesto por encima de todas las cosas de la tierra sobre un ara gigantesca que toca en el cielo, y ante la cual he sacrificado la familia, el bienestar, el amor, la vida; la vida intensa y amplia llena de los goces y los sufrimientos que con su contraste la hacen seductora.

—¿Y qué ha colocado usted sobre ese ara que pueda sustituir á todo lo que acaba de nombrarme?

— Mi propia inteligencia.

La he adorado como la criatura á su creador, la he cuidado como el creador á su criatura; y cuando empezaba á conseguir que el culto hacia ella se extendiese entre mis semejantes; después de inspirar el perfume de los primeros granos de incienso quemados en su honor, la estatua vacila, oigo crujir temerosamente su pedestal..... Creo que va á derrumbarse, se hará pedazos..... y no quedará de ella un fragmento por el que se pueda colegir la hermosura del todo á que perteneciera.

El cliente ocultó, sollozando, el noble rostro entre las manos finas y atormentadas, y durante un minuto sólo interrumpió el silencio del salón el doloroso bramido de su garganta.

Luego siguió de este modo.

—Con el primer pensamiento que aleteó en mi cabeza nació en mi pecho el primer impulso de esta adoración, que se había de convertir al momento en fanatismo. Consideré una rémora el querer de los míos, y abandoné el tranquilo hogar de provincia, dejando á mi madre y á mis hermanas, para correr adonde mi ídolo fuese dignamente glorificado.

Sin instrucción apenas—la que luego he denotado en mis grandes obras fué adquirida con posterioridad,—sin conocimiento de la vida, sin más idea del humano sentir que la que tenía del mío propio, me puse á trabajar con el ardor más grande que haya animado jamás á artista alguno. Por el esfuerzo sólo de la voluntad he conseguido que mis primeros escritos dejaran vislumbrar en su autor cualidades que no poseía.

He presentido, sí, he adivinado lugares, personas, almas; he descrito, sin vacilación ni errores, países de los cuales hasta la situación geográfica desconocía; he usado vocablos justos nunca leídos ni escuchados; he cumplido cuanto me fuí proponiendo.

Podíase comparar mi imaginación con un nacimiento que surgiera de altísima montaña y se derramase á lo largo de sus vertientes: así la idea,

á la manera del agua, emergía abundante, continua, fresca, y era bulliciosa como la del arroyo ó terrible cual la del torrente; musical como goteo estalactítico ó atronadora como catarata; deslumbrante en el ventisquero, fecunda en el prado, poderosa á la manera de avalancha, dulce como rizo de lago, irisada como prisma de hielo.

Bastábame desearlo, para que acudieran á mi cerebro pensamientos nuevos, interesantes, sugestivos, que luego desarrollaba con maravillosa facilidad y sembraba de felices ingeniosidades.

A falta de una gran experiencia, contaba con una gran fantasía. Á ésta lo debo todo. ¡Pero hasta llegar á lo que soy.....! Puede usted figurarse la vida que arrastré durante los primeros años de mi residencia en la capital, sabiendo que si los comienzos de cualquier profesión suelen ser difíciles, los de la literatura revisten aspectos espantosos. A pesar de que nada me pagaban, costábame grandes dificultades conseguir que los periódicos admitieran mis trabajos, que eran regularmente cuentos, narraciones y fábulas en prosa, esas fábulas tan enaltecidas después.....

El viejo médico hizo un ademán de asombro y quiso ponerse de pie.

— ¡Cómo! ¿Es usted el gran.....

— El mismo—interrumpió con amargura el escritor, impidiéndole que se levantara.

— ¡He visto el retrato de usted en los diarios con motivo de su gran triunfo en Berlín, y no le he reconocido antes; es imperdonable!

— Es lógico; ¡he cambiado tanto en poco tiempo! Pero escúcheme sin interrumpirme, se lo ruego; me cuesta verdadero trabajo seguir sin desvariar el hilo del discurso, y deseo poner á usted al corriente de los hechos de mi vida para que pueda usted prestarme los auxilios necesarios. No quiero molestarle con la descripción de aquella lucha cruel, durante la cual no hubo desdicha que no me agobiara ni privación que desconociera. Poco á poco fueron cambiando las cosas: comenzó el público á fijar la atención en mi firma; después se habló de la fantasía de mis narraciones, de la profunda impresión que mis asuntos originalísimos dejaban en el ánimo. En todas partes me pagaron ya los escritos. Entonces alquilé un cuartucho en una casa de vecindad de los barrios bajos, y me

entregué arduosamente á la realización de mis acariciados proyectos. Escribía desde el amanecer hasta que la noche entraba, sin hacer más que una sola comida cada veinticuatro horas, cuando después de la jornada, salía á la calle. El poco dinero que ganaba permitíame apenas vivir, y me veía obligado á hacer economías en todo, hasta en la luz.

Ocho años viví de esta manera. En este espacio dí á la imprenta algunos volúmenes, sucediéndome con los libros lo que me ocurriera con los trabajos sueltos. Los primeros tomos hube de darlos á los editores renunciando á todo lucro.

Vendíanse bastantes ejemplares, demasiados teniendo en cuenta lo poco que aquí se lee; pero según fueron apareciendo más obras mías, según fui teniendo más años, es decir, á medida que iba ascendiendo en el escalafón de la edad, único y verdadero camino de ascenso en nuestro país, mi nombre se iba popularizando y las ediciones anteriores se agotaban. A pesar de que había publicado mucho, quedaba inédita aún gran parte de la labor llevada á cabo en mi aislamiento.

Por esta época fué cuando comencé realmente á ganar algo más de lo preciso: puede decirse que contaba con los ingresos de un buen escritor. Por esta época también fué cuando empezaron á molestarme los ruidos de la casa de vecindad. Distraíanme á veces las reyertas de las mujerucas en el patio, el corretear de los chiquillos por la galería á que daba mi habitación; exasperábame el tecleo vertiginoso de los pianos callejeros y, en ocasiones, el golpear continuo de una puerta batida por el aire era suficiente para que las ideas se me fueran del magín.

— ¿Qué ha pasado en esta casa?—me preguntaba yo.—Antes no era tan intranquila; sólo desde hace algún tiempo reina esta baránda creciente, que llegará á impedirme escribir una sola línea. ¡Si yo poseyera un buen gabinete de trabajo!.....

Recientemente había visto el de Gny de Maupassant, reproducido en una «Ilustración», y pensaba con verdadero deleite en la paz admirable de que se debía gozar en aquella estancia suntuosa, donde no se había omitido un detalle que al silencio y á la abstracción del mundo exterior

podiera conducir. El deseo de poseer un retiro semejante me traía sin sosiego; no se trataba de satisfacer un capricho, sino de llenar una verdadera necesidad.

Una circunstancia poco ordinaria me permitió cumplir aquella aspiración.

Habíase anunciado por cierto poderoso editor un certamen de novelas, al cual concurrí con dos de mis más cuidadas producciones.

Me proponía subyugar al Jurado con la fastuosidad y riqueza de mi fantasía, con el interés palpitante de la invención, y debí conseguirlo cuando el fallo unánime me acordó los dos primeros premios, y me puso en posesión de las quince mil pesetas en que éstos consistían. Mi triunfo había sido completo; de la noche á la mañana encontrábame casi célebre y casi rico.

Seguidamente tomé en arrendamiento un pabellón emplazado en el centro de una finca de las afueras. Había sido construido para un pintor, y constaba sólo de dos piezas: el taller, espacioso como nave de catedral, y una alcoba soleada y alegre que abría su ventana sobre los cuadros floridos de un huertecillo.

Durante quince días fui acumulando allí telas, bronce, armas, muebles, libros....

Gruesos tapices cubrieron los muros; espesa alfombra apagaba el rumor de los pasos; una vidriera doble, en la claraboya, impedía la entrada á los ruidos exteriores; y cada puerta fué provista para el mismo efecto de una mampara por la parte de afuera y de una pesada cortina por la de adentro. Cuando cesó el martillar de los tapiceros, el vocear de los porteadores, el canturreo de las mujeres que limpiaban y pulían; cuando cada cosa estuvo en su sitio y me quedé solo, contemplé arrobado el conjunto de la enorme cámara.

Creía hallarme en un lugar de ensueño. Todo era inusitado, peregrino. Nada conocía; estaba en mi casa, y ni uno de aquellos objetos que me rodeaban érame familiar. La visión resultaba por lo mismo más agradable, toda vez que no existía allí cosa alguna que pudiera traer á la memoria un recuerdo penoso ó una añoranza. El mismo resplandor cenital que penetraba por la lucerna tenía para mí el encanto de la novedad; descendía suavemente sobre los objetos, que, aclarados en su

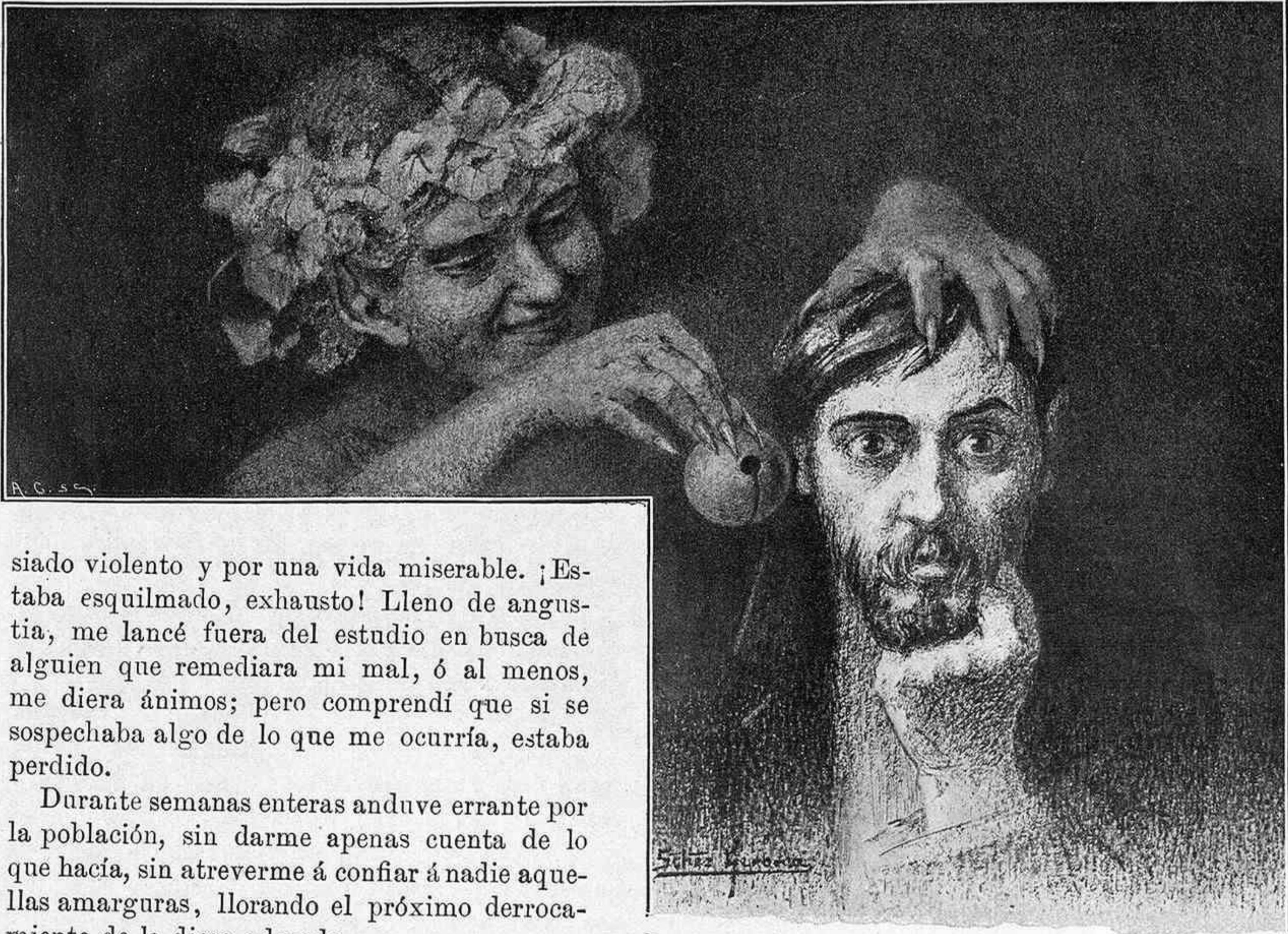
parte superior, aparecían como cubiertos por una sutilísima nevada luminosa. Los *bibelots* que llenaban las repisas, las estatuas sobre sus pedestales, los muebles en el centro de la sala proyectaban la sombra de un modo *recatado*.

¡Ya tenía un lugar cómodo y silente, en donde lograría—me figuraba yo—exteriorizar de manera irreprochable las más portentosas concepciones, tal y como la imaginación me las sugiriera!

Era el primer templo levantado á mi deidad. Allí, sacerdote de su culto, consagraríale los impulsos todos de mi alma y los movimientos de mi corazón.

Luego que hube saboreado un momento mi dicha, sentéme ante la magnífica mesa que había mandado poner sesgadamente en un ángulo, y me dispuse á trabajar. El silencio me rodeaba; se podía uno creer en el interior de una tumba, una lujosa y amable tumba.... pero no. Allí en el centro de un testero sentía agitarse algo: «tac, tac»; era la péndola de un reloj, que se mecía en su estuche de caoba y nácar. Pretendí abstraerme.... Imposible; el golpeteo metálico me robaba la atención, me sugestionaba. Hube de levantarme á detener el péndulo. Luego volví á la mesa y traté nuevamente de reunir todas mis facultades cogitativas. Al fin, el silencio era absoluto.... ¿A ver?.... ¡Tac, tac! ¿Qué sonaba todavía? Era mi sangre, golpeándome en las sienes, bulléndome en los oídos....

Y no podía escribir; la mente no funcionaría en tanto subsistiera un ruido.... Hice esfuerzos supremos para vencer semejante obsesión; me recordaba á mí mismo lo fácil que es aislarse aun en medio del tumulto. ¡Cuántas veces lo había hecho en mi juventud! En el figón humoso y entre la batahola de una veintena de borrachos, ¡cuántas páginas delicadas y suaves había compuesto! Entonces comencé á entrever lo que me sucedía: no era, como temí un momento, que la locura me atenaceara el cráneo; era que éste se había quedado simplemente vacío de pensamientos; era que me había agotado. Los más ocultos rincones del ya huero alcázar de la Idea habían sido removidos y vaciados durante los últimos meses, en la bullidora casa de vecindad. Mi cerebro se había empobrecido por un trabajo dema-



siado violento y por una vida miserable. ¡Estaba esquilmado, exhausto! Lleno de angustia, me lancé fuera del estudio en busca de alguien que remediara mi mal, ó al menos, me diera ánimos; pero comprendí que si se sospechaba algo de lo que me ocurría, estaba perdido.

Durante semanas enteras anduve errante por la población, sin darme apenas cuenta de lo que hacía, sin atreverme á confiar á nadie aquellas amargas, llorando el próximo derrocamiento de la diosa adorada.

Justamente en estos días de desolación llegó la noticia de lo que usted ha llamado hace poco «gran triunfo de Berlín».

Mi labor de literato, tan poco estimada hasta entonces, había obtenido allá el premio decenal «Ehre», que me incluía entre los grandes escritores europeos. Y esta victoria, que un mes antes hubiera causado mi suprema felicidad, me ha sumido en la desesperación. Creo ver en tal acuerdo el homenaje concedido á un difunto, toda vez que ya no podré escribir nada digno de ese «honor» que se me otorga. Porque mi mal es irremediable, ¿verdad?

El médico no tuvo valor para mentir, y asintió bajando tristemente la cabeza. A su ojo experimentado no había podido escaparse un sólo síntoma de aquella consunción cerebral, de aquel desarreglo nervioso que á cada injustificada violencia del discurso hacía estremecer convulsivamente al enfermo.

Este, al leer su sentencia en el ademán del doctor, habíase arrojado al suelo, rendido á la pena, y de hinojos, sollozando como un niño, pe-

díale que le devolviera su claridad de entendimiento.

El anciano se apresuró á levantarlo.

— No es tan completo el mal como usted cree. Siguiendo un buen régimen irá vigorizándose su organismo, desgastado por largos años de abandono. De día en día, su cabeza regirá mejor, llegando á adquirir las dotes de cualquier sér bien equilibrado. No se verá usted presa de ideas atormentadoras, ni de inmotivadas exacerbaciones.

— Es decir, llegaré á ser dichoso á fuerza de vulgaridad. ¡Oh! Prefiero suicidarme.

— Lo temía.... Pues bien, ha acudido usted á mí lleno de fe en el resultado de su visita, y no he de defraudar esas esperanzas. Considero imposible devolver al encéfalo la fuerza creadora que antes poseía. Pero si el hombre de ciencia carece de medios para conseguir la completa regeneración mental, el hombre de mundo los tiene para que no dejen de realizarse las ilusiones que le arrancaron de su hogar. Cuando haya usted alcanzado el equilibrio de su intelecto; cuando llegue al es-

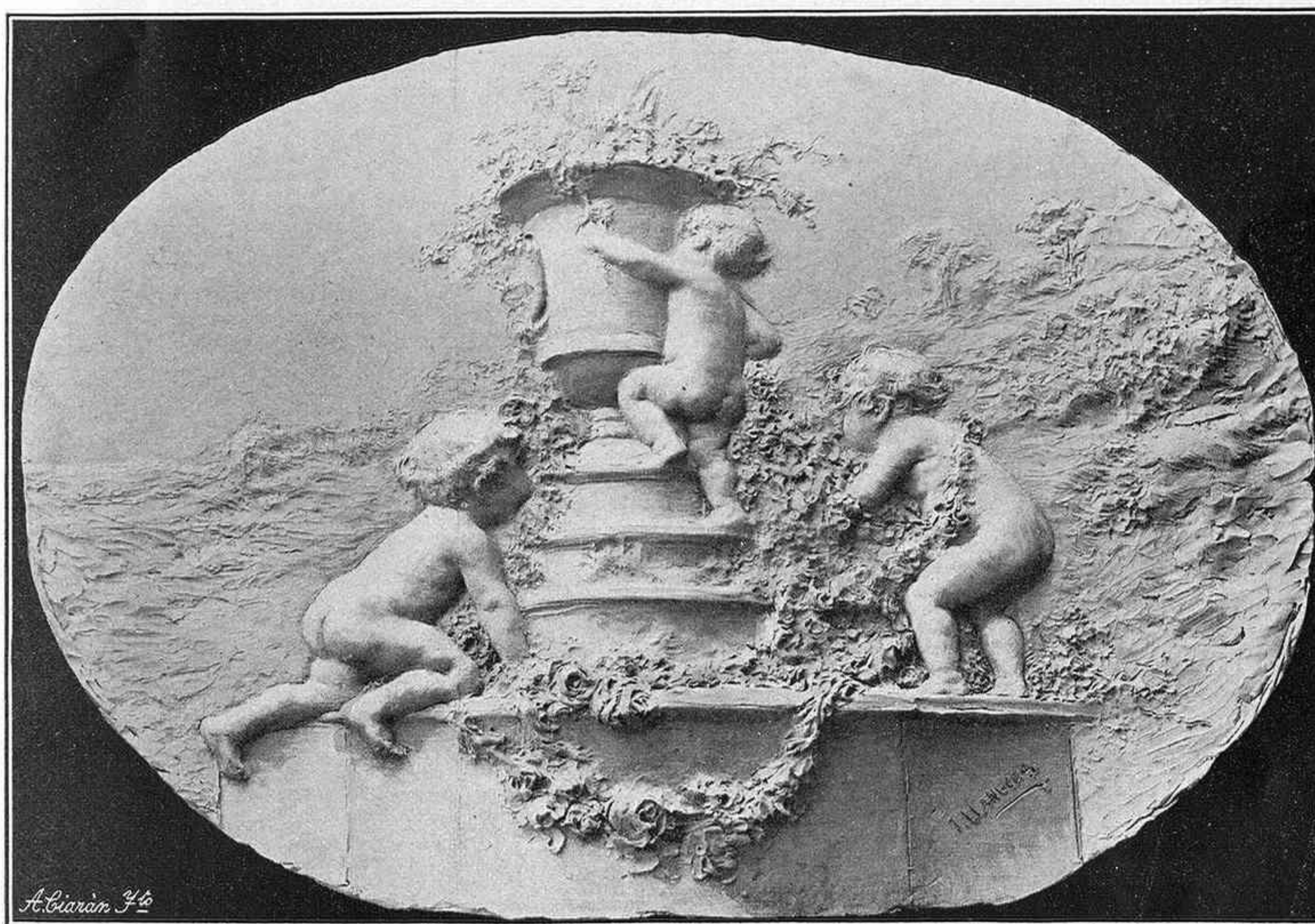
tado de vulgaridad que tanto execra, siga usted escribiendo con todo desenfado. En usted ha muerto el escritor genial; pero el escritor adocenado.... todos llevamos dentro un escritor adocenado. Cuanto confeccione el segundo y aparezca con la firma del primero, será acogido con aplauso, sin que nadie sospeche la suplantación; se lo aseguro. La idea banal parecerá exquisitamente burlona; la falta de elegancia se creará sobriedad; la anfibología, amplitud; el giro ordinario, realismo; la redundancia, vigor; se estudiará cuidadosamente el párrafo sin sentido, y, en fuerza de tergiversaciones y alambicamiento, llegará á tenerlo tal, que usted propio quede maravillado de su facundia. Nada tema usted; en sus novelas mediocres, bien desentrañadas y comentadas, se encontrarán bellezas imprevistas y conclusiones trascendentales. Con ciertas obras artísticas sucede lo que con los desconchados de las paredes: se ve en ellas cuanto se quiere ver. Posee usted lo que á muchos es sufi-

ciente, la celebridad, y aun les lleva la ventaja de que ha sido bien adquirida; tiene usted lo importante: el nombre; deje que le coloquen los adjetivos.

— Pero eso es una burla; sería engañar á....

— ¿A quién? ¿A la sociedad, única culpable de la desgracia que pesa sobre usted? Ella le ha obligado á expresarse como planta aromática, para que la fina esencia de su espíritu, á puro ser abundante, llegara á herirle el olfato; ella ha recibido las primicias con indiferencia y le ha negado hasta el sustento, á cambio de ese sacrificio; ahora que sólo queda el hollejo, hágaselo aspirar como delicado perfume. ¿No ambicionaba usted hacer de su inteligencia una deidad que fuese adorada por todo el universo? Pues ya que la imagen áurea de la diosa ha sido destruída, sustitúyala por un ídolo de cobre. Es mucha la altura del pedestal donde ha de colocarse, y desde abajo parecerá de oro. Lo importante es que los hombres se prosternen.

J. SÁNCHEZ GERONA.



SOBREPUERTA de José Llaneces.



LECTURA INTERESANTE.

Cuadro de Brandseph.



PALABRA DE HOMBRE.



E mala manera amenazaba terminar la discusión entre *Curro* y el *Tronio*, y ya no sabía el *Sardinero* á qué santo encomendarse para lograr meter en caja y refrenar los belicosos ímpetus á aquellas dos bestias embravecidas, cuando quiso la Divina Providencia que penetrara en el patio el señor *Toño* el *Catite*, aquel un tiempo pontífice máximo de las gentes de rumbo y pelo en pecho; conocido, admirado y mirado y remirado como con lentes por todos los que metían por aquel entonces el corazón en un puño á los más pobres de espíritu, lo mismo en *Triana* de Sevilla y en el *Potro* de Córdoba y en la *Viña* de Cádiz, que en los *Percheles* de esta nuestra tierra, donde hubo de venir al mundo nuestro héroe para pasmo y noble emulación y valerosa enseñanza de los hombres de garbo y de corazón y de vergüenza por quintales.

El señor *Toño* no era ya más que una reliquia; de sus pasados esplendores restábale tan sólo el armazón, y pena daba verle enflaquecido, encorvado, con la cabeza monda y lironda, perspectiva que él cuidaba de ocultar á los mirones, velándola constantemente con el pañuelo de *yerba* atado sobre la nuca; la boca hundida, hasta poner casi en contacto la nariz con la barba; como la nieve de blancas las grandes patillas; los ojos casi invisibles, á causa de lo carnosísimo de los párpados y lo pobladísimo de las cejas; sus manos esqueléticas y temblorosas, y sus piernas, que protestaban con acentuados desfallecimientos de su pesadísima carga de ochenta y pico de años.

No había querido modificar, aquel ya exótico representante de nuestros hombres de tiempos mejores, la clásica indumentaria con que avalorara su gentileza en su remota mocedad, y siempre lucía típico y raído marsellés, calzón, si un tiempo de rica pana, ya de inclasificable urdimbre, viejas polainas, enormes zapatos de vaqueta y rojo ceñidor, desde el sobaco á la ingle casi, no sin invadirle parte de una de las escuálidas caderas, que poníale á cubierto del relente en invierno y hacía sudar más de lo que la higiene prescribe en las estaciones estivales.

El señor *Toño*, aquel león encadenado por la ancianidad, tanta y tanta proeza hubo de llevar á cabo durante su larga existencia; tantas veces hubo de echar el pie adelante, jugándose á cara ó cruz la integridad de su garbosísima persona, que al llegar á la época en que los hombres de más *condinga* abaten la gloriosísima bandera, encontróse, por su buena fortuna, con que todos los barateros de las nuevas generaciones, colocándolo sobre su cabeza, trocaban en respeto el temor que inspirara en sus tiempos de irresistible poderío; respeto merced al cual, oficiando de oráculo y de amigable componedor en toda contienda, evitaba la mar de desaguisados y la mar de cruelísimos desmondongamientos.

El *Sardinero*, que, como al principio dijimos, no sabía ya á qué santo encomendarse para que desde las celestes altitudes acudieran en su auxilio, al ver penetrar en el patio al señor *Toño* dejó escapar una gutural exclamación de alegría, y

gritó al recién llegado con acento bronco y suplicante:

—Ay, señó *Toño*, que llega usted mandao por Dios uno y trino; venga usted acá y hágame usted el favor de ponerle frenos automáticos á estas dos locomotoras; mire usted que si no lo hace usted se van á dar un achuchón que va á sonar más que un barreno.

—Ya voy, hombre, ya voy —repúsole el anciano, avanzando lentamente hacia el grupo donde se preparaba aquella catástrofe ferroviaria.

Y cuando hubo llegado al lugar donde amenazaba ocurrir, exclamó mirando fijamente al *Tronío*:

—Siempre serás tú el que se ha salío de los rai-les, ¿verdá tú que sí?

—El uno y el otro, dambos á la vez—dijo el *Sardinero*;—dambos á la vez, ¡malos *mengues* se los lleven á los dos, que me han agriao el aguar-dientel!

—Mire usted, señó *Toño*, está usted equivocáo de medio á medio; yo no he sío el primero; la culpa de tó la tiee *Curro*, que es siempre una escopeta con el seguro gastáo, y apenitas le da uno un soplo, ¡pum! ¡un escopetazo!

—Eso es, y tú, tú eres injundia para unciones y jarabe pa la tos, ¡vaya un tiro!

—Pero, en fin, ¿se puée saber qué es lo que le pasa á estos dos biscochos mostachones?

—Yo se lo diré á usted; la cosa no vale un comino; supóngase usted que la causa de este *jollín* es que *Curro* dice que el *Manuso* ha cumplío su palabra de hombre al premitir que su hija se case con el *Caperuza*, y el *Tronío* dice que nones, que lo que ha jecho el *Manuso* ha sío faltar á su palabra, porque si el *Caperucita* y *Pepa* hicieron lo que hicieron, fué con bula y con el perfil ase-guráo.

—Pero la cosa es que yo no sé ná de eso, y que pa que yo diga mis pareceres sa menester que tú me lo cuentes.

—Pos yo se lo contaré, yo que lo sé tó de mu güena tinta: ¿usted conoce al *Manuso*, verdá?

—¡Que si lo conozco!—dijo el viejo sentán-dose y apurando después una de las copas coloca-das sobre la mesa—¡que si lo conozco! Pos no me vino mu largo el *gachó* una vez que tuvimos un

enganche por mó de unas chaponas! ¡Camará si lo conozco!

—¿Y conoce usted á su hija?

—¿A quién, á *Pepilla*? ¡vaya! y por cierto que es una *gachí* de *chipé*, ¡racimal extra! con una cara más bonita que el sol y más güena que darle agua á un sediento, y con el pelo que es oro de ley, y con dos charranes bajo las cejas que quitan el sentío, y con un «júrgalo y muérete», por pe-cho, que el que lo ve se marnetiza, y con una aguja hética por cintura, y con dos matas de poleo por *pinreles*, y....

—Vamos, señó *Toño*, que usted ya no tiée palo pa tanta vela, que se le va á usted á alterear el pul-so, que usted ya no debe mirar esas cosas más que con los ojitos cerráos.

—¡Eso te creerás tú! Por lo menos se piensan ustedes que los años mos quitan la afición, y es-tán ustedes dequivocáos; la vejez mos quita pienes y pelo y armión y plancha, pero no mos quita ojos pa ver lo güeno, ni boca con que poder de-cirle á las que mos dan el opio: ¡Olé y olé y olé por las mujeres de *órdago*, con toítos sus menes-teres!

Y aquello lo dijo el señor *Toño* incorporándo-se, colocándose la mano izquierda en la cintura, inclinándose hacia la sien derecha el astroso ca-tite, y haciendo, en fin, una parodia un tantico grotesca de aquellas actitudes con que hubo de hacer perder la puntería á las mujeres de más car-tel en sus tiempos de rumbo y de gentileza.

Los tres espectadores de aquella escena sonrie-ron al ver los esfuerzos supremos del anciano por conseguir desencorvar la espina, y siguió diciendo el *Sardinero*, cuando aquél volvió á tomar asiento:

—Está bien, señó *Toño*; vemos que entoavía puede usted citar á recibir manque sea un barqui-llo con merengue; pero usted conoce al *Córdoba* y al *Caperucita*.

—Al *Córdoba* lo conozco; un guasón de cuer-po entero, con una cara que es un laberinto y una nariz que siempre le está mentando la madre á las estrellas, y que porque tiée cuatro ochavos y un tío en el cimiterio, se ha creío que Dios jizo na más que pa él el *Montilla*, la güena ropa y las mujeres bonitas. Al que no conozco es al *Cape-ruza*.

—Lo que ha dicho usted es el Evangelio, ¡eso es el *Córdoba*! Pos bien, el *Caperuza* es un chavalete con veintidós á veintitrés primaveras, bonito de cara, mu gracioso, mu simpático, mu calentillo de sangre, y además un buen mecánico que gana cuatro pesetas de jornal, y además es un buen hijo que se está mirando en los ojos de su vieja: eso es el *Caperucita*.

—Pos digan usté que es el chaval una prenda de estima.

—¡Vaya! Pos bien, según cuentan, un día en que el *Manuso* llevaba á su Pepa á los toros, y en que la muchacha iba dejando bizco á tó el que pasaba por su lao, se la hubo de trompezar el *Caperucita*, y al *Caperucita* se le pegó fuego, al verla, al polvorín de los primeros quereles, y á Pepa se le mudó una miajita el color, y sin acordarse que iba á su vera el *Córdoba* abombando la barriga pa mejor lucir el calabrote, se quedó mirando al chaval, y unos cuantos días después le decía aquél á Pepa, aprovechando un entrearto, que estaba agonizando por mó de ella, y que si ella no consentía en quererlo manque no fuera más que el canto de un pelo, se iba á morir de repente el día menos pensao al pie de su ventana.

Pepilla jizo como que se defendía, pero á la postre, como ya tenía al muchacho á mesa y mantel en su pechito de nácar, empezó á darle esquinazo al *Córdoba*, á ponerle cara de chuzo, á cuando él hablaba hacerse la sorda de nacimiento y á olviarse de que su padre tenía empeñá su palabra de hombre con aquel chato de toa la vía.

Pos bien, lo que pasa; á los pocos días le fueron al *Córdoba* con el soplo de que la niña de sus pensamientos platicaba ca vez que podía con el *Caperuza* allá de madrugá por la reja, y al enterarse el hombre, empezó á jurar por sus muertos y por sus no muertos que iba á desengrasarle el ombligo deseguí á Pepillo con su cachicuerna de Albacete.

Se enteró el *Caperuza* de la amenaza, pues el *Marchena*, que es el íntimo del *Córdoba*, por aquello de que Dios los cría y ellos se juntan, fué el encargao de decírselo pa que se asustara y saliera de *estampía* el chaval; pero éste, en lugar de asustarse, se echó á reir y le dijo al *Marchena*:

—Anda, hombre, anda, y dile á ese trasto que

eso que quiere jacer conmigo es una porquería, y que no se meta en esos dibujos, porque yo ya tengo ese sitio desengrasáo.

El *Córdoba*, que no ha nació pa pelear, porque lo que le sobra de mecha le falta de pólvora, en lugar de dirse en busca del *Caperuza*, se fué en busca del *Manuso* y le contó lo que le pasaba con tós sus pelos y señales.

El *Manuso*, que, como usted sabe, cuando se *abronca* es un miura, salió, como si le hubiera picao la mosca, camino de su casa; llegó á ella, trincó á su hija y le preguntó bufando si era verdá lo que le había contao el *Córdoba*.

Pepa, que se sabe á su padre de memoria, que sabe mu bien que pa él no hay en el mundo más Dios ni más Santa María que ella, y que el viejo tié un carácter que no es más que un pronto, al verlo frente á ella escarbando la tierra y mugiendo, trincó el percal de sus zalamerías y carantoñas, y le dijo á su padre poco más ó menos:

—Mire usted, padrecito de mi corazón, que no se merece un chato sin *lacha* y con cuatro maraveíses en la faltriguera, que usted se ponga asín con la única presonita que lo quiere á usted en el mundo; con una presonita que no tié más calor que la que usted quiera darle: es verdá que yo he faltáo no contándole á usted mi pena, no diciéndole que si me casa usted con el *Córdoba* me voy al patio y me tiro de cabeza al pozo; que yo no he podío remediar esto que me pasa, que Pepe se me ha engarzáo en el corazón y no me suelta; que yo haré lo que usted me mande, y si usted me lo manda yo me caso, no digo con el *Córdoba*, sino con el *Cojo* de la *Tinta*; pero usted no querrá tener que ponerse velillo alto en el sombrero al salir de la parroquia. Es verdá que yo he faltáo no contándole á usted lo que debía contarle; pero yo le pido á usted perdón, y si no me perdona usted, me voy pa usted, le cojo la cabeza entre dambas manos y le doy á usted por cá pelito blanco dos besos, y mire usted que no tiene usted ná de calvo.

Y diciendo aquello, empezó á darle besos al *Manuso* que no sabía qué decir ni qué cara poner, porque oyendo aquello, habíansele convirtió en agua de serraja los jachares, y al verse el hombre en tal aprieto, comprendiendo que casar á su lucrero con el *Córdoba* era darle una puñalá sin cura,

y no sintiéndose capaz de aquella perrería ni tampoco de faltar á su palabra de hombre, palabra que hubo de empeñarle tiempos atrás, repúsole á su hija:

—Mira, hija mía, tú dices que si te caso con el *Córdoba* te tiras al pozo, y tú comprenderás que si tú te metes de cabeza en esas angosturas, me doy yo un acozón al láo izquierdo que no digo pío tan siquiera; si no doy mi consentimiento pa que te cases con el *Córdoba* falto á mi palabra, y el día que yo falte á mi palabra, ese día eres tú la que se viste de luto riguroso: ahora bien; yo conozco á ese gurrripato que te ha tiráo el chambel con tan requetegüena fortuna, ¡charrán afortunaillo que nació el mozo! Pos bien; yo lo conozco, y sé que es vivo y que se lleva más guita que una cometa, y sé también que es güeno, mu cabal y mu hombre de bien; y como yo sé tó eso, tú le dices que yo te he encargáo le digas las apreturas en que me encuentro, y que si él ve un rayito de luz pa que esto se arregle como Dios manda, que yo no me aparto de lo razonable; pero que tenga mú en cuenta, pero mú en cuenta, que yo por ti le doy diez puñalás en el hipocondrio al lucero de la mañana.

—Me paece á mí que ya voy yo viendo claro; el *Caperucita* se iría á buscar al *Córdoba*—dijo el viejo.

—¡Cá! ¡en busca del *Córdoba* se iba á dir! ¡que si quieres! Lo que hizo el chaval, después de oír lo que le dijo Pepa, fué decirle á ésta un montón de cosas callandito, y al día siguiente se armó en el barrio la *rebomba*; Pepillo y Pepa no parecían por el mundo, y no parecieron hasta aquella noche, en que los dos se presentaron al *Manuso*, llorando y gimiendo, y pidiéndole los perdonara

y los llevara en cuantito quisiera á Nuestra Señora del Carmen.

Según á mí me han contáo, el *Manuso* ahuecó la boca, se mordió los puños con cudiáo pa no hacerse sangre y mandó llamar al *Córdoba*, y le dijo al *Córdoba* que él estaba dispuesto á cumplir lo prometío, si es que él se conformaba, y, naturalmente, el otro se tragó el paquete: comprendió que se la habían dáo de lila y oro, y se largó al dique del Este á ver si con la humedá se aliviaba del berrinche.

Esto es, pues, señó *Toño*, lo que ha pasáo, y ahora háganos usté el favor de decirnos si el *Manuso* ha faltáo á su palabra ú no ha faltáo, consintiendo en que su hija se case con el *Caperuza*.

El señor *Toño* se rascó la cabeza, y, tras algunos instantes de silencio, exclamó dirigiéndose al *Tronio*:

—Vamos á ver: si tú por tu gusto te metes en *chirona*, y le das tu palabra de hombre á tu carcelero de no salir por la puerta del calabozo, y de pronto te encuentras con un boquete en un rincón y te largas por el boquete, ¿has faltáo á tu promesa de no tomar por la puerta del calabozo la de *Villadiego*?

—No, señor—repúsole mohino el *Tronio*, tras algunos momentos de incertidumbre.

—Pos eso es precisamente lo que ha jecho el *Manuso*, salirse por una tronera, y con peligro de lastimarse un ala del corazón y de tener que darle un encargo urgente pá la sala de autosias á Pepillo el *Caperuza*.

Y tras aquella afirmación del decano de los valientes, siguieron bebiendo en santa y amigable calma aquellos cuatro representantes de la guapeza de los hombres de Andalucía.

ARTURO REYES.



EL PEINE DE ORO



EN Recoletos, á primera tarde, cuando aún sestean al sol los albañiles que trabajan en la gran Biblioteca, un viejo barbiluengo, enjuto y destaralado, entre bostezos de hambre y sueño, se orea y vivifica, recibiendo cara á cara, en un banco del paseo, las cálidas primicias de un sol primaveral.

Aún es fría la sombra; en los cercanos céspedes espejea la escarcha; y ateridos los árboles, la tierra helada y el aire traicionero, vestigios de las últimas nieves, niegan á Marzo su indecisa victoria.

Poca gente transita: obreros y modistas que vuelven al trabajo; camareros que sirven á las próximas oficinas, y algunos niños de la barriada que, á la querencia del sol, anticipan, con rígidas ayas, el paseo cotidiano.

Un coche hace parada en San Pascual: le ocupa un señorón encanecido, que después de piadosa visita al Santísimo, va, cubierto de pieles, distra- yendo al través de los cristales los ojos mortecinos.

En la templada urna de la berlina no penetran

vahos de escarcha ni soplos de la sierra; pero para eso no ha dejado el rico setentón sus tibias pantuflas, el holgado batín y la gran perezosa almohadillada, donde, en los días crudos, contempla embebecido las suaves llamaradas del fuego montaraz.

No es abrigo á la defensiva lo que busca, sino el sol que caldea, la luz que acaricia y el aire que conforta.

Y por eso, frente á la Biblioteca, hace alto el coche, se apea el señorón, y la caduca máquina camina poco á poco, deletreando los pasos.

Y así fué cómo los dos viejos, Próspero y Generoso, amigos de la niñez, íntimos camaradas, y distanciados hoy por la fortuna, viéronse frente á frente en Recoletos, á primera tarde, y estrecharon sus manos, hablando así, entre golpes de tos del mismo cuño:

GENEROSO.—Creí que no querías conocerme.

PRÓSPERO.—Trabajo cuesta conciliar tu persona con tu..... aspecto. ¿Qué hacías ahí?



GENEROSO.—Tomar el sol.

PRÓSPERO.—Á eso vengo yo: me sienta muy bien después del almuerzo.

GENEROSO.—Para mí es el almuerzo mismo. ¡No hay otro!

PRÓSPERO.—¡Siempre andas así! ¿No has almorzado hoy?

GENEROSO.—¿Hoy?..... Ayer ó anteayer me convidaron á esa ceremonia..... ya en desuso. Por las noches es cuando suelo tomar algo. ¿Para qué más? Harto viejo es el molino para que muela mucho trigo.

PRÓSPERO.—¡Con tal que no te falte lo preciso!

GENEROSO.—¿Y si falta, qué? Alguna vez ha de parar el tren. Bastante hemos viajado. Y de prisa. Y á gusto. Conque, puede parar cuando quiera la máquina.

PRÓSPERO.—Tu tono y tus palabras desorientan á cualquiera. No se sabe si eres un Job ó un despreocupado.

GENEROSO.—Para Job me falta la virtud. Para ser un *vivo* me sobran dignidad é independencia. Eres rico y yo pobre. ¿Cuánto te cuestó?

PRÓSPERO.—Nada. Ya lo sé. Á ti hay que pedirte permiso para socorrerte. Y muchas veces,

cuando tú andarás errante, sin saber qué mantel y qué almohada te reserva la suerte para el día, yo, sin demanda tuya, pienso en ti, me acuerdo de lo que fuiste y lo que eres, y.... ¡la lumbre de mi hogar me da frío!... ¡Qué horror! ¡Verse á la vejez, á la edad sagrada del reposo, sin casa, sin abrigo, careciendo de comodidades y de consuelos!

GENEROSO.—No es eso lo peor; sino que yo, cuando voy con las manos en los bolsillos, luchando cuerpo á cuerpo con la helada, pienso en ti

con lástima, y me asusta pensar cómo pasarás la noche si al ayuda de cámara se le olvidó cualquiera de los jaropes que de milagro te sostienen.

PRÓSPERO.—Con tu pan te lo comas, si á gusto vives. Pero al que no se paga de sofismas, como tú, le horroriza ver tan abajo á quien tan alto estuvo. Nuestras familias eran ricas, pero yo partí con siete hermanos, y tú no. Para mí la hijuela fué un andamio con que edificar una fortuna. Hijo único tú, te dieron hecho un gran edificio, para que á fuerza de



locuras lo echaras abajo. ¡Y no guardaste nada para la vejez!

GENEROSO.—¡Buena tontería! Mi vida y tu vida, comparadas, son dos libros de cuentas donde varían las cifras en cada hoja, y al final, ¡igual!

PRÓSPERO.—¿Qué disparate dices?

GENEROSO.—La verdad pura. Y aún salgo ganando yo. Mejor vividos están mis años que los tuyos. Echemos la cuenta. En plena mocedad cogí mi herencia, y..... á propósito, dame un cigarro.....

PRÓSPERO.—No fumo ya.

GENEROSO.—¿Lo ves? Te has quitado el vicio cuando lo puedes pagar. Mientras yo encendía un *águila* en la punta de una *breve*, tú fumabas un *coracero* después de las comidas. Poco y malo. Total de la cuenta, que yo, aunque hoy no tenga para un pitillo, he fumado al cabo de la vida mejor que tú. Vienes ahora de la mesa, ¿no? ¿Y qué has comido? Siete pizcas de siete cosas, con ayuda de masticador, pan de gluten, agua de l'Hopital, pepsina, bicarbonato, sacarina, y ¡la Biblia en pasta! Cuando tenías dientes en activo, y estómago á prueba de bomba, tu cocido al mediodía, parca cena á la noche y chocolatito por la mañana. Tu bodega será hoy una biblioteca, con firmas de los autores más insignes. ¿Y para qué? Para beber con cuentagotas; para que tu servidumbre se rellama con el botín de una vida de lucha y abstinencia. Yo perdí el dinero, y tú la ocasión de disfrutarlo. Pudiste cuando yo ir á las Cortes, comprando la elección. Te pareció un gusto caro; y ahora te han hecho senador, para que al triste són de seniles monsergas eches la siesta incómoda. Mi elección fué una guerra, mi acta un suceso; me divertí en gordo. Amanecía con una *baba* en el Retiro, bogando en el estanque con fáciles sirenas; almorzaba con el jefe del partido; me bebía una botella á media tarde con *La-*

gartijo; comía con la Bushental, y jugaba al tresillo con Martínez Campos. Cada día repertorio nuevo: estrenos de teatros, *baccarrat*, cante flamenco, cacerías y tientas, becerradas, carreras, viajes, amoríos. Y siempre primer actor. Tú, en cambio, tienes coto de caza, cuando no puedes ya con la escopeta; cuadra con hermosos caballos, que no puedes montar; te sobran medios para comprar palco en los Toros, que ya no ves; en la Opera, que ya no oyes; en Romea, que..... ya me entiendes. Y, lo que es peor, al término de un día inacabable y soso, vas á tu lecho donde todo es blandura y suavidad, á que, noche tras noche, te tomen el pelo el insomnio y la tos. ¿Qué has poseído en junto, mientras viviste, entre lo que tienes y lo que gastaste? ¿Millón y medio de pesetas? Lo que yo gasté. En setenta años de vida hemos poseído lo mismo, pero tú has embalsado el agua cuando no tienes sed. A la hora en que tienes billetes para todas las funciones que ya vi yo, llegas tú, y..... se baja el telón. ¿Qué has hecho á la postre, con tanto trabajo y abstinencia? Construir con sudores y fatigas un riquísimo peine de oro, y cuando lo vas á usar ¡no tienes pelo!

PRÓSPERO.—Y el día que tú enfermes ¿quién te asistirá?

GENEROSO.—Nadie que codicie el peine de oro. Tú llamarás Hermanitas pagadas á tu cabeza: yo las tengo gratis, en la casa de todos. Y si allí me llega *mi hora*, ¡no tengas cuidado! que no iré á la tumba por mi pie; me llevarán á cuestas como á ti.

PRÓSPERO.—¿Y después de la vida?

GENEROSO.—Ten cuidado por ti, que más fácil es que pase un camello por el ojo de una aguja, que un rico se salve.

PRÓSPERO.—¡Á que vas á decirme que por miedo á condenarte empobreciste!

GENEROSO.—*Si non è vero.....*

PRÓSPERO.—*È ben sofisticato.*

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO.



Sol.—La inusitada duración del último mínimo de manchas, que se ha prolongado dos años más de lo habitual, es un fenómeno digno de estudio, pues ha venido á demostrar que en las fluctuaciones de la actividad solar, cuyo período se había fijado en once años próximamente, preside una ley más compleja. La discusión de las numerosas observaciones efectuadas durante los últimos tiempos permite concluir que el mínimo en cuestión ha ocurrido, no en 1900, como era de esperar, sino en Agosto de 1901, y aun en igual mes de 1902 se ha notado un transcurso de calma que bien pudiera considerarse como continuación del precedente.

Desde aquella fecha la actividad solar ha ido en aumento, haciéndose ostensible por la aparición de manchas notables como tamaño y estructura, entre las cuales merecen especial mención las observadas á primeros de Febrero y fines de Marzo de 1903, y singularmente la de mediados de Octubre del mismo año, cuya mayor dimensión medía 197.000 kilómetros. Puede, por lo tanto, preverse que desde que estas líneas se escriben hasta la publicación del presente Almanaque, las manifestaciones de aquella actividad se acentuarán más todavía, por manera que los aficionados á los estudios heliográficos tendrán ciertamente, en 1905, un ancho campo donde continuar su predilecta labor.

Mercurio.—Será estrella de la mañana, y

visible durante la aurora en las circunstancias más favorables, en los siguientes días: 22 de Enero, 21 de Mayo, 14 de Septiembre; y durante el crepúsculo, en estos otros: 2 de Abril, 1.º de Agosto, 26 de Noviembre. La época más favorable para nuestro hemisferio será en las proximidades del 1.º de Agosto.

Según recientes observaciones del astrónomo See, de Washington, el diámetro de Mercurio mide 4.351 kilómetros, y su densidad con relación al agua es 3,09.

Venus.—Estrella de la tarde desde el principio del año hasta mediados de Abril, alcanzará su máximo brillo el 24 de Marzo. A mediados de Mayo comenzará á ser estrella de la mañana, llegando á su mayor brillo el 27 de dicho mes.

Nuevas observaciones del astrónomo Lowell han confirmado á este sabio en su tesis, expuesta en 1897, de que el transcurso de rotación de Venus es igual al de su revolución alrededor del Sol, ó sea de 225 días. Este problema, que no ha mucho se creía resuelto en favor de una rotación de veinticuatro horas próximamente, vuelve, pues, á quedar planteado y á ofrecer materia para nuevas investigaciones.

Marte.—Durante los meses de Abril y Mayo se dejará ver al Sur de la constelación de Libra; en Junio, al Este de la de Virgo, volviendo á la anterior en Julio y Agosto. El 8 de Mayo se hallará en oposición con el Sol, y en su mayor pro-

ximidad á la Tierra el 16, en cuyo día distará de nuestro globo 80 millones de kilómetros, midiendo á la sazón su diámetro aparente $20'' \frac{1}{2}$. Para distinguir con claridad los detalles más sobresalientes del planeta, será preciso emplear un instrumento cuya abertura no baje de 13 centímetros.

Júpiter.—En Enero se hallará al SO. de la constelación de Piscis, alineado con las estrellas ϵ y ζ de cuarta magnitud, y en los tres últimos meses del año en la de Tauro, entre el magnífico grupo de las Pléyades y Aldebaran. Estará en oposición con el Sol el 24 de Noviembre, en cuya época medirá su diámetro aparente $50''$.

Las sombras de los satélites se proyectarán sobre el hemisferio austral, que será el más elevado sobre el horizonte, mirando con anteojos inversos. La del primero correrá sensiblemente á lo largo de la faja ecuatorial; la del segundo, entre esta banda y el polo, y la del tercero, muy cerca del polo mismo, ofreciendo de notable el trayecto de esta sombra en 1905 la circunstancia de que no volverá á proyectarse á tan altas latitudes jovicéntricas hasta el año 2048. En 1905 no habrá eclipses del cuarto satélite, ni su sombra se proyectará sobre el planeta; el primero de dichos fenómenos no ocurrirá hasta el 5 de Diciembre de 1906, y el segundo el 26 de Noviembre del mismo año.

Estos fenómenos van indicados á continuación, y, como de costumbre, sólo se trata de los observables á horas bastante cómodas, expresándose los satélites en números romanos, según el orden de sus distancias al planeta. Las horas son de tiempo medio, y se refieren al meridiano de Madrid.

ECLIPSES.

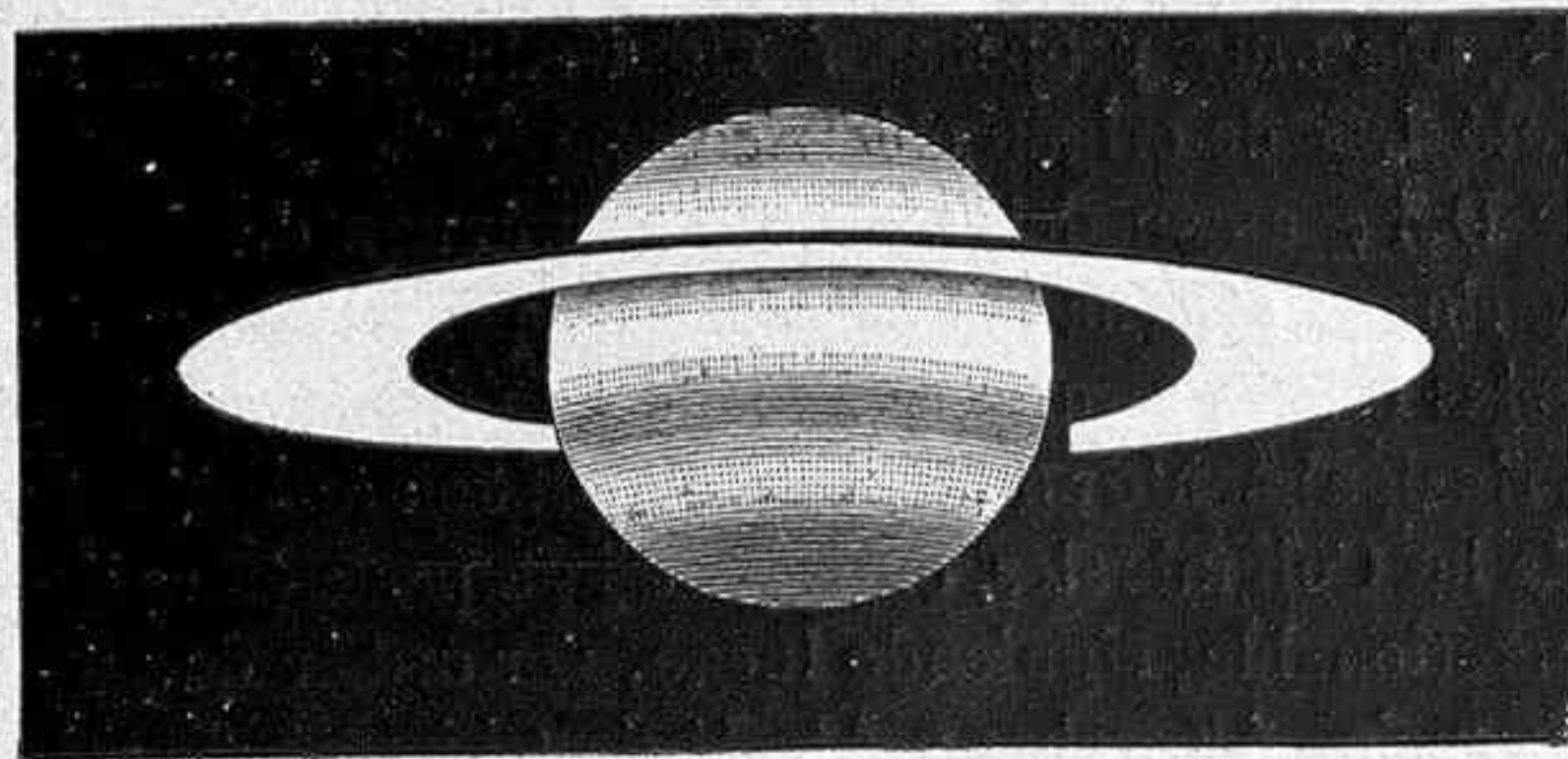
Enero	2	II	á	6 ^h 57 ^m 31 ^s	emersión.
»	6	I	á	8 21 57	em.
»	9	II	á	8 35 46	em.
»	13	I	á	10 17 37	em.
»	16	II	á	8 48 35	inmersión.
»	17	III	á	4 32 41	in.
			á	5 56 22	emersión.
»	22	I	á	6 42 20	em.

Enero	24	III	á	8 26 1	inmersión.
			á	9 57 40	emersión.
Febrero	2	II	á	5 46 43	em.
Octubre	31	I	á	6 42 1	inmersión.
Noviembre	1	I	á	8 51 50	in.
»	7	II	á	9 16 46	in.
»	8	I	á	10 46 27	in.
Diciembre	2	II	á	8 48 37	emersión.
»	3	I	á	7 37 14	em.
»	9	II	á	11 23 52	em.
»	10	I	á	9 32 32	em.
»	17	I	á	11 27 57	em.
»	19	I	á	5 58 53	em.
»	26	I	á	7 52 26	em.
»	27	III	á	5 0 37	inmersión.
			á	6 41 52	emersión.
		II	á	5 52 22	em.

PASOS DE LAS SOMBRAS.

Enero	5	I	á	4 ^h 51 ^m	entrada.
			á	11 4	salida.
»	14	I	á	5 36	ent.
			á	7 28	sal.
»	21	I	á	7 11	ent.
			á	9 24	sal.
»	28	I	á	9 7	ent.
			á	11 20	sal.
Febrero	6	I	á	5 32	ent.
			á	7 44	sal.
»	11	III	á	6 28	ent.
			á	8 13	sal.
Noviembre	9	I	á	8 2	ent.
			á	10 15	sal.
»	25	I	á	6 20	ent.
			á	8 32	sal.
Diciembre	2	III	á	4 52	sal.
		I	á	8 14	ent.
			á	10 24	sal.

Saturno.—De Agosto á Octubre se hallará en la constelación de Aries, cerca de la estrella θ de cuarta magnitud, y en oposición con el Sol el 23 de Agosto. El plano del anillo se presentará muy escorzado para el observador terrestre, como lo indica la adjunta figura.



Urano y Neptuno. — De Mayo á Octubre, Urano se verá en Sagitario, entre las estrellas λ de tercera magnitud y μ de cuarta. En oposición con el Sol el 24 de Junio.

Neptuno estará los tres primeros y los dos últimos meses en Géminis, alineado al E. con las estrellas η y μ de cuarta magnitud, y en oposición con el Sol el 30 de Diciembre.

Eclipses de Sol y Luna. — Habrá dos eclipses parciales de Luna, de tan escasa importancia, que no merecen ser calculados. En cambio, el eclipse total de Sol del 30 de Agosto, por las circunstancias de duración y de lugar que le acompañan, reviste excepcional importancia, y bien puede decirse que eclipsa á todos los fenómenos celestes que han de tener infalible cumplimiento durante un largo transcurso. No parece, pues, inoportuno, dado el carácter de actuali-

dad de esta publicación, resumir aquí el estudio que sobre el aludido fenómeno expuso hace tres años el que abajo suscribe en LA ILUSTRACIÓN y en revistas técnicas extranjeras, con lo cual podrán los aficionados y los astrónomos de profesión, que en crecido número se proponen observar en nuestro país, tener fácilmente á la vista los datos que á la sazón han de utilizar.

Con este objeto acompañan al presente trabajo el Mapa de la Península con la zona de totalidad, y dos cuadros, el primero de los cuales se refiere á aquella zona, y el segundo á la fase parcial. Las horas son de tiempo medio de cada localidad, y los ángulos contenidos en la columna que lleva por título Angulo cénital, se cuentan á partir del borde superior del disco solar, hacia la derecha, ó sea al Oeste para el primer contacto ó principio del eclipse, y hacia la izquierda ó al Este para el último ó fin del fenómeno.

FASE PARCIAL

LOCALIDAD.	Contactos exteriores.	Ángulo zénit.	Máxima fase.	Parte eclipsada.
Santiago.....	11h 3m 40s 1 45 18	76° O 103 E	12h 25m 36s	0,988
Badajoz.....	11 15 33 2 0 4	86 O 107 E	12 39 39	0,903
Santander.....	11 30 33 2 9 50	84 O 100 E	12 51 53	0,995
Sevilla.....	11 22 55 2 7 30	91 O 105 E	12 47 10	0,883
San Fernando.....	11 22 56 2 8 5	93 O 105 E	12 47 21	0,857
Toledo.....	11 32 11 2 14 46	88 O 98 E	12 55 37	0,966
Madrid.....	11 33 37 2 15 39	86 O 96 E	12 56 38	0,983
San Sebastián.....	11 41 18 2 19 46	87 O 97 E	1 2 25	0,979
Murcia.....	11 51 18 2 33 32	95 O 93 E	1 15 0	0,956
Tarragona.....	12 2 5 2 40 34	93 O 89 E	1 23 42	0,992
Barcelona.....	12 7 8 2 44 48	97 O 89 E	1 28 33	0,976

ZONA DE LA TOTALIDAD

LOCALIDAD.	Contactos exteriores.	Ángulo zénit.	TOTALIDAD.	
			Contactos.	Duración.
Coruña.....	11h 5m 1 47	75° O 107 E	12h 25m 15s 12 26 32	1m 17s
Ferrol.....	11 6 1 48	75 O 107 E	12 25 31 12 27 58	2 27
Navia.....	11 14 1 56	77 O 103 E	12 33 13 12 36 56	3 43
Belmonte.....	11 18 2 0	78 O 102 E	12 36 30 12 40 13	3 43
Oviedo.....	11 20 2 1	76 O 104 E	12 38 34 12 42 12	3 38
Pajares.....	11 20 2 2	79 O 101 E	12 39 5 12 42 47	3 42
Valladolid.....	11 28 2 10	82 O 99 E	12 48 47 12 49 26	0 39
Estepar.....	11 33 2 14	82 O 98 E	12 51 50 12 55 34	3 44
Burgos.....	11 33 2 15	82 O 88 E	12 52 14 12 55 54	3 40
Soria.....	11 41 2 23	85 O 95 E	12 59 59 1 3 39	3 40
Alhama.....	11 45 2 26	87 O 93 E	1 3 45 1 7 28	3 43
Zaragoza.....	11 51 2 31	89 O 93 E	1 9 41 1 11 53	2 12
Aliaga.....	11 53 2 34	89 O 91 E	1 11 36 1 15 19	3 43
Castellón.....	11 56 2 40	92 O 90 E	1 16 15 1 19 43	3 28
Alcalá de Chisvert	11 57 2 37	91 O 89 E	1 17 20 1 21 2	3 42
Alcosebre.....	11 57 2 37	91 O 89 E	1 17 36 1 21 18	3 42
Tortosa.....	11 58 2 37	92 O 90 E	1 18 56 1 21 33	2 37
Monte Colibre....	12 1 2 41	93 O 87 E	1 21 4 1 24 46	3 42
Palma.....	12 13 2 52	97 O 85 E	1 32 48 1 35 50	3 2

Hasta aquí la parte astronómica, calculable con rigurosa exactitud, como que puede desde luego afirmarse que la observación confirmará al pie de la letra las horas inscriptas en los precedentes cuadros. Mas no es dado afirmar de tan rotunda manera en cuanto hace relación á las condiciones climatológicas que ha de ofrecer un lugar determinado de la zona en el momento crítico de la totalidad, y se comprende que así sea con sólo considerar que se ignora todavía la ley superior que regula los movimientos de la atmósfera, en virtud de la cual fuera lícito formular un pronóstico racional.

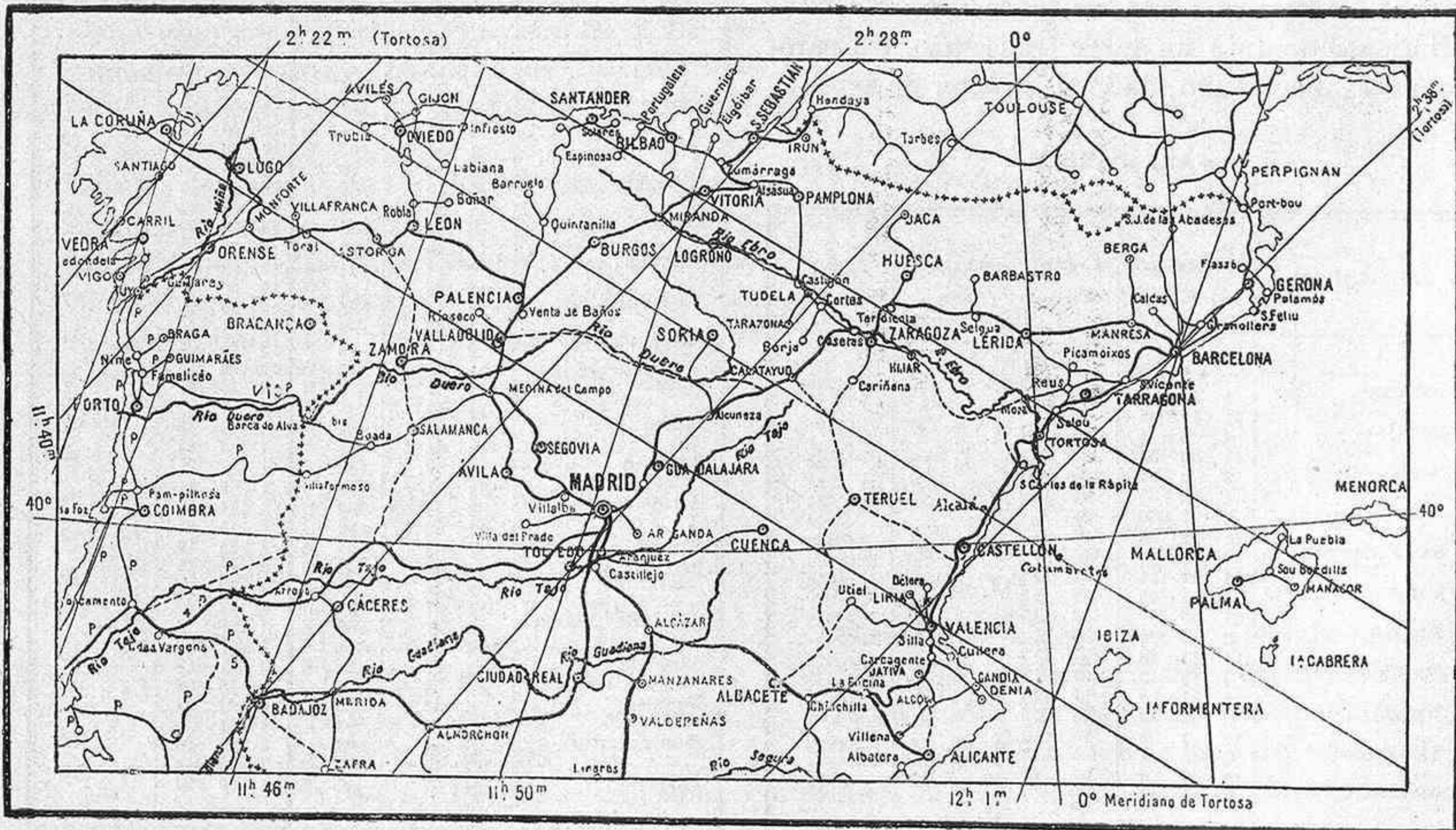
Existen, no obstante, argumentos de orden práctico ó empírico, fundados en la observación asidua de las vicisitudes atmosféricas y de la trayectoria habitual de las tormentas locales, que permiten predecir con bastante probabilidad el estado del cielo que en cada comarca ha de predominar en un momento dado, que ahora es sensiblemente el medio del día del 30 de Agosto, época del año en

España muy propensa á manifestaciones meteorológicas de origen eléctrico.

Del examen detenido del sinnúmero de observaciones efectuadas ó recogidas por el autor de estas líneas, resulta que todas las razones militan principalmente en favor del pequeño archipiélago de las Columbretes, cuya ventajosa posición es incuestionable, siguiendo luego, por orden de preferencia, Alcosobre y Alcalá de Chisvert, localidad de relativa importancia situada junto á la vía férrea de Valencia á Barcelona, donde los sabios extranjeros encontrarán ciertamente respetuosa y cordial acogida. Así es de esperar de la cultura del país, y de ello darán indudable testimonio corporaciones y vecindario, eliminando en absoluto del ambiente local todo espíritu de fiestas populares y de bullicio, que tanto desdecirían de la seriedad de la ciencia y de la majestad del fenómeno celeste.

JOSÉ J. LANDERER.

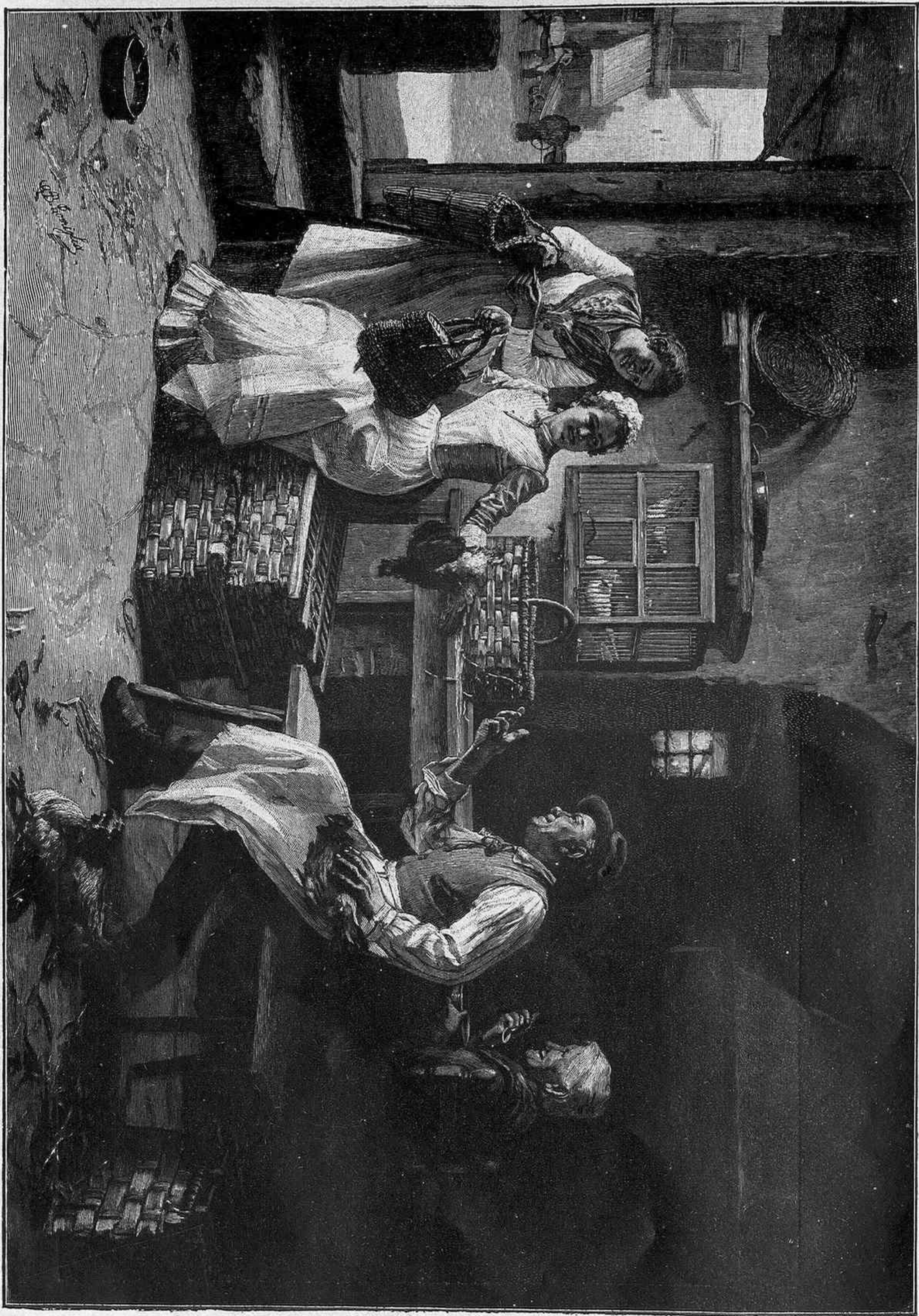
Zona de totalidad en España, del eclipse de Sol de 30 de Agosto de 1905.



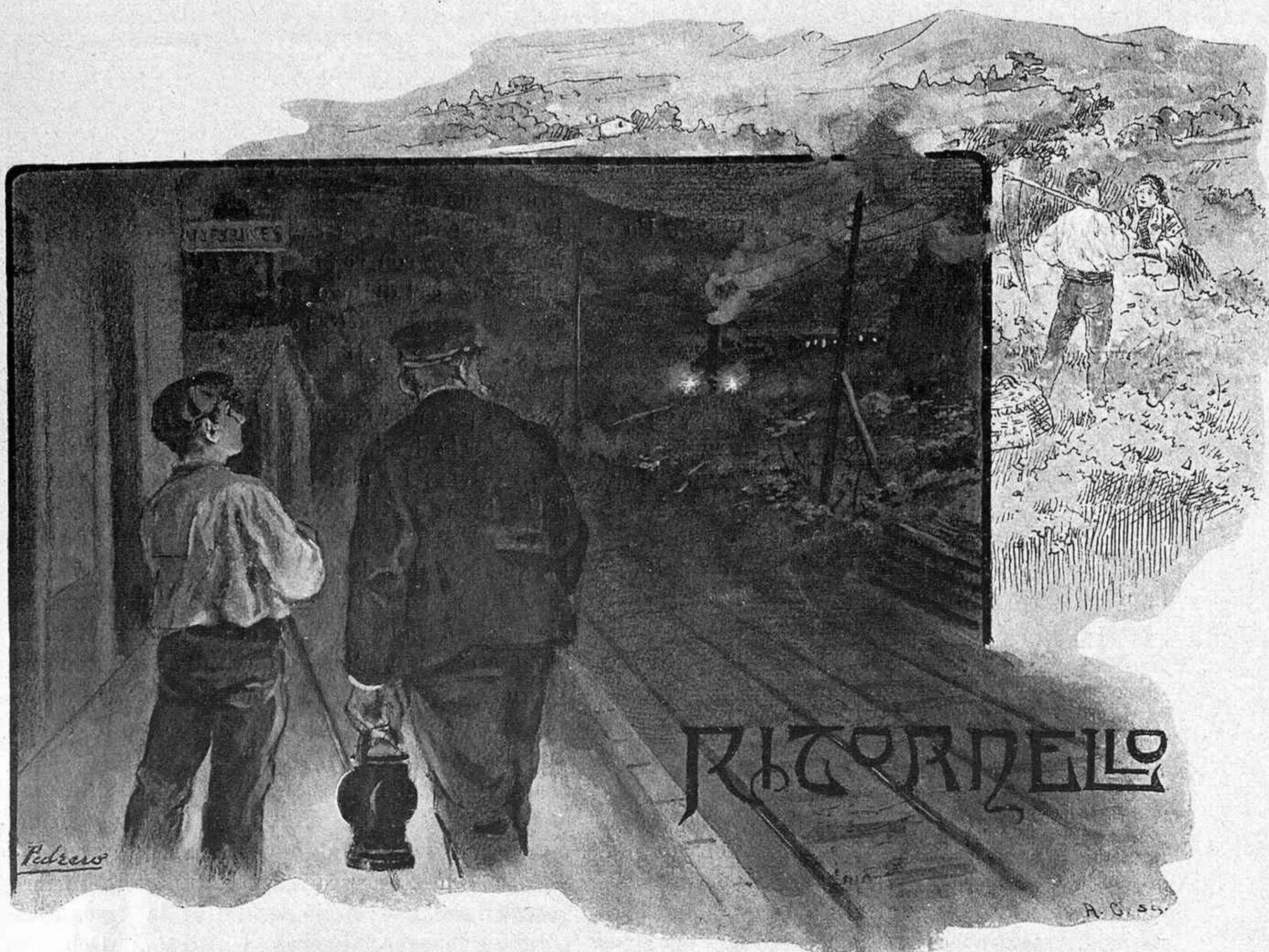


EN EL CAMPO.

Cuadro de Seifert.



REGATEANDO.
Cuadro de Torriglia.



No con los ojos, sino con el corazón,
han de leerse ciertas historias.

PARADAS bajo el cobertizo que había á espaldas de la estación, la *Estrella* y la *Roja*, uncidas á una carreta, rumiaban tranquilamente su pienso, mientras que su conductor, un chicuco que no contaría aún catorce años, recio y guapote como el angelón de un retablo, las contemplaba, sentado á usanza moruna, en el bendito suelo, fuera del porche.

Los luceros refulgían como pupilas de diamante en un cielo azul claro; una brisa saturada de emanaciones á heno empujaba suave las cañas de los maizales, que parecían inclinarse reverentemente para susurrar una oración en aquella noche estival.

Gildo volvió rápido la cabeza al oír el ruido trepidante peculiar de un tren en marcha.

Púsose en pie, dirigió una mirada de inspección á las vacas, que proseguían tarda y perezosamente rumiando, y encaminóse al minúsculo andén de la estación.

El jefe, un viejo rechoncho, coloradote y risueño, encontrábase ya en su puesto, provisto de farol y campanilla: al ver á Gildo, le saludó.

—¿Tú por aquí, mozuco?....

—Sí, señor — afirmó el aludido llevándose la diestra á la boina.

—¿Y tu padre?....

—Bien está; quedóse en casa al *cuido* de la güela.

—¡Qué!.... ¿Está mala la vieja?....

—Dióla esta mañana un mal que la dejó sin *sentío*, y como la *probe* tié tantismos años....

— ¡Vaya por Dios, hombre!.... ¿Y tú qué haces por aquí á estas horas?....

— Vine á traer una carga al molino.... En el soportal he *dejao* las vacas descansando.... *Cuanti* pase el tren *mos* vamos á casa.

— Te gusta ver el tren, ¿eh?

— ¡Ya lo creo!....

— No me extraña, hijuco, ¿qué ha de extrañarme?.... A mí me han salido los dientes en este trajín, y siempre que recibo un tren se me pone carne de gallina.... ¡Palabra de honor, que de gallina!.... No hay nada en el mundo más imponente que una máquina en marcha, porque....

Habría seguido el jefe largo rato de palique, si no le cortara el discurso un silbido imperioso que atronó por un momento el valle.

Surgió en la lejanía, á la entrada de un desfiladero, una masa negra, sobre la que brillaban como ojos enormes y sangrientos las farolas encarnadas de la locomotora; los ojos agrandábanse á medida que avanzaban, reflejando su luz roja sobre la vía; hacíase más sensible la trepidación del terreno y algo parecido al resollar de un monstruo; la máquina arrojaba espesas bocanadas de humo, y llegaba rugiente á la estación sembrando su camino de brasas encendidas.

Hizo alto el convoy: el jefe gritó mientras tendía el farolillo hacia la máquina:

— ¡Villabrones, un minuto!

Gildo, apegado al viejo, contemplaba los coches parados frente á él, y no pudo reprimir, ni tampoco su acompañante, un gesto de sorpresa al ver bajar presurosas de uno de los departamentos de lujo á una señora joven y una niña como de doce años....

— ¡Es raro esto!—masculló el jefe, que se pasaba los años sin recibir viajeros de tal fuste.

Y el pobre viejo, que ejercía las funciones de jefe, factor y mozo, todo por cuatro pesetas al día, corrió hacia el furgón de cola, seguido del chico; hizose cargo del equipaje, compuesto de tres baules enormes, amén de dos maletas, y volviendo á repasar el andén, tocó parsimonioso la campanilla para dar salida al convoy. La máquina replicó con un pitido ensordecedor, y rompiendo marcha alejóse el tren vega adelante, ruidoso, magnífico, imponente....

Gildo quedóse quieto en el andén figando el grupo que formaban las viajeras y el jefe.... Parloteaba el viejo á su sabor é interrumpíale á ratos la señora con voz finísima y dulce que sonaba á música. Del diálogo sólo llegaron hasta el mozo unas frases sueltas en las que andaba mezclado el nombre de ti Nastasia, una viejuca de su pueblo que vivía sola hacía ya muchos años, y á la hora presente encontrábase enferma y á punto de saldar la deuda que todos contraemos al nacer.

Envolvía á las mujeres la melancólica claridad de la luna, y Gildo, extasiado, contemplábalas con los ojos muy abiertos. ¡Por San Juan bendito, que las tales debían de ser princesas, ó cosa así, á juzgar por la hermosura de sus caras, la elegancia de sus cuerpos, el aire majestuoso, la riqueza de sus vestidos y joyas, y el perfume sutil que se desprendía en torno suyo.... Ni las hijas de D. Máximo, el *indiano*, que tanto ruido metían en el pueblo por lo bonitas, adineradas y elegantes, podían compararse á aquellas desconocidas señoras.... La niña, sobre todo, fué la que mayor admiración produjo en su ánimo; una admiración en la que iba envuelta una ternura misericordiosa....— ¡Mira, decía, que la *probe* está pálida y flacucha, angeluco de Dios!.... Debe de ser de los Madriles.... De ahí es de donde viene toda la gente con cara de acelga, como si tuvieran ictericia....—En cuanto á la señorona, también estaba pálida, con la palidez de los anémicos: un livor que, á la luz de la luna, parecía hecho con carbón sobre las mejillas, al ras de los párpados, agrandaba sus ojos por modo extraordinario, dando á su mirada una expresión que á Gildo, sin saber por qué, le sobrecogía y azoraba....

Seguía embobalado el mozo en su contemplación, ardiendo en curiosidad por averiguar quiénes pudieran ser las viajeras y cuál el término de su viaje, cuando rompió el hilo de su embelesamiento la voz del jefe, que le llamaba.

Acercóse Gildo un tanto azorado por verse tan cerca de las desconocidas.

— ¿Qué manda usted, D. Próspero? — tartamudeó.

— Mira, la señora y su hija—indicó el jefe sin más preámbulo— van á casa de ti Nastasia; ya sabes, la que recibió el Señor el domingo. Bueno;

pues las llevas en tu carreta, que el viaje es largo y pesado, y la señora sabrá corresponder contigo. Conque ¡hala!, dispón lo mejor que puedas el carro.....

—¿Va el equipaje?— preguntó Gildo.

—El señor jefe será tan amable que lo retenga en su poder hasta que yo mande á buscarlo— indicó con su voz dulce y armoniosa la aludida.— Ahora no llevaremos más que los bultos de poco peso.

—¡Bien está, señora!— murmuró Gildo, que giró sobre sus talones, dirigiéndose con gran presteza hacia el cobertizo.....

.....
—¡Ahup!..... ¡Ahup!..... ¡Roja!..... ¡Estrella!..... ¡Hop! ¡Hop!.....

Y el mozo hundía la aijada en el lomo de las vacas, que, penosamente tendida la cabeza hasta casi tocar al suelo, afianzando en éste las pezuñas, subían la cuesta sudorosas, baboseando una espuma blanquecina, escuchándose su resollar fatigoso. Las ruedas de la carreta al chirriar producían un canto estridente, monótono, que excitaba los nervios; las viajeras iban sentadas no muy cómodamente sobre los maletines; la niña miraba con ávida é inquieta curiosidad el panorama alumbrado por la luna; su luz trocaba todo el valle en decoración fantástica, propia de una balada rhi-niana; la señorona tenía siempre fijos los ojos en el polvoriento carril; un observador habría sorprendido en el rostro de aquella mujer una ansiedad dolorosa.

—¡Estrella!..... ¡Roja!.....— vociferaba Gildo, que, respetuoso con las damas, contentábase sólo con gritar los nombres de los animales, sin el estrambote de las palabras gordas.

Pero con tales finuras la ascensión hacía-se por momentos más lánguida y difícil; el mozuco apeló, pues, al vocabulario de siempre, y cayó sobre la *Estrella* y la *Roja* lo más escogido de la fraseología de un trajinante en apuro. Eso sí, tuvo la atención—ya en buena marcha la carreta—de suplicar á la señora que le dispensara tal hatajo de barbaridades.

—Porque es el caso—terminó de decir como suprema razón— que los animales no le entienden á uno si uno no les habla á *la* su costumbre.

Balbuceó la dama no se qué y tornó á sumirse en sus reflexiones, que no debían de ser muy halagüeñas, á juzgar por las múltiples arrugas que surcaban su frente.

Gildo púsose de nuevo á la cabeza del ganado con la aijada al hombro.

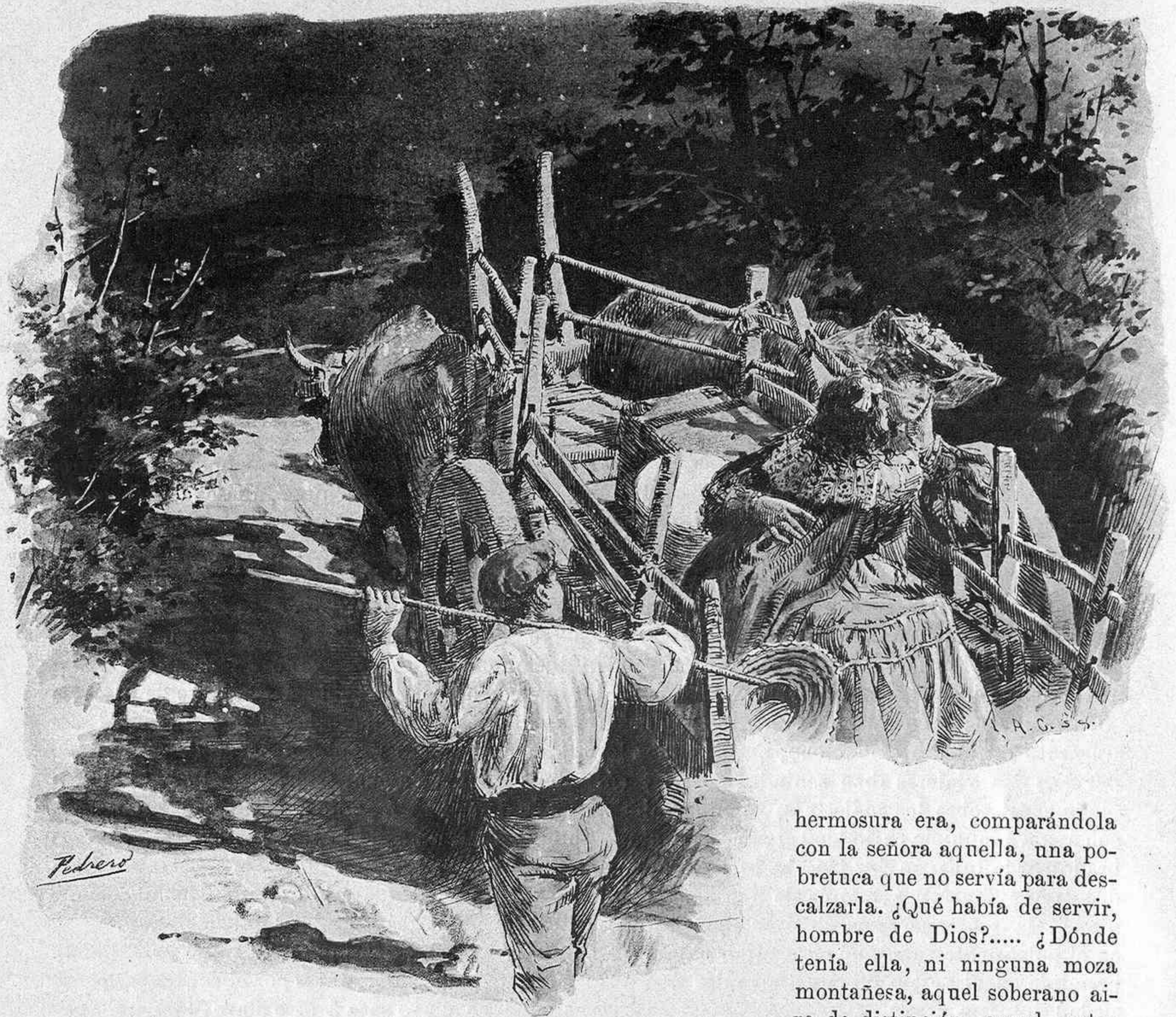
Indudablemente las viajeras no se mostraban comunicativas ni mucho menos, y tampoco era el mozo—como buen montañés, de carácter rudo y quisquilloso—lo más adecuado para sostener diálogos con quien le replicara monosilábicamente.

Y para entretener el camino, que entonces ofrecíase llano y sin dificultad, dióse el chicuco en discurrir á santo de qué una señorona del porte de la que él traía en su carro iría á casa de ti Nastasia, una viejuca apergaminada, que parecía vivir ya en el mundo como de prestado.

Y dándole vueltas al magín para hallar la solución del enigma, recordó una historia rancia que corría por el pueblo á propósito de una hija de la tal viejuca, llamada Nela, y de la cual, según era público y notorio en el lugar, anduvo Luis el de la Casona, padre de Gildo, enamorado de veras y á punto de oír en compañía de la moza la lectura de la famosa Epístola. Pero es el caso que, días antes de que tal término tuviera el noviazgo, desapareció Nela del pueblo, dejando terriblemente chasqueado al galán.

No era éste de los pazguatos que se amilanan por lances de amor, antes por el contrario, pensó que si un clavo saca á otro clavo, la mejor venganza que podía tomar de la infiel (otro era el adjetivo empleado por el de la Casona) sería casarse de prisa y corriendo con la única moza disponible en el lugar; decisión venturosa para el chasqueado amator, porque la mujer le salió poco menos que una santa, y los hijos más buenazos que el pan.

Acerca de la fugitiva corrieron en el pueblo rumores extraños: decían unos saber de buena tinta que Nela, seducida por el hijo mayor de D. Máximo, el *indiano*, habíase ido á los Madriles, y ya en la Babel, abandonada tan pronto como sintióse de ella hastiado el seductor, rodó por la pendiente de tal forma, que cuanto más bajo caía moralmente, más en auge corría su nom-



bre en la feria de la galantería, ofreciéndose en ésta esplendorosa como un astro: decían otros, los menos, que Nela huyó del pueblo por huir de su amador, y que en la corte había entrado á servir en casa de un título.

El recuerdo de tales historias sólo sirvió á Gildo para deducir que no encontraría la solución al enigma, porque herejía manifiesta era suponer que la hija de ti Nastasia fuese la propia señorona que iba en el carro. Por muy guapa que pintasen á Nela los que la conocieron, no pasaría de ser tanto como la Pilara, la moza más gentil y apetitosa que hogaño lucía su cuerpo en romerías y ferias. Y Pilara, que traía boquiabiertos y entontecidos á los mozos, con toda su ponderada

hermosura era, comparándola con la señora aquella, una pobretuca que no servía para descalzarla. ¿Qué había de servir, hombre de Dios?..... ¿Dónde tenía ella, ni ninguna moza montañesa, aquel soberano aire de distinción, aquel rostro

pálido de imagen, aquel hablar suyo dulce que sonaba á música, aquellos ojos que hacían temblar á la persona que miraban?..... Aquella era una señora de veras, alguna duquesa que viajaba con su hija para tomar los aires puros de la Montaña..... Ni más ni menos. Lo extraordinario era que vinieran duquesas preguntando por aquella infeliz viejuca de ti Nastasia.....

—Dios dirá—se dijo el mozo—y todo ha de saberse en su orden y en su punto. No es cosa de romperse ahora la cabeza para averiguar lo que á uno ni le va ni le viene una panoja.....

Y para distraer el ánimo, Gildo, envidioso, sin duda, de los grillos, las ranas y los sapos que en los prados, en las charcas y al borde del camino

ó al pie de las cajigas interrumpían el majestuoso silencio de la noche con su algarabía, recordó la copla favorita, y cantó á todo pulmón:

Los primeros amores
No sé qué tienen;
Se meten en el alma,
Salir no pueden.

Hizo alto el mozo y puso atento oído: juraría que al final de la copla había seguido un sollozo. Intrigado, desvióse á un lado del carril; al emparejarse con las ruedas, vió que la niña se acogajaba con sus brazos al cuello de la señora, mientras con voz conmovida repetía:

—¡No llores, mamita, no llores!.....

No menos suspenso y conmovido quedóse el rapaz ante aquel inesperado cuadro.... ¿Por qué lloraba la señorona?.....

Y tal como lo pensó, acercóse á la carreta, y, emocionado, preguntó la causa de aquel llanto....

La señorona, después de besuquear mucho á la niña, quedóse contemplando á su interlocutor. Gildo, se sintió estremecer; aquellos ojos turbios por las lágrimas, y aquel hermoso rostro ensombrecido por el dolor, le trajeron á la memoria el cuadro de la Magdalena que se veneraba en el altar mayor de la iglesuca del lugar.

—¡No! ¡no ha sido nada!..... ¡los nervios!.....— balbuceó la dama doblando la cabeza al pecho como si se avergonzase de la mirada de Gildo.— Gracias por su interés....—siguió la señora.

Y luego, aparentando cierta indiferencia, pero con visible emoción, dijo bajando la voz, como si evocase un recuerdo:

—Ya hace años que oí cantar esa copla....

—¿Aquí?—preguntó con curiosidad el mozo.

—Sí, aquí....

—Entonces de seguro que fué á mi padre: es el que mejor la ha cantao en toda la Montaña....

—¿Su padre?.....

—Sí, mi padre; Luis el de la Casona.

—¿Tú eres hijo de Luis?—preguntó la señora incorporándose un poco y tendiendo su rostro hacia Gildo, que retrocedió al ver la expresión, de aquel mirar de ansia y de sorpresa.

—Sí.... sí, señora.....— tartamudeó.

La dama no replicó palabra, volvió á dejar caer con cierta laxitud su cuerpo sobre el maletín, y atrayendo á su pecho á la niña ocultó la cara con la suya y la besó muy despacio, mientras que balbuceaba palabras extrañas y sin sentido para el mozo y la niña....

—¡Todas las humillaciones, todas!..... Antes de morir, que me bendiga.... que me perdone.... ¡sólo una madre sabe perdonar!.....

La carreta despertó con su chirriante canción las callejas del pueblo sumidas en silencio.... Al hallarse frente á casa de ti Nastasia, Gildo ayudó á las viajeras á bajar del carro y puso su equipaje en el umbral.

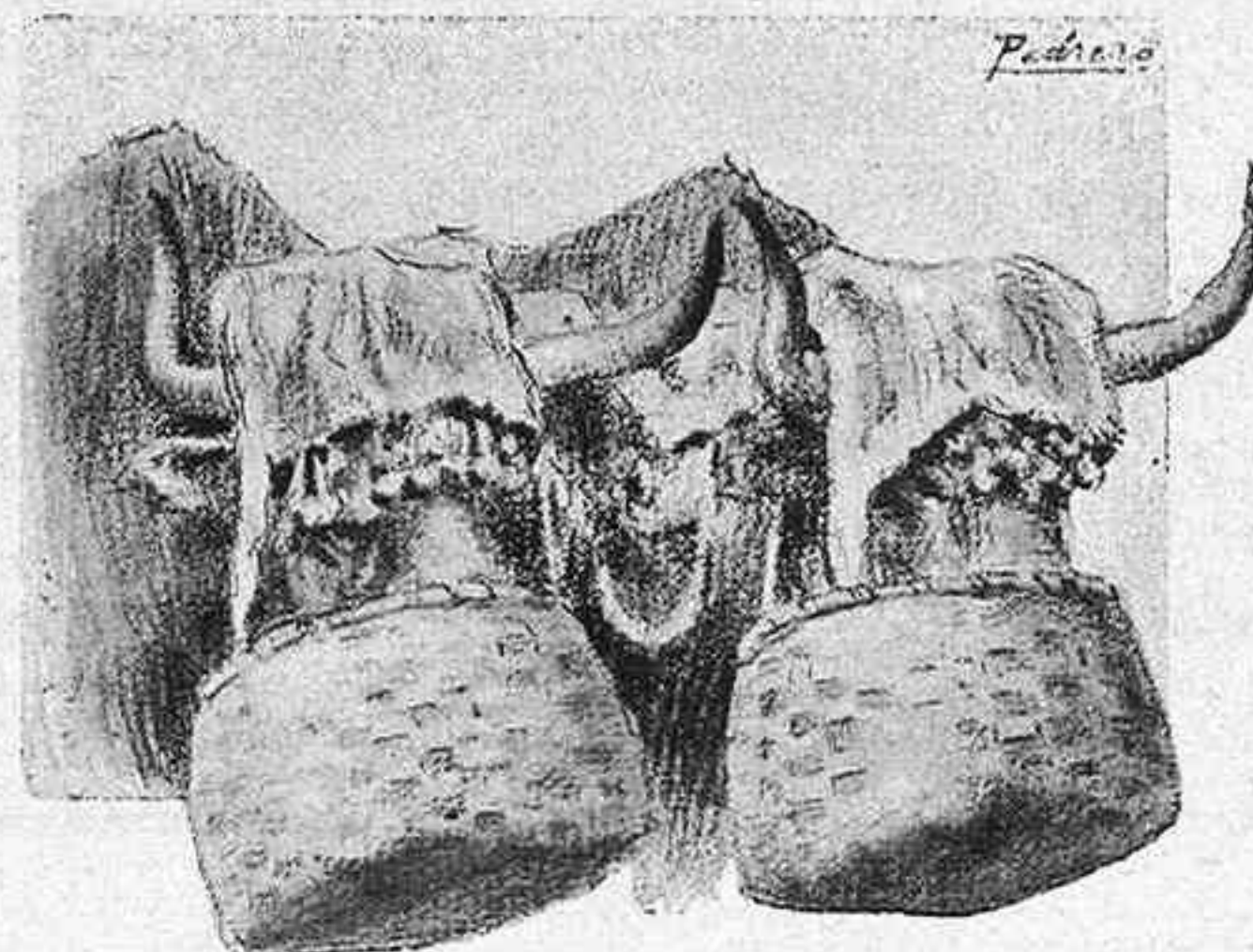
La dama, cuyos ojos aún permanecían enturbiados, dijo con acento intraducible, mientras que nerviosamente arrancaba una moneda de oro colgante de su pulsera:

—¡Toma, hijo mío!..... ¡Guárdala como recuerdo de una desdichada mujer!

—Gracias, señora, gracias— dijo azorado el chicuco al ver relucir en la palma de la mano un redondelito de oro.

Y como si éste fuera una estrella que acabara de caer del cielo, miró á lo alto....

ALEJANDRO LARRUBIERA.





DIÁLOGO MADRILEÑO.

JOVEN.—¡Ea! D. Gustavo, no es bueno acurrucarse en el sillón y cavilar: le convido á usted á todo lo que quiera; comeremos en el mejor restaurant; iremos á los toros.

VIEJO.—¿En domingo y en tranvía, para ver media corrida y comer luego á la francesa? Gracias.

J.—Perdone usted: olvidaba que no pertenece usted á nuestro tiempo, y sólo le gustaría ir á los toros en lunes y en calesa: comeremos en casa de Botín y le llevaré á la botillería de Pombo.

V.—Es inútil resucitar lo que ha pasado: soy un superviviente de todo lo que amé. No me gusta la literatura de ustedes, ni sus guisos, ni sus juegos: no saben ustedes hacer siquiera chocolate: sus mesas de billar son para niños, y no hay ni una para jugar con taco seco á la española. Madrid no existe ya. Se ha deshecho la tercera parte del Retiro, que empezaba en toda una acera del Prado, desde los Jardines que llevan hoy su nombre; media pradera de la Virgen del Puerto ha desaparecido, y en vano busco la Montaña del Príncipe Pío, otro sitio de recreo. Hay empeño en entristecer todo lo gratuito, para obligar á que se compre un poco de alegría.

J.—Es que Madrid ensancha, embelleciéndose.

V.—Podrá ser, pero ya no le reconozco como mío. ¿Quién se acuerda de la iglesia de Santa María, donde Preciosa, la gitanilla de Cervantes, bailó al compás de las sonajas ante la imagen de Santa Ana, patrona de la villa, ni quién se acuerda de ese patronazgo? Ni el Parque de Monteleón ni el convento de Maravillas, con sus recuerdos del 2 de Mayo, merecieron compasión. ¿Quieren ustedes calles rectas y casas altas para subir cómodamente al cielo en ascensor? El campo es ancho, y aumenten la población hasta Toledo y será

Madrid villa de pesca. No puedo vivir en casas sin gateras donde entre y salga mi morrongo, y sin buhardillas interiores donde jubilar y no abandonar los trastos viejos, porque me considero uno de tantos. Detesto las chimeneas de leña que prenden el hollín escandaloso: ni me conformo con no hallar en las tiendas pomada del oso, obleas de goma, plumas de ave, cajas de pistones, tiradores de campanillas, botas de caña, rapé, chufletas ni pajuela. Jamás transigiré con una generación que ha perdido la verdadera receta de los bartolillos, magdalenas y paciencias.

Mientras peroraba D. Gustavo se había puesto los tirantes, la corbata de armadura, las demás prendas, y pedía á voces su espadín.

J.—¿El espadín?

V.—Nunca he salido sin él: pero ahora le llevo oculto en el bastón.

J.—¿Para qué?

V.—Para ensartar al ciclista que me eche encima el aparato: ¿qué necesidad hay de rodar entre gente? Aunque será inútil para defenderme del cable eléctrico que caiga en mi cabeza, ó de la explosión de gas que me eleve hasta un cuarto segundo. ¿Segundo dije? Pues no dije nada, porque hoy se llama segundo á un piso casi último. ¡Servidor de vucencia! Pero ¿á quién saludo? ¿Pues no creí que ese que ha pasado era Calomarde?

J.—¿Qué amigos tuvo usted!

V.—Sí; pero quiso ahorcarme por gritar ¡viva la Constitución! Entonces nos fusilábamos los amigos; hoy se venden entre sí: nos divertíamos más que ustedes; hacíamos barricadas y se tocaba á generala en las esquinas: ¿en qué calle estamos? No responda usted, porque no la conocería por su nuevo título; tendrá el nombre de un concejal ó

de un poeta, tan desconocidos para mí como esos transeuntes con el mismo hongo y la misma americana. ¿Quién distingue al duque del lacayo? ¡Vaya un mundo pintoresco!

J. — Confiese usted que los tranvías son cómodos y baratos.

V. — Cómodos para el que halla asiento y no va en la plataforma abrazado á un tomador. ¿Y no resulta caro el vicio que hemos tomado de no andar? Han hecho ustedes inútiles las piernas.

J. — Pero lo que es nuestro alumbrado es preferible al de aceite.

V. — El de aceite convidaba á dormir, que es el destino de la noche; entonces había silencio, y se dormía más profundamente.

J. — ¿Y el canal de Lozoya?

V. — ¿Y el reuma y las turbias?

J. — ¿Y estas calles y plazas aireadas?

V. — Dígamelo, que sufrí dos pulmonías. Ya no hay guardacantones para que repose de su carga el hombre fatigado, ni llueve á chaparrón, por haber escondido las canales, ni existe el arroyo, y necesito cavilar para reducir los kilómetros á leguas y á litros las azumbres.

J. — Me da usted una idea con esos caños salientes que caían de los tejados. Son infinitos saltos de agua que puede utilizar el Municipio ahora

que las casas son tan elevadas: cuánta energía eléctrica, y el agua aprovechada en baños públicos fuerza, higiene, riqueza.

V. — ¿Qué disparata usted?

J. — Madrid ensanchado: grandes vías en forma de estrella, y su centro el parque del Retiro.

V. — ¿Dónde venden bombas de dinamita? Porque si no se venden hoy, se venderán como los revólveres y las navajas traperas. Es lo único que acepto de estos tiempos.

J. — ¿Para qué quiere usted las bombas?

V. — Para volarle á usted y á sus ideas.

J. — Don Gustavo, retiro mi convite; ya no vamos á casa de Botín.

V. — ¿Y qué iba á hacer en esa casa? ¿Verle á usted devorar un cochinito y unas perdices estofadas? Yo almuerzo, como y ceno en una cabrería; estoy á dieta láctea.

J. — Pues, respetabilísimo señor, cuando se tienen esas ideas y ese estómago.....

V. — ¿Qué?

J. — Que debe uno morir.

V. — ¿Morirme? Si no puedo.

J. — ¿Quién se lo impide?

V. — Los gobiernos. Tengo pagado mi nicho en la Patriarcal, y me han cerrado el cementerio.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

EL LUTO.

(DE SULLY-PRUDHOMME.)

Allá en la infancia serena,
Cuando mi madre querida
Me besaba, dulce y buena,
Yo la recuerdo con pena
Siempre de negro vestida.

Aun hoy, recuerdo con duelo
Que en el armario sombrío
Guardaba un traje y un velo
Negros, como el traje mío,
¡Cual su dolor sin consuelo!

Hasta la ropa que un día
Fué nieve, por la blancura,
Festones negros tenía;
¡Cuanto mi madre vestía,
Lo selló con su amargura!

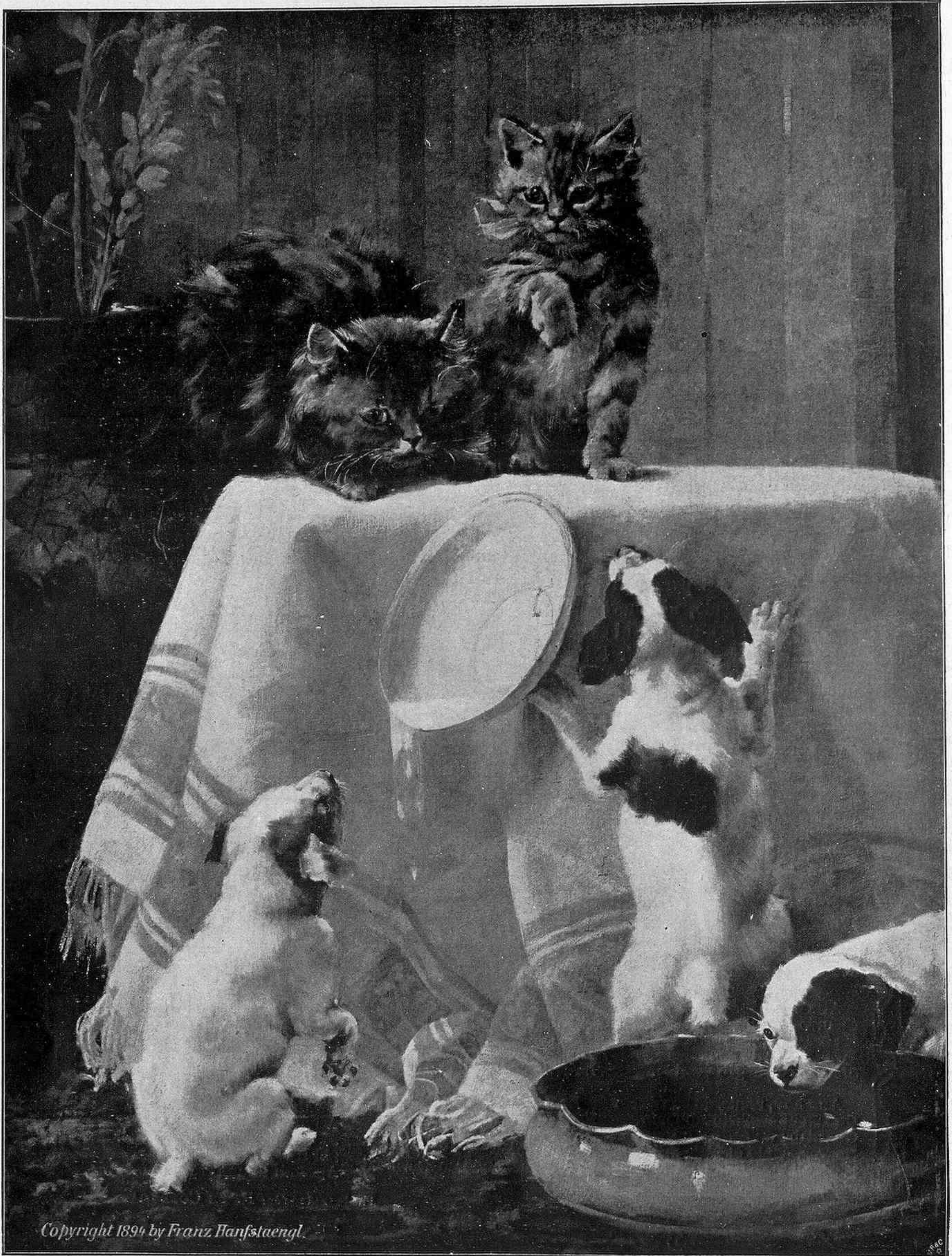
Lentamente se filtraba
En mi infantil existencia
Aquel luto, que me hablaba
De una dolorosa ausencia...
¡De ausencia que no se acaba!

Y al jugar con otros niños
Vestidos de gasa y tules,
Yo admiraba, entre cariños,
Sus abriguitos de armiños
Y sus blusitas azules!...

Así, con librea de duelo,
Rendí inconsciente tributo
Á ignorado desconsuelo.

.....
¡Al irse mi madre al cielo
Aprendí lo que era el luto!

Por la traducción: R. DE CÓRDOBA.



ASEDIO DE UNA PLAZA.

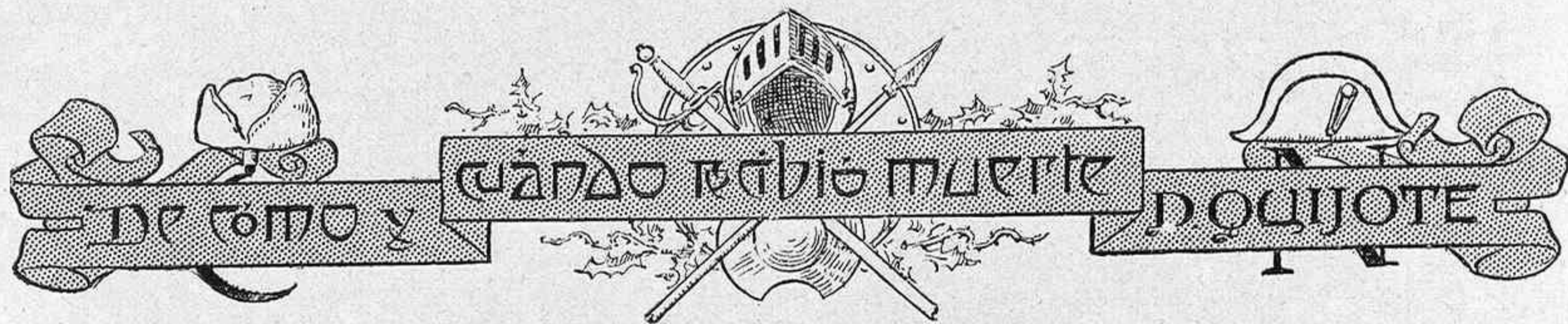
Cuadro de Orezn.



EN EL LAGO.
Cuadro de Paoletti.



ANTES DE LA PROCESIÓN.
Cuadro de Enraygues.



DASE por cierto que Don Quijote, ya curado de hazañosos afanes, murió en su sano juicio; de su buen escudero, por sabido se calla que andando el tiempo finaría también.

A estar en mis cabales (y por aquello de «Tate, tate, folloncicos.....»), como de feo pecado me guardara de sacar ahora á correr tierras y envidar aventuras al dechado de toda gallardía y al compendio de todas las malicias. Mas tómenme en descargo de la culpa en que así incurro que há pocos días me asaltó un ensueño, y en sueños escribí lo que cual sueño cuento.

Fué el mío que Don Quijote no había muerto; que si Cervantes pudo engendrarle, no podía matarle, ni aquietar los anhelos de su alma enamorada de la Gloria y el Bien, porque ya no era suyo, sino nuestro; que maliciosamente lo enterró para atajar desmanes de plumas, cual la mía, pecadoras; que españoles de otros tiempos felices viéronle hacer *salidas* en *El Quijote* no cantadas, y que si hoy no le vemos es por no hallar su espíritu cuerpo capaz de darle digno albergue.

¿Negáis fe á mis palabras?..... Pues oidme: Alboreaba una centuria, y Don Quijote, adormecido en blandas plumas de descuidados ocios, se despertó al estruendo movido por muchedumbres fugitivas de un gigantazo colosal que, recorriendo el mundo á grandes trancos de sus descomunales zancas, derribaba, á voleos, tronos y dinastías, y estrujaba, bajo sus pies, los pueblos. Mala la hubieran á tomarse con él, y á vivir en sus días, Caracoliambro, Dramirón, Briareo, y otros de aquella pícara ralea que tanto dió que hacer al Ingenioso Hidalgo; pues sobre que los tales no llegaban al tobillo del jayanote aquél, dejaba éste en ardidés tamañitos á Merlín, Arcalaus y Frestón, y demás del enjambre de hechiceros enemigos de andariegas doncellas y trashumantes paladines..... ¿Qué bien que conocía Don Quijote sus malas ar-

tes y bellaquerías! Pero apostara él, poniendo en el envite las alforjas y aun el propio condado de su buen escudero, que tan ruin traza cual la de aquel felón para irse entrando á mansalva y á furto hasta la misma entraña del solar quijotesco, nunca la usara ni el más arrufaldado trapacero.

Molinos y yangüeses, galeotes y batanes, habían llevado al émulo de Palmerines y Amadis á hacer voto de no hurgar á gigantes ni á vestiglos; mas no de tolerarles, ¡vive Dios!, se entrarán, cual señores, por tierras del lugar cuyo nombre se calla, respetando el olvido de Cervantes.

—Mis armas—gritó con recia voz que apagó los ronquidos con que el buen Sancho festejaba el propio sueño.

—¡Buenas estaban!: de orín roídas, carcomidas del tiempo, cuando quiso ceñirse la armadura, calarse la celada y embrazar la rodela cayéronse á pedazos.

—¿No puedo pelear de punta en blanco?..... Pues bien está; pelearé en farseto—dijo el aventurero manchego, empuñando el lanzón para probar, blandiéndolo, la fuerza de su brazo. Y el asta, convertida por los siglos en yesca, crujió, quebróse, y hecha polvo y astillas cayó al suelo; y al asir la tizona cortadora se desmontó la hoja, quedándole en la mano sólo la empuñadura.

—Flaco reparo nos dan, Sancho, mis armas; MAS NO IMPORTA, malo será no hallemos otras con las que remedemos nuestra necesidad..... Y tú coge esa hoz; pues habrás de saber que en esta gran hazaña que comenzamos hoy, no se hará diferencia de caballeros á villanos.

—No me porfie vm.; pues ya bien sabe que soy de mío manso y pacífico, y que no entiendo de caballerías.

—Pues mira—dijo Don Quijote, abriendo una ventana para otear el pueblo, ya ocupado por la invasora hueste.

—¡Malpocado de mí!—gimió Sancho, mesándose las greñas.—¡Ay mi huerto y mi casa!.... se me llevan el rucio; me roban mi Sanchica. ¡Así los mate Dios!.... Mire vm. al camposanto: con la cruz de la huesa de mi madre hacen la hoguera para que cueza su chanfaina. ¡Ah, bellacos, follones! Ahora veréis si mi lana es de oveja.

Y empuñando una hoz echóse afuera, y cerró con ellos.

Alcanzada su primera victoria, que algunos llaman *Aventura de El Bruch*, y pasmándose Sancho de ver á Don Quijote desarmado, replicó éste que visto su ardimiento escuderil, muy suficiente á fenecer la hazaña, ni había esgrimido armas, ni pensaba esgrimir las en aprietos más arduos que les guardaba aquella magna empresa.

—¡Pero os salisteis de la pelea horror!.... ¿Me abandonáis, señor?.... Ved que ya vuelven.

—Mal me conoces, Sancho; ni peleaste solo, ni faltarte ha mi ayuda en esta liza.

—¡Brava ayuda, por Dios, si no se arma y no pega!

—Calla, hijo, calla. ¡Cuán poco se te alcanza de aventuras si te acongoja eso! Armas mejor templadas que el más sutil acero son la fe y la constancia, que no han de fallecerte mientras yo esté á tu lado. Adelante, buen Sancho, vencerás con mi espíritu: adelante, adelante, mi compañía es tu fuerza, Don Quijote es el Alma de tu Raza.

Y con hechos de Sancho, á menudo vencido, pero jamás domado, escribió Don Quijote una epopeya, hoy ya vaciada en bronce y esculpida en mármoles, cuyos cantos se llaman *Dos de Mayo*, *Bailén*, *Gerona*, *Zaragoza*....

Pero cuando, cansados de la lucha, tornaron ambos á reanudar el sueño, los majagranzas descendientes de Sancho, presumiendo de andantes caballeros, arrojaron el arado y las layas (hasta el propio heroísmo tiene quiebras), asieron el lanzón, y acostumbrados á segar gargantas con las hoces se desdeñaron de segar las mieses, empleando las armas no en rescatar encantadas princesas, ni en reparar entuertos, sino en hacerlos al vecino y en degollarse mutuamente por mor de la pítanza....

.....
Corrió el tiempo, y al grito de «¡el Moro, el

Moro!» despertó el Caballero de los Leones. ¡El Moro! el enemigo legendario, las Navas, el Salado, el Cid, Lepanto: ¡Lepanto: en cuyas aguas se meció su cuna!.... Y contra el Moro arremetió con el mismo denuedo que, en homérica lucha, arrancó al vizcaíno la prez de la victoria. Mas conviene saber que al retornar de Morería con la fama acrecida y el cuerpo más que nunca enmagrecido, seguía roncando Sancho, á quien no fueran parte á despertar voces ni rempujones: por ello no fué con Don Quijote á esta aventura.

Llegamos ya á la última y más triste, por cuanto salió de ella, no con brioso aliento, como de otras solía, á despecho del cuerpo molido cual cibera, sino rindiendo el ánima. Por él ganadas en el famoso viaje del barco encantado (1), tenía Don Quijote unas feraces ínsulas que en fendo disfrutara, no Sancho, escarmentado de malandanzas insulares bien conocidas de los lectores de Cervantes, sino Sanchico, su hijo, mozo inexperto, vano y codicioso; siquier no tanto como sus descendientes, que aun teniendo en su corte doctores Tirteafuera, á sus consejos sordos, no comían, devoraban, sin cuidarse de atascos ni de empachos: así iba ello. Y avino que una noche, cual á Sancho en su ínsula, sobresaltóles el bullicio de cruenta rebelión, y volvieron los ojos al hidalgo.

—Son mis hijos, señor—gemía Sancho; y con copia de prudentes razones, andaba muy remiso Don Quijote de tentar la aventura; mas tal porfieron y plañeron los Panzas, que el compasivo Don Quijote otra vez se embarcó, con su escudero, en el vetusto barco, que sorbiéndose el agua por todas sus costillas, á poco si los deja, para pasto de malos pejes á mitad del camino.

¡Qué de agasajos al Caballero de la Triste Figura á su arribo á las ínsulas, y cuántos sinsabores agrazaron su alma, muy en breve, al conocer á aquella gentecilla! Valor no les faltaba, pero constancia, abnegación y patriotismo.... Más vale no tocar esta cuerda.... Y cuando, de ellos harto, iba á tomar la vuelta del nativo solar, saltó un suceso que le reverdeció reminiscencias de los tiempos

(1) Aunque parezca anacronismo, nadie podrá negar que el descubrir América no fuera *quijotada*, y de marca.

felices de sus caballerías, y encendiendo su sangre, le hizo arrojarse á la que había de ser la más descabellada de ellas: aun barruntando que allí se dejaría los aporreados huesos y los pocos pellejos que de su pobre cuerpo le quedaban.

El caso fué que por aquellas ínsulas rondaba un gigantón, el tío Samuel, muy capaz de engullirse en tres bocados medio mundo. De hierro la osamenta, las carnes de carbón, por sus venas corría sudor de jornaleros; tuvo por padres al Comercio y la Industria, y fueron sus abuelos la Agricultura y el Trabajo. Su alma no tenía el temple de la que en el flaco cuerpo del manchego realizó eternas proezas; pues eran sus espíritus vitales vapor, que muere al agotarse la caldera, y eléctricos efluvios que se extinguen cuando no gira la dinamo; pero Samuel tenía la fuerza descomunal de un corpachón que, al dejarse caer, espachurraba cuanto debajo hubiera. No sabiendo esgrimir armas corteses, blandía una maza de oro, á cuyo golpe se quebraba la más fina armadura milanesa.

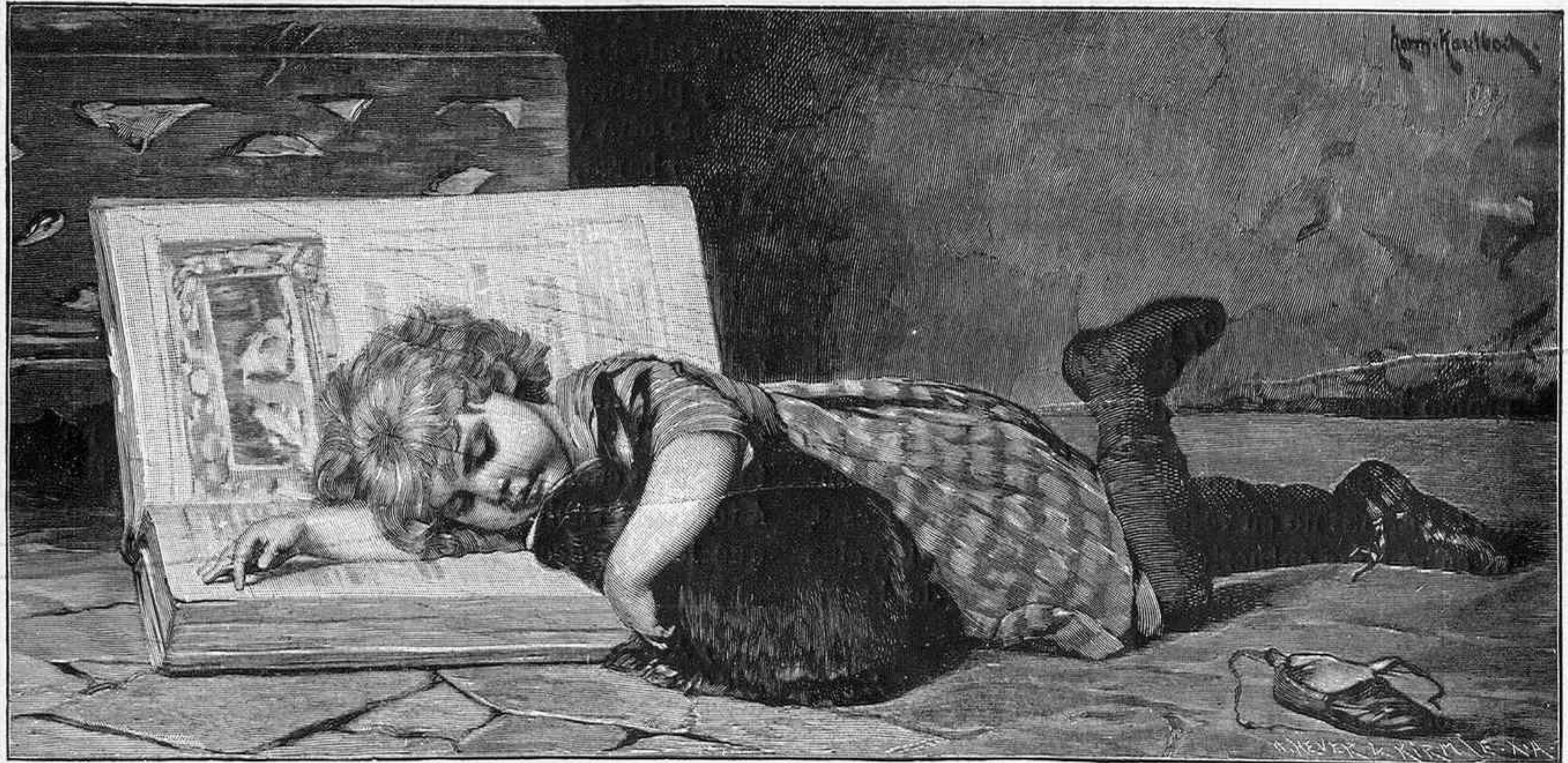
Estrecho ya en su casa, y ayuno de moral, al extender la mano para tomar la del vecino, un

ligero escozor, como de picadura de alfiler, le hizo advertir que Don Quijote estaba allí y que le hacía cosquillas con la lanza. Asió la clava, y de lejos, y á tientas, menudeó porrazos, que aventando en fragmentos las enmohecidas armas del arrogante caballero, no le hicieron cejar ni deponer su altivo continente.... «Tendré que ir á aplastarle», dijo Samuel; y allá fué, y se avivó la lucha del pigmeo y el titán, donde aún lidiaron, acaudillados por el héroe, muy pocos Sanchos, que allí cayeron, como cayó á la postre Don Quijote.

¿Y su alma?.... Todavía se esforzó en infundir alientos á los suyos, mostrándoles al forzado jayán, que con los pies hundidos en el cieno, jadeante, por la victoria exhausto, ni moverse podía. Inútil todo: sin ver que por sí solo se estaba deshaciendo, su corpulencia colosal los asustaba.

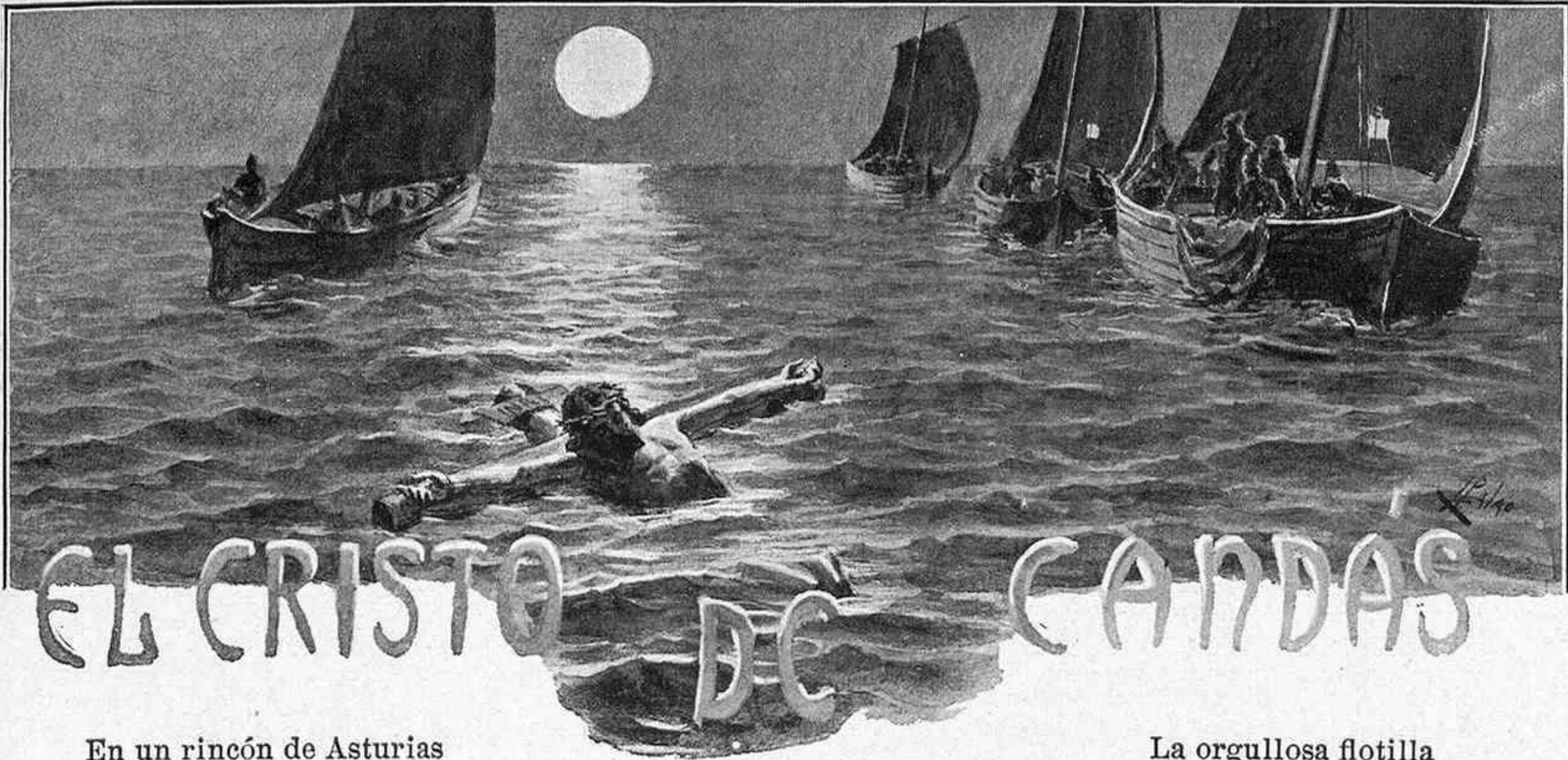
Después, desde que el tío Samuel se compró ejecutoria y se pintó un escudo donde campean las rotas armas del vencido, nadie ha vuelto ya á ver el alma del Hidalgo.... ¿Moriría en el cuerpo de un español que se llamó Vara de Rey?.... ¿Será verdad que haya sido éste el último Quijote?.... ¿Qué con él haya muerto el Alma de la Raza?

JOSÉ DE ELOLA.



LECCIÓN DE LECTURA.

Cuadro de Kaulbach.



En un rincón de Asturias
Verde y frondoso;
En una capillita
Llena de flores,
Guarda Candás el Cristo
Más milagroso
Que adoran navegantes
Y pescadores.

* *

Cuenta la imagen santa
Siglos enteros;
La encontraron las barcas
Aventureras,
Cuando, llenos de arrojo
Los marineros,
Iban al mar del Norte
Las balleneras.

* *

Sobre el blanco penacho
Que el mar levanta;
Rasgando de improviso
La densa bruma,
Surgió de entre las olas
La imagen santa
Con los brazos abiertos
Sobre la espuma.

* *

Huyendo los desmanes
De la herejía,
Sobre las olas vino
Desde Inglaterra,
Maltratándole menos
La mar bravía
Que el insulto grosero
De inculta tierra.

De su altar le arrancaron
El fanatismo
Y los torpes secuaces
De Enrique Octavo;
Pero el Mártir flotaba
Sobre el abismo,
Y la Fe le sostuvo
Sobre el mar bravo.

* *

Á bordo el Crucifijo,
Por almirante
Llenos de fe le aclaman
Sobre las olas,
Y sin velas ni remos
Desde ese instante
Las barcas balleneras
Navegan solas.

La orgullosa flotilla
Tierra buscaba,
Y premiar supo el cielo
Sus aventuras.
¡El divino piloto
Las gobernaba,
Y las débiles naves
Iban seguras.

* *

Desde aquel día el pueblo
Guarda orgulloso
La imagen venerada
De sus amores,
Y Candás tiene el Cristo
Más milagroso
Que adoran navegantes
Y pescadores.

* *

Y siempre que en peligro
Tienen la vida
Y aguantan de las olas
Los golpes fieros,
Recordando la imagen
Aparecida
Así dicen llorando
Los marineros:

* *

«¡Refrena, Cristo mío,
Las ondas bravas!
¡Disipa con tu mano
La densa bruma!
¡Que no flote mi cuerpo
Cual Tú flotabas
Con los brazos abiertos
Sobre la espuma!»



JOSÉ JACKSON VEYÁN.



LA BARCA.

I.

—No; he dicho que no. ¡Basta!

—¿Qué genio de hombre!

—Pero, en casa, bajo techo.....

—A bordo, digo; estoy mejor.

No hubo medio de convencer al viejo Tomé. Desde bastantes meses atrás, habíase ido á dormir sobre la vela, en el fondo de la barca que, anclada en la caleta, mecían las olas con dulce chapoteo de las aguas, quietas, azules, dormidas á la claridad blanca de las estrellas.

Allí estaba mejor. Bien mirado, no era caridad la que le hacían los yernos, dejándole dormir en un rincón del cuartucho. También éste era suyo. Cuando casaron, se lo había cedido á sus hijas para vivir, reservándose un hueco para él, pero nunca había sentido cariño por aquellas cuatro paredes con vieja techumbre de paja. Verdad que ellas almacenaban todo el menaje de la barca. Colgábanse del techo las redes, en los días de rebose, después de secarlas al sol sobre la playa; y los remos viejos, los timones rotos por un golpe de mar, las velas que destrozaran ráfagas traicioneras de viento, iban á parar á los rincones del cuartucho como trastos inútiles.

Pero no tenía Tomé apego á la casa. Mandaban en ella los yernos y las mujeronas de éstos, sus hijas, que reñían á voces, coléricas. Llegaron hasta echarle en cara el pedazo de pan que, á escote, con ellos compartía.

Muchas veces, tentado estuvo de arrojarlas á

golpes; pero en la callosa mano quedó trémulo el mango del arpón, y en la garganta se le ahogaba el grito airado que intentaba escupirles:—¡Esmía! ¡mía!

Mejor era resignarse. Bueno; que quedara para ellos la casa. Las cosas de tierra no le importaban. Su cariño único era la barca. La patronaba, y á bordo, durante las faenas de la pesca, corriendo libremente sobre las aguas, en la soledad de los mares, sentía indomables sus corajes á despecho de la edad.

A bordo, los yernos, remeros y á la vez pescadores á soldada, callaban sumisos, cobardes, ante las voces de mando del viejo Tomé. ¡Cuitado del que desobedeciera!

Ya no viviría en tierra más. En adelante y para siempre iría á reposar las fatigas del día durante la noche, al soco del *eito*, sobre la vela tendida en el fondo de la barca.

No podía olvidar el diálogo entre las mozas, sus hijas, que sorprendiera por la tarde. Charlaban, remendando la red, á la puerta del cuartucho. Desde dentro lo escuchó todo.

—Ya es locura.

—Pedro me ha dicho que no va.

—Mi Pancho también.

—La barca no sirve; hace agua y cualquier día de brisote, hocica.

—Mejor es venderla. Está vieja.

—Sí, venderla..... ¿Y si padre no quiere?

—Á la fuerza.....

No quiso oír más. Sin hacer ruido, ahogando los pasos, con espantados ojos y golpeándole vio-

lentamente el corazón, el viejo Tomé salió por la puerta que daba al patinillo por la parte de atrás.

Miró al mar.

Sobre las agnias vió, blanca, con su faja de azul junto á la borda, la barca que se mecía soñolienta, con pereza, arrullándola el eterno cantar de las olas.

—¿De otro?..... ¡Nunca!

II.

Vieja era la barca. Contaba años, ¡muchos años! Quiso Tomé, al registrarla, que le pusieran por nombre *Carmen*. Así se llamaba aquella mujer morena, de ojos negros y grandes, que desposara cuando él era aún gallardo muchachón. Moza más recia en el trabajo no había barloventado en seco por la playa. A fuerza de fatigas, rebañando hasta en la olla, corriendo las aldeas, vecinas á la costa, con la cesta á la cabeza vendiendo la sardina frescal y el pez de altura, la buena mujer había podido reunir unos dineros.

Con ellos se compró la barca, nueva, retozona, la mejor de cuantas á lo largo de la costa se hacían á la mar. De las de su tiempo, aquellas compañeras recién botadas por entonces al agua, ninguna existía ya; se habían desguasado, y la última, podridas las tablas, enseñaba, escorada indolentemente sobre la arena de la playa, su desnudo costillaje al sol. ¡Su barca! ¡Qué velera á todo viento y qué intrépida ante los golpes de mar!

Andando un día Carmen, camino adelante, con la cesta á la cabeza, donde aún vivo coleaba el pescado del arrastre madrugero, el sol agresivo de la llanura descampada, á cielo descubierto, que atravesaba, se le había me-

tido dañino dentro. La cabeza le ardía, y, sin embargo, le llegaba hasta los huesos un frío extraño. ¡Y qué sed!

Por la noche la fiebre la hizo delirar.

Carmen despertó á su marido con voz baja para no despavilar el sueño de las niñas. En medio de la congoja, repetía:

—Tomé..... Tomé..... ¿Oyes?

—Sí; ¿qué quieres?

—¿Cuándo vas por ella?

—Dentro de unos días.

—Ahora... ..

—No está lista.

—Quiero verla..... ¡nuestra barca! ¡mi.....

Así, metida en el lecho, sus pálidos labios de enferma plañían cada noche.

—Tomé..... ¿oyes?

—¿Qué?

—¿La han traído?

—No.

Siempre igual. Día tras día, la misma interrogación iba á buscar la respuesta negativa de Tomé.

—No; mujer. Espera.....

Empeñábase Tomé en llevarla á la ciudad, en la barca de un compañero, para que un médico curase aquel mal que Carmen padecía.

—Vamos hoy sin falta. Llevaremos también las chicas.

—Estoy mejor; créelo. Esperaremos á que llegue la nuestra. Iré en ella.

Al fin llegó. Su primer viaje lo hizo llevando á Carmen á la ciudad distante que, al atardecer, frente á la playa, en un recodo de la costa, destacaba la nota blanca de su caserío alegre.

No corría aire sobre el mar, y la barca andaba lenta, tristemente, lacia la vela que trapeaba, y al huir la luz del sol iba derramando una piadosa sombra sobre la cara hermosamente plácida de la enferma. No volvió ésta. Allá se quedó, bajo tierra, para siempre.

Carmen llamóse desde entonces la barca de Tomé.



¡Dios santo! ¡y querer los hijos, los mismos hijos sin entrañas de Carmen, que la vendiera!

Había de repudrirse en el mar, desguasarse envejecida por completo, y allí, en el agua, sobrenadaría la última cuaderna.

Para eso eran sus afanes. No descuidaba recomendar las averías, celoso en repintarla cada trimestre. ¡Así estaba de remozada y fanfarronesca disimulando años y cicatrices! De tarde en tarde, Tomé la varaba en la playa para que descansara, tumbándose perezosamente de costado sobre la arena; y si, á pesar de los baldeos, la madera se reseca con los calores, vuelta al agua en seguida para que hinchara de nuevo.

¡Desgracia de los hombres, mal de los pobres! Si moría, ¿qué iba á ser de ella?

III.

Atracó el viejo la barca á la orilla. Como todas las madrugadas, al clarear la luz nueva, Tomé, desde á bordo, gritó á los suyos:

—¡Eh!..... ¿Listos?.....

Rebullían en la playa los pescadores preparando hacerse á la mar. Algunas barcas calaron los remos, y ya iban mar á fuera. Otras, que las habían varado la tarde anterior, al empuje de los hombres resbalaban, sobre trozos escurridizos de madera, hasta chapotear en el agua.

Corajiento de la tardanza, Tomé, erguido en la proa, gritaba de nuevo:

—¡Eh!..... ¡Pronto!..... Que se va la marea.

Nadie respondía. Sus yernos sin duda roncaban descuidados. Pero no tardaron en llegar, torvos, silenciosos.

No iban; no navegaban más en la barca. ¡Aquella *Carmen* estaba muy vieja, cayéndose á pedazos! Era un peligro salir en ella. Las de casa no querían. Andaban ellos en tratos para entrar en otra.

Tomé rugió colérico, espantosamente airado:

—¡Ya! ya encontraré gen-

te..... ¡Mala casta!..... ¡Vieja la barca!..... Á correr á un largo, ¡que traigan la que quieran!

Desde aquel día no salió á la mar. ¿Con quiénes? ¡Si hasta los yernos de Tomé la dejaron por inútil!

Por más gestiones que hizo el viejo, no hubo mozo que se arriesgara á la empresa.

¡Qué remedio! Sin gente no podía lanzarse en la barca mar afuera.

Solitaria, vieja, repudriéndose en el agua, desde entonces quedó la *Carmen* anclada al soco de la caleta para siempre.

Daba pena mirarla, cabeceando inquieta cuando el oleaje la movía, tirando de la cadeneta del ancla como si quisiera romperla y escaparse, y otra vez gallardear con los últimos alientos.

Desde á bordo, con ojos tristes, Tomé miraba salir las otras barcas al romper el día. La suya ¡qué sola!

Á cada instante, las hijas y los yernos volvían á su eterna plática:

—Véndala, padre.

Descanso tan largo y calores intensos grietearon las tablas; el hierro oxidado, pudriendo lentamente las maderas, acababa poco á poco con la barca. Descascarada la pintura, mostraba su color negro, repulsivo, el casco. Era una lástima. ¡Quien la vió en sus buenos tiempos!

Entre la gente mareante comenzaron las bur-las. ¡No más! Todo lo aguantaría Tomé menos esa vergüenza.

Sus hijas, á coro con los yernos, no cesaban en el machacón estribillo:

—Padre, véndala.

Ya no dudó, y les dijo:

—Pues, sí; la vendo.

—Ramón la compraría para el horno.....

—Cleto quiere techar.....

—Déjenme. Yo me entiendo. Quiero comprador de la ciudad..... que se la lleven lejos.

Desde entonces espiaba Tomé. De noche no dormía, no podía dormir. ¡Qué ideas le mordían interiormente!



¡Con luna...! Caía su tranquila claridad sobre las muertas aguas de la caleta, y, mar adentro, dejaba una estela de luz larga, infinita, como si fuese un camino que señalara la ruta hacia lo desconocido, hacia la inmensidad.

Por fin, las densas sombras nocturnas, en ley natural, volvieron á correr sobre el haz de las aguas, clamantes, móviles, profundas.

Fué entonces.....

Salieron las barcas todas á la mar, antes que madrugara el alba. En la desierta playa, solamente las olas dejaban el rumor de su queja y copos de espuma, leve, blanca. Aún tardarían unas horas en abrirse las puertas de las casuchas y salir las mujeronas á lavarse los rostros en las charcas y secar al sol los cabellos mojados.

Era el momento. Tomé, desde la orilla, metido en el agua, tiró con ímpetu de la cuerda que sujetaba á tierra la barca. Al empuje violento cedió ésta, y hacia la playa dejóse venir, mimosa, lentamente, llegando á los brazos de Tomé que la sujetaron, desfallecida en el andar, con perezosa languidez de enamorada. Todavía, cuando á golpe de marea movíase, la proa lamía el pecho del viejo, como animal que con la cabeza hace caricias.....

Fué rápido Tomé. Lastró la barca enormemente, y con desesperado esfuerzo, la empujó hacia lo más profundo de la caleta. Allí nunca se vió el fondo; sitio donde anclaban las barquías, allí estaban algunas en descanso, recomponiéndose.

De la suya saltó á otra. Ya estaba, y era necesario acabar pronto. Cerró los ojos para no ver. Temblábale la mano; pero, cobrando ánimos, alzó el martillo como un arma homicida.

Sonó un golpe seco, áspero; abriéronse las on-

das, y después volvieron á recobrar su calma solemne y su color levemente azul á la luz primera del amanecer.

Ni un rastro quedaba ya de *Carmen*, allí misericordiosamente enterrada.

Vuelto á tierra, anduvo Tomé errando por la playa, dolorida el alma, fijos los ojos en el mar insondable, en el agua piadosa.

Después sentóse á la puerta del cuartucho y esperó. No tardaron sus hijas en salir.

Rió á la fuerza, al saludarlas.

— ¡Ah! muchachas; ya se fué.

— ¿Quién?

— ¡Toma! La barca. La vendí y se la acaban de llevar. Quería daros la sorpresa.

— ¿Á la ciudad?....

— Más lejos..... más lejos.....

— Y ¿cuánto dieron?

— Sí, ¿cuánto?.....

— Esto.

Sacó Tomé unas cuantas monedas de plata y cobre, ahorro de otros días más venturosos, y las puso en las manos de las dos hembras.

— ¡Oh! ¡cuánto!..... ¡Pues se corrieron!....

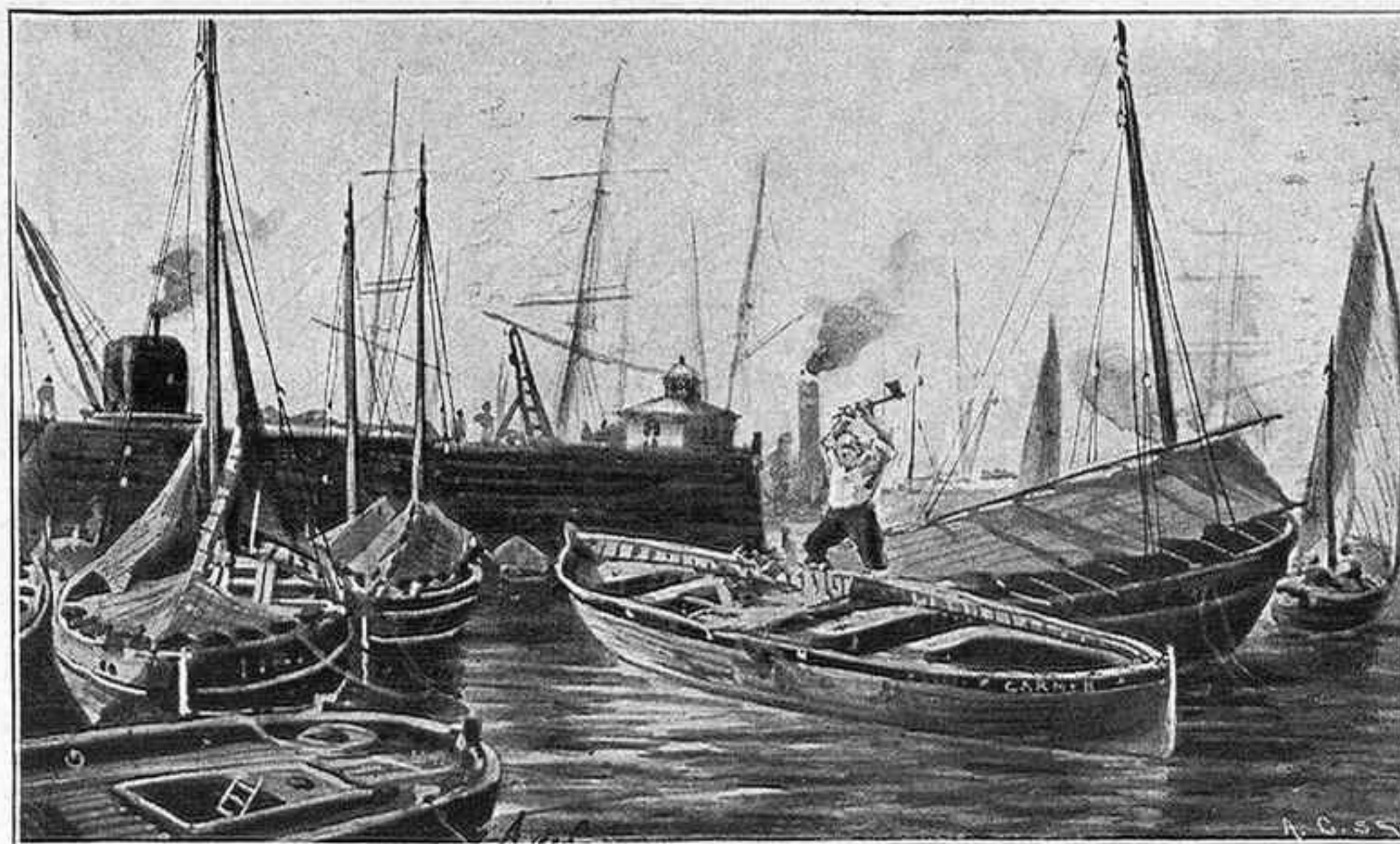
— No lo valía ella.....

Calló el viejo. Sobre la arena de la orilla, el murmurio del agua era de rezo, y las salpicaduras de la espuma tenían un brillo al sol como de lágrimas. ¡Si parecía que el mar lloraba!

No quisieron mirar á las muchachas los ojos aguados de Tomé, y de sus labios casi no salía el grito ronco, ahogado, como un estertor, al pensar en la muerta, en la barca, y en él mismo:

— Todos, ¡qué solos!

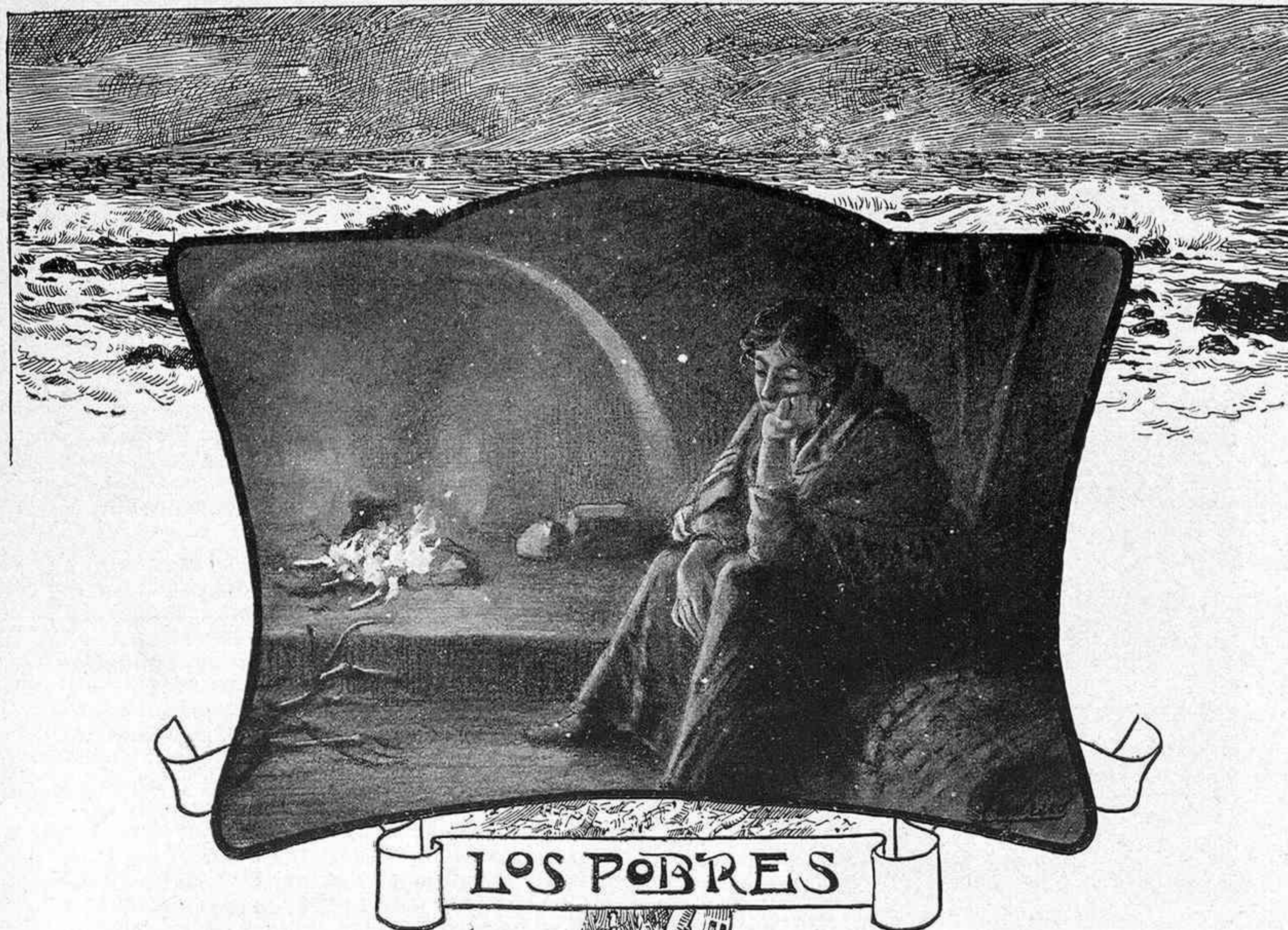
ANGEL GUERRA.





LA COMUNIÓN.

Quadro de José Gallegos.



LOS POBRES

(PENSAMIENTO

DE VÍCTOR HUGO.)

Es noche obscura; la cabaña humilde
Del rudo pescador duerme en silencio;
Colgados de los muros, como chispas,
Lucen entre las redes los anzuelos;
Pobre y velado por cortinas viejas,
Hay en el fondo de la estancia un lecho,
Y ante él descansan en jergón mezquino
Cinco niñitos, ángeles risueños
Que fingen nido de benditas almas
Unidas siempre por sublime afecto.

En el hogar, la llama temblorosa
Vela alumbrando con fulgor postrero
Á una mujer que llora acongojada
Y eleva á Dios su fervoroso ruego...
¡Es la madre! La madre, sola y triste,
Que escucha con terror la voz de trueno
Del ronco mar que se revuelve y salta
Y, de espumas magníficas cubierto,
Lanza sollozo lúgubre y gigante
A la noche, á las rocas y á los vientos.

Su esposo está en el mar. Desde muy niño
Supo luchar cual rudo marinero
Contra el empuje de las olas bravas,
Buscando entre las olas el sustento
Y arriesgando la vida muchas veces
Para ganar el pan de sus pequeños.

Todas las tardes, cuando el sol declina,
Surca el mar en su débil barquichuelo,
Dejando en tierra á la sencilla esposa
Que, suspirante y angustiado el pecho,
Cose las velas y las rotas mallas,
Cuece la sopa, besa á los hijuelos,
Y, después de rezar y de acostarlos,
Vela aguardando al que trabaja lejos.

¡Y es duro su trabajo!... Que la pesca
Hay que buscarla aunque se oponga el viento
Y aunque la sombra oculte los escollos
Y aunque la misma muerte esté en acecho...
¡Ay del amante esposo! ¡Ay del buen padre
Que lucha por su gente con denuedo!...
Y al pensar en borrascas y en peligros
Juana suspira y llora, y su recuerdo
Es cual divino pájaro del alma
Que hacia el nido de amor levanta el vuelo.

Reza y sueña la humilde pescadora
Y horribles pesadillas son sus sueños,
Y piensa con pavor en los naufragios
Y en los que expiran tras combate fiero,
Encontrando mortajas en las olas
Y fúnebres responsos en los vientos.
Y al compás de la sangre en sus arterias
Cuenta el reloj las horas de tormentos,
Y á los Abriles siguen los veranos,



Y tras otoños llegan los inviernos
Y la vida entre cunas y sepulcros
Es arroyo que corre hacia el Mar Muerto.

Sueña y reza la humilde pescadora
Y mira con amor á sus hijuelos
Que viven descalzitos, sin abrigo
Comiendo por regalo pan muy negro.
—¡Señor, cuán pobres somos!—triste clama
La amante madre, y el terrible acento
Del pavoroso mar, dice á su oído
Himnos de muerte lúgubres, siniestros.

Y es la hora alegre de la loca orgía,
Es la hora en que entre raso y terciopelo
Teje el placer sus bailes deslumbrantes,
Y es la hora en que cual rudo bandolero
El mar acecha á un hombre, lo despoja,
Lo asesina entre sombras y misterio
Y lo hunde para siempre en los abismos
De horribles monstruos y negruras llenos.

Y tiembla y llora.
Esposas infelices
De humildes pescadores, yo os comprendo
Y conozco el pesar que os atribula
Y conozco lo amargo del lamento
De la pobre mujer que sufre y reza

Diciendo:— Mi marido noble y bueno,
Mi anciano padre, mis amados hijos
Ó el novio que mi esposo será presto,
Mi corazón, mi vida, mi alma entera
Juguetes son del mar y de los vientos.

Y piensa Juana:—¡El pobre lucha solo!
¡Nadie le presta ayuda con su esfuerzo!
¡Si fueran mayorcitos estos niños!...—
¡Pobre madre! ¡infeliz! ¡te compadezco!
Cuando los niños crezcan y se embarquen
Y al lado de su padre corran riesgos,
Tú exclamarás llorando:—¡Dios bendito!...
¡Ay si fueran mis hijos más pequeños!

Toma el capote y el farol. Ya es hora
De ver si vuelve, de si amaina el tiempo,
Y de si el sol apunta. Densas nubes
Cubren la inmensidad; aún no hay reflejo
Nuncio del alba. Llueve; el nuevo día
Llora al nacer como niño tierno.

Salió; ni una luz brilla en las ventanas
De las casuchas del dormido pueblo;
Marcha entre sombras y detiene el paso
Ante una choza de mezquino aspecto
Cuya puerta rechina y se estremece
Al soplo rudo de aquilón violento.
—Ya no pensaba en la infeliz viuda
Que enferma y sola vive con sus huérfanos...
Voy á ver como está.—Llama á la puerta,
Y se extingue su voz sin hallar eco.
Juana, aterida, piensa:—¡Pobre gente
Sin padre, sin abrigo, sin sustento!...—
Vuelve á llamar sin recibir respuesta;
La puerta empuja, y, al mirarse dentro,
Á la luz del farol contempla triste
Un cuadro horrible que le angustia el pecho.
Rígida, en un jergón de humilde paja,
Con los cárdenos labios entreabiertos,
La madre está cual gladiador vencido
Que á los golpes del hambre cayó muerto.
Junto al pobre jergón, tranquilos duermen
Un niño y una niña, tan pequeños
Que un chaquetón les basta para abrigo
Y una cuna les sobra para lecho.
La madre, al expirar, para abrigarlos
Arropó con su falda aquellos cuerpos,
Para evitar que de su muerte el frío
Turbase de los ángeles el sueño.

...
¿Qué hace Juana en la choza? ¿Qué se lleva
Bajo los pliegues del abrigo recio?...
¿Por qué tiembla y vacila? ¿Por qué corre?...
¿Por qué vuelve á su casa sin aliento?...
¿Qué ha robado?... ¿Qué guarda en la vivienda?...
¿Qué esconde entre las sábanas del lecho?...

Cuando Juana, volviendo á su cabaña,
Sentóse á descansar cerca del fuego,
Despuntaba en Oriente el alba alegre.
Cual víctima de atroz remordimiento,
La mujer murmuraba:— ¡Dios piadoso!
¿Qué dirá mi marido?... Dios... ¿qué he hecho?...

¡Es verdad que nosotros somos pobres,
Es verdad que tenemos cinco hijuelos,
Es verdad que su padre aunque se afana
Apenas si consigue mantenernos!...
¡No lo he debido hacer! Cuando él regrese
Tendrá razón para enojarse... ¡Cielos!...
¡Ya llega! No... No es él... Aún es temprano...

.....
Brilló el sol en el alto firmamento,
Despertaron las aves graznadoras,
Volaron los petreles y los cuervos,
El ronquido del mar se hizo murmullo,
Crujió la puerta con crujido seco
Y—¡Alabado sea Dios!—con voz vibrante,
Dijo entrando el robusto marinero.

Llevaba sobre el hombro redes rotas,
Y chorreaban las redes, los anzuelos,
El calzón basto, la camisa fuerte,
El pesado capote y el cabello.
—¿Eres tú?... —dijo Juana,— y un abrazo
Juntó con noble amor aquellos cuerpos.
—Aquí me tienes ya—dijo el marino;—
El mar es un ladrón; cobarde y fiero,
Me ha robado una noche de trabajo,
Y á poco si me roba el barquichuelo
Y esta vida que tanto necesito
Para veros felices y contentos...
Pero ¿qué tienes?... dime... estás llorosa...
¿Has velado esta noche?... —Sí, cosiendo
Estuve largo rato...—¿Y has tenido
Algo desagradable?... —Tuve miedo
Al sentir la borrasca... —Para el pobre,
Si Dios no lo remedia, aqueste invierno
Va á ser duro y terrible... —Emocionada,
Con voz que más que voz era lamento,
Dijo Juana, temblando, balbuciente:
—¡Tengo una pena! La vecina ha muerto;
Ayer debió morir; deja dos niños,
Una, Magdalenita; otro, Guillermo;
Él aún no anda solito, la chiquilla
Ni aun sabe hablar... ¡Desventurados huérfanos!

Quitóse el pescador el viejo gorro
Y—¡Diablo!—murmuró torciendo el gesto,—
¡No hay que pensar en ello! Si con cinco
Ayunamos más veces que comemos,
¿Qué le vamos á hacer?... ¡Dios lo dispone
Y hay que acatar la voluntad del cielo!...
Lo malo es que Guillermo y Magdalena



No pueden trabajar... ¡son tan pequeños!...
¡Corre! ¡corre á buscarlos! Tráelos pronto...
Alguien sabrá esta acción agradecernos...
Vengan acá los pobres chiquitines;
Vivan reunidos con los hijos nuestros;
Yo no probaré el vino, tú en la noche
Velarás algo más, y así, cosiendo
Y trabajando, viviremos juntos,
Y el Señor que nos mira desde el cielo
Hará que los productos de la pesca
Nos basten para todo... Mas ¿qué veo?...
¿No los vas á buscar?... ¿Por qué te afliges?...
¿Acaso te disgusta mi proyecto?...
¡Corre, mujer!...

Alzando las cortinas
Que daban sombra al escondido lecho,
Con dulce llanto contestó la esposa:
—¡Aquí los tienes ya!... ¡Dales un beso!...

M. R. BLANCO-BELMONTE.





EL CUENTO DE LA ABUELITA.

Cuadro de P. Hoecker.



DÍAS FELICES.

Cuadro de Deully.



CAMPEESINA.

Cuadro de Bellanger.



EL ejército del Rey de Loria se encontraba desplegado en extensa línea de batalla, como á tres leguas del ejército del Rey de Crunia, ambos en guerra, donde se jugaban la vida de sus estados.

El general de Loria se sentía orgulloso con el número enorme, la fiereza indomable, la corpulencia vigorosa, las armas potentes, las corazas bruñidas y los cascos deslumbradores de sus soldados, á quienes, además de esta fuerza positiva, animaba la fuerza moral de la historia, llena de sus heroicidades, conquistas y triunfos gloriosos.

Y los soldados de cascos deslumbradores y corazas fuertes se sentían á su vez orgullosos de aquel general de cuerpo erguido y bigotes largos, que siempre al frente de ellos, siempre en la vanguardia, siempre en la pelea, era el primero por su jerarquía y el primero por su arrojo, el más alto capitán y el más delantero combatiente.

«Soldados (les dijo en la orden del día de la batalla): estáis enfrente de un enemigo que se arroja á medirse con la raza de héroes nunca vencidos en antiguas campañas. Demostradle que sois lo que fuisteis siempre. Pelea con nosotros la historia de tres siglos. Confíad en ella y en el poder del número y del brazo, que son garantía única y fiadores seguros de la victoria. El Dios de las batallas está donde está la fuerza; él cuidará de nosotros.»

El ejército de Crunia estaba situado, y más bien se dijera escondido, detrás de una cadena de colinas, cortadas además por un río, como si quisiera hacer de aquellos obstáculos naturales parapeto y foso para su seguridad. Parecía acobardado, á juzgar por la inmovilidad de sus cuerpos, diseminados en muchas y distintas posiciones, y por el silencio constante de sus filas. Nadie hablaba de victorias ni de hazañas, ni se veían por ninguna

parte generales de casco bruñido recorriendo el campo entre aparatoso estado mayor. Todos aguardaban fríamente órdenes que ninguno sabía de dónde habían de venir ni adónde habían de llevar.

Las órdenes iban llegando en los términos siguientes:

«La extrema del ala derecha se pondrá en movimiento dos horas antes del amanecer, para quedar situada al flanco izquierdo del enemigo al romper el día. Entonces atacará, sosteniendo el fuego, mientras quede un hombre con vida. Necesito entretener el combate con la carnaza de esas tropas. Su misión no es la de vencer, sino la de cansar el brazo enemigo en la matanza de los nuestros.

»La extrema del ala izquierda marchará al amanecer para atacar el flanco derecho del adversario dos horas después de haberse roto el fuego en el ala opuesta. Seguirá el combate mientras quede un hombre vivo.»

Al mediodía se pondrá en marcha la vanguardia del centro. Va á tomar la altura de Casures, que está en el centro de la línea enemiga. Necesito romper su contacto. Para la operación bastan 2.000 hombres, porque á esa hora la línea se habrá debilitado por atender al ataque de sus flancos. Envío 6.000 hombres, porque perecerán seguramente dos terceras partes al vadear el río dominado por los fuegos de la altura.

Así llegarán ciertamente los 2.000 que se necesitan. Los que sobren no me hacen falta. Ganada la altura y libres ya de sus fuegos, todas nuestras fuerzas pueden pasar el río sin perder un solo hombre y atacar de refresco á la enemiga, que llevará muchas horas de combate.

Orden general para todos los cuerpos:

«No se atacará á fuerzas superiores en número

mientras la inferioridad no esté compensada con otras ventajas accidentales. Si el enemigo, rabioso y ciego, quiere batirse en la proporción de uno á tres, buena pro le haga; pero no le imitéis, y esperad con paciencia ocasión más ventajosa.

»No aceptéis ataque á la bayoneta. Retiraos y seguid tiroteando. Ni empeñéis tampoco combate cuerpo á cuerpo como las bestias. Si os llaman cobardes para excitaros y atraeros, no contestar hasta el final de la campaña: en ella sólo quedan mal los vencidos y bien los vencedores.»

¿Quién daba estas órdenes tan friamente bárbaras que parecían venir de un sér sin naturaleza humana, de un verdugo sin corazón, de un tigre metido en el uniforme de un general huracán é iracundo?

Pues procedían de un viejecillo pequeñuco y endeble, sin casco, porque no podía sustentarlo en la cabeza torcida, y sin espadón, porque no lo necesitaba ni lo mantenía en las manos temblonas; que no andaba á caballo ni al frente de sus tropas, sino que, abrigando su reuma con un mantón de mujer, estabase quietecito y sentado, veinte leguas detrás de su ejército, en lugar seguro, donde no alcanzaba el eco de los cañones, que se ponía nervioso cuando oía un tiro, y se asustaba del bote de un caballo.

Los de Crunia ganaron aquella batalla, y otras después, y la guerra iba prósperamente para ellos.

Pero la tropa no estaba contenta. Los prudentes callaban, mirando el éxito total de las operaciones. La turba grande, de ojos pequeños, la que ve sólo el pormenor, la menudencia y los puntos parciales de las cosas, murmuraba del misterioso director de la campaña.

«Es más fácil mandar que servir, y pensar que morir (decían).

»Es más cómodo pasar el río en el mapa, que pasarlo con el agua al pecho y las balas sobre la cabeza.

»Es más sencillo enviar miles de hombres al matadero que combatir entre ellos con los que están matándolos.

»Desde un cuerpo achacoso y viejo se ejercita muy bien la virtud de la paciencia, y se sufre la humillación ante el insulto que no se oye ni cae sobre la cara. No cabe en los corazones calientes

de la juventud, enamorados del heroísmo histórico, la impasibilidad ante el enemigo que nos provoca, más con su risa de desprecio que con la punta de sus bayonetas, cuando rehuimos el combate cuerpo á cuerpo. La orden se cumple, pero muchos oficiales pundonorosos han tenido que suicidarse para poder cumplirla.»

Las murmuraciones cundían, y pasaron pronto á quejas declaradas. Los soldados, que veían venir sobre ellos la suerte de sus camaradas, la orden de sacrificarse sin socorro ni defensa; los parientes de los sacrificados; los censores de oficio, que siempre tienen tacha que poner al éxito, y plan propio que oponer al ajeno, formaron un partido influyente, una conjuración subterránea á la que no faltaba sino el pretexto para estallar.

Fué una de esas derrotas comunes en los azares de las guerras más afortunadas.

Con las glorias se van las memorias, y con los desastres se van las glorias. Se olvidaron los triunfos pasados para acordarse de los sacrificios presentes, de los muertos sin gloria ni provecho.

Y la sedición acabó con la vida del viejecito y endeble general, para que viese de cerca el hierro y la sangre, y supiera cuán doloroso es el morir.

¡Ira imbecil la de las turbas! ¡Se cortan la cabeza para vengarse del infortunio!

Murió el general, y con él murió el ejército de Crunia. Se fué el alma de aquel cuerpo gigante. La victoria queda á merced de la fortuna, y la fortuna en la guerra pide más sangre que la inteligencia, y se hace pagar más caramente que el cálculo. Las tropas morían matando, pero morían tanto como antes y con menos provecho.

Había muchas hazañas personales, pero menos gloria colectiva.

Entre los mapas, planos y apuntes del general asesinado aparecieron las notas con que comentaba sus órdenes.

Con ellas parecía contestar á los reparos de su conciencia y de sus matadores.

«La misión de ese cuerpo no es la de vencer, sino la de morir. Envío seis mil hombres, para que lleguen dos mil y perezcan cuatro mil.»

Y decía el comentario: Tanto yerra quien pierde soldados sin necesidad, como quien los salva en perjuicio de los demás.

«No se atacará á fuerzas superiores en número», decía otra orden.

Y decía otro comentario:—El sér inteligente no debe de considerar deshonoroso el salvarse del aplastamiento por la masa bruta. Antes bien, quedará deshonorado si perece, porque defrauda á la patria, privándola de un hombre por el egoísmo de su gloria particular.

«No aceptéis combate cuerpo á cuerpo, aunque os llamen cobardes» decía la orden; y decía el comentario:—Para algo se han inventado las armas de alcance, y es estúpido é indigno de la inteligencia humana desperdiciar las ventajas que debe á su estudio. Es más útil á la patria un hombre vivo que mil héroes muertos: los muertos ganan la gloria; pero los vivos ganan la victoria. No os acordéis de lo que hicieron los héroes antepasados, porque no se levantarán para combatir por vosotros. Proceded como si en vosotros hubieran de empezar los héroes de la raza.

Estas y otras semejantes anotaciones fueron aprendidas de memoria y guardadas en ella como preciosísimo tesoro por los que sucedieron en el mando al general de Crunia. Faena estéril, como la del mal estudiante que recita la lección sin penetrarla. Se echaba de menos el cerebro para aplicarlo en la ocasión precisa, la corriente de electricidad invisible que movía á tiempo toda aquella máquina enorme de hierro y carne. Allí permanecían los millares de ojos y de brazos del monstruo. ¿Para qué servían? El monstruo era vencido. Antes se sacrificaban algunos miembros. ¿Y qué? Amputados los brazos, el hombre seguirá viviendo. Arrancados los ojos, el hombre seguirá viviendo. El decapitado perecerá aunque tenga mil ojos y mil brazos. Estos no pueden prescindir de la cabeza; la cabeza puede prescindir de ellos.

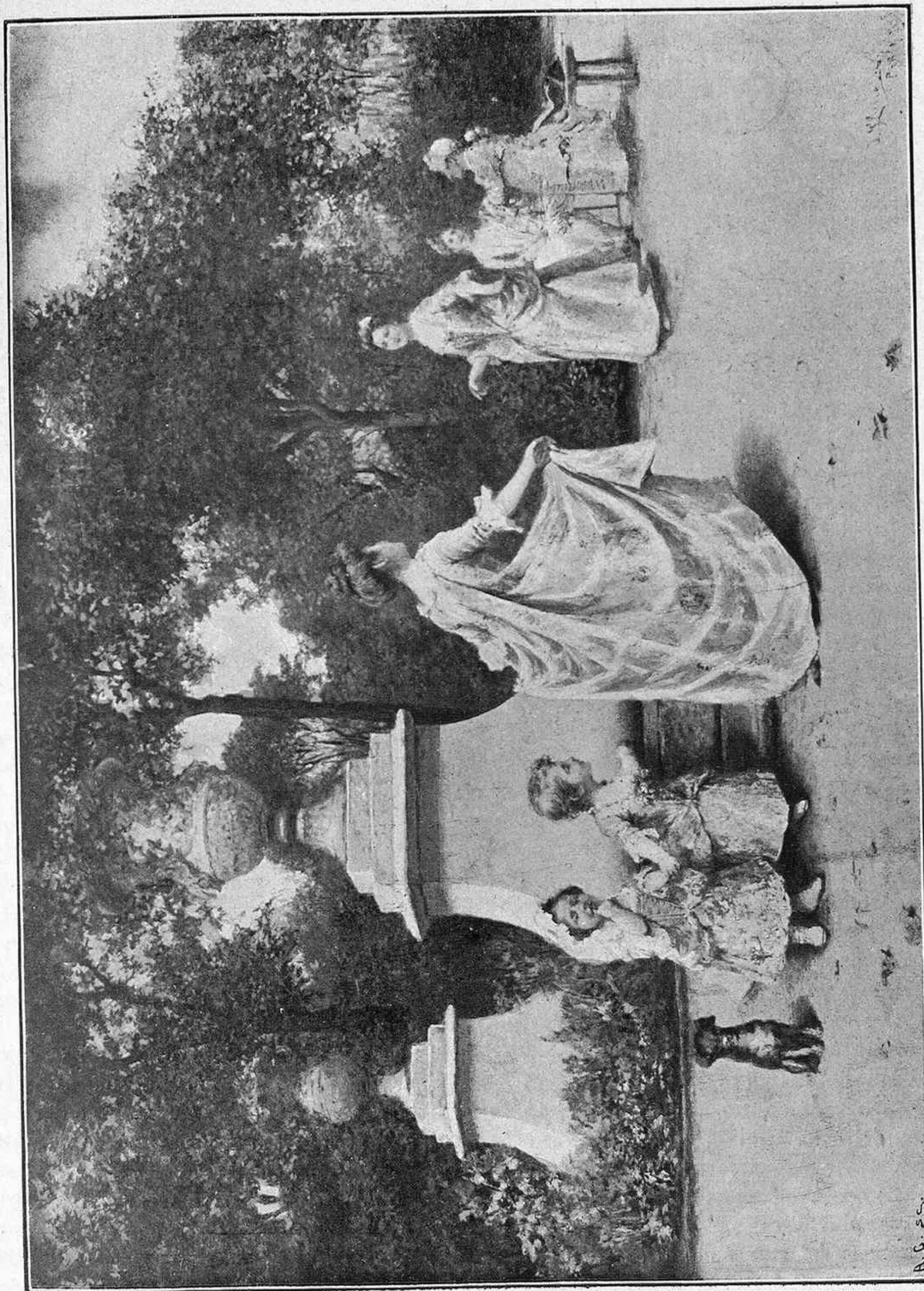
Los soldados de Crunia se convencieron de que es más fácil morir que pensar. ¡Desgraciados los que no saben pensar ni morir!

EUGENIO SELLÉS.



VENDIENDO AMOR.

Cuadro de Lemeunier.



EL ESCONDITE.

Cuadro de Llaneces.



TOLÍN.

I.

LA villa costera de Posadorio tiene ancha entrada por el lado del Cantábrico, pero angosta y retorcida por el lado de la tierra. Su caserío se apiña en un hondón del cantil rocoso, sirviéndole de espaldar el recuesto del monte; de modo que para meter allí la carretera hubo que abrir tajo en la escarpa que baja hasta la orilla. Aquello es un medroso pasadizo angostado entre el renegrido muro del declive y las peñas batidas por la mar, y que después de retorcerse por los recodos del tajo, da acceso al puerto de Posadorio; y desde el puerto trepa por la escarpa, se desliza entre roñosas viviendas de pescadores, hasta dar con el pórtico de la iglesia en un altozano que á media ladera del monte atalaya la mar y domina la villa.

Todas las casucas son chatas, mugrientas y apretadas unas contra otras, como si todas se defendieran con mutuo amparo de los duros marretazos. De un lado, la mar que golpea el peñascal en que se cimenta Posadorio, socavándolo con su labor tozuda; del otro lado, la escarpa humedecida y negreada por las chorreras lamedoras de los negros tormos que avanzan en el abismo y se ciernen inseguros sobre el roñoso caserío apiñado ante el doble peligro del mar y de la tierra.

En aquel rincón manido, entre el tajo del monte y el mar abierto, los hombres no pueden ser otra cosa que pescadores: todos los hombres de Posadorio viven de la pesca; allí hasta el cura tiene

su bote para salir mar afuera; y parece lo más razonable que así sea, porque es lo cierto que sus feligreses, más veces necesitan de él en la mar procelosa que sobre la tierra firme. Sobre el peñascal muere de cuando en cuando alguno que otro viejo de los que la mar desdeñó tragarse un día; sobre el peñascal muere también el mujerío de Posadorio; pero los hombres recios y robustos, la mocedad de la villa, muere en la mar. En un día, en unas horas, de marea á marea, se sorbe el Cantábrico un veintenar de mozallones de Posadorio. En espera de los días tormentosos, la chalonga del señor cura permanece amarrada á una argolla del puerto, columpiándose en el ondulado remanso de las aguas muertas y acariciando los verdegosos sillares del muelle con el balanceo del oleaje manso.

II.

Todas las traineras fueron saliendo á la mar: había comenzado la costera de la sardina. Aquellas embarcaciones, cuando están amarradas en la dársena, se juntan y se apiñan como las casucas del pueblo; el velamen á medio arriar negrea de mugre, como las fachadas de las viviendas negrean de roña. Pero llegada la hora de hacerse á la mar, las embarcaciones rompen la querenciosa compañía, el dulce arrimo de buenas compañeras, para salir briosas á orearse lejos del hondón triste, mientras el caserío, en medroso apelmazamiento, se agazapa bajo el cantil, semejante á una excrescencia

de la roca. Las mujeres de Posadorio, cuando las lanchas van lejos, ven las velas mugrientas que resplandecen de blancura sobre el horizonte; los hombres desde sus traineras ven las roñosas casas de la villa, que refulgen de blancor sobre el recuesto del monte.

A media tarde cayó el nordeste, y á la media hora saltó un suestazo recio que echaba sobre la mar sus bocanadas calientes, encrespándola y embraveciéndola.

Todo el mujerieo de Posadorio se asomó al mallecón del puerto; los golpetazos del mar contra la piedra ahogaban la greguería de imprecaciones, gañidos y lamentos. Unas mujeres lloraban, otras parecían increpar las olas, bramando con rugidos fieros; algunas, las menos, permanecían silenciosas, avizorando serenas la mar embravecida.

Fueron entrando una á una las traineras. Cada embarcación que doblaba la punta del puerto, era una veintena de hombres en salvo, y al verlos entrar las mujeres, agolpándose y empujándose, enronquecían en el clamoreo, ansiosas por ver lo que entraba.

Al cerrar la noche, sólo faltó una trainera en el puerto de Posadorio.

III.

Pasaron dos días y no pareció aquella lancha; ni rastro de ella. El vecindario de Posadorio volvió á la monótona mansedumbre de su vida; era como la mar que se encrespa y se encalma al capricho de una mano de viento.

Solamente la *Juaca* siguió esperando la trainera porque iba en ella *Tolín*, un mozallón de lo más valiente, de lo mejor plantado entre los mocetones de Posadorio. *Tolín* era el hijo único de *Juaca*, y la infeliz mujer pasó aquellas dos noches en espera ansiosa; al rayar el alba subía *Juaca* por las angostas callejuelas, camino de la iglesia, para pedir á Dios, en larga sarta de rezos, la vuelta del *Tolín*.

Pero ni *Tolín* ni sus compañeros de tripulación parecían por Posadorio.

IV.

Amaneció el tercer día después de la catástrofe. Era triste la aurora en el hondón de Posadorio; la luz amarillenta se difundía sobre el mar, y á su claror mortecino el cantil negro parecía paño fúnebre cayendo desde el monte. Por las callejucas angostas penetraba la claridad macilenta; el mar era un lago de aguas oscuras, casi negras. En el altozano, á media ladera, veíase dominando el caserío la silueta de la iglesia.

Juaca salió de su casa para pedir otra vez al cielo la vuelta de *Tolín*, su único hijo. Iba despacio; aún allá arriba el sacristán no habría abierto las puertas; las calles, retorcidas y estrechas, estaban solitarias. En la vuelta de un recodo, *Juaca* vió á lo lejos un hombre que andaba como ella, lentamente.

—Si *paex* el *Tolín*—se dijo á sí misma *Juaca*.

El hombre avanzaba con lentitud pausada y lerda. *Juaca* avanzó también con paso remoroso; llegaron los dos á verse frente á frente. La luz del crepúsculo aún era tibia y amarilla.

La vieja arrebuja en un mantuco parose ante el mozallón; el mozallón parose ante la vieja.

La luz de la alborada los envolvía en claror macilento. Y *Juaca*, sin moverse, dijo:

—¿Eres tu, *fiu*?

—Soy yo, *mae*.

—¿*Onde ibes*?

—Iba *pa casa*. Y tu ¿*onde ibes*?

—Iba *pa misa*.

Siguió un largo silencio. El naufrago y su madre se miraban en mitad de la callejuela solitaria que la luz de la aurora comenzaba á teñir con tonos de rosa. Habló al fin *Juaca*:

—Mira *Tolín*, daré la vuelta, *diré pa casa*. Traerás *fame y voy facete unes sopines*.

Y *Juaca* dió la vuelta y echó á andar calle adelante lentamente. El *Tolín* echó á andar detrás de *Juaca*, también pausada y lentamente.

FRANCISCO ACEBAL.

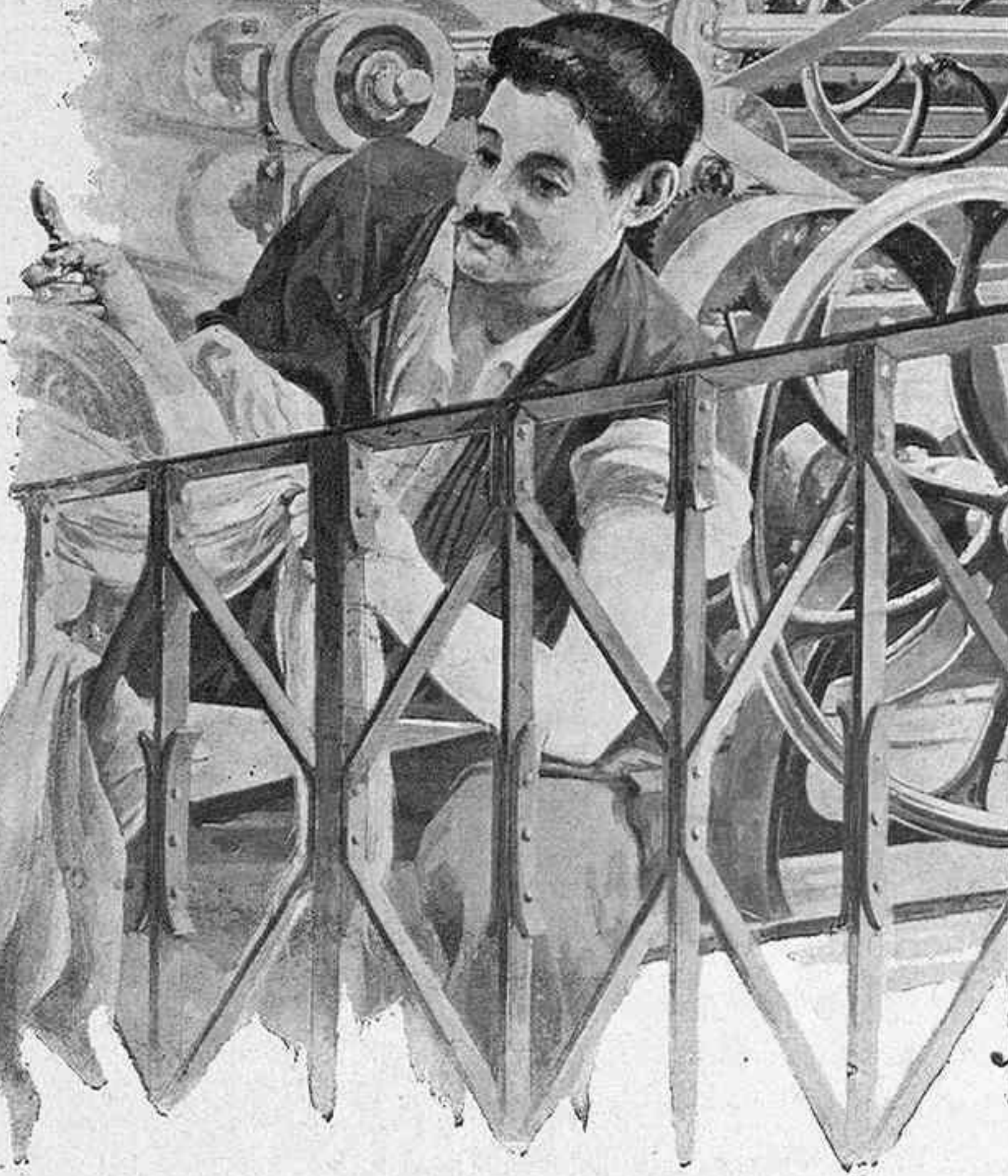
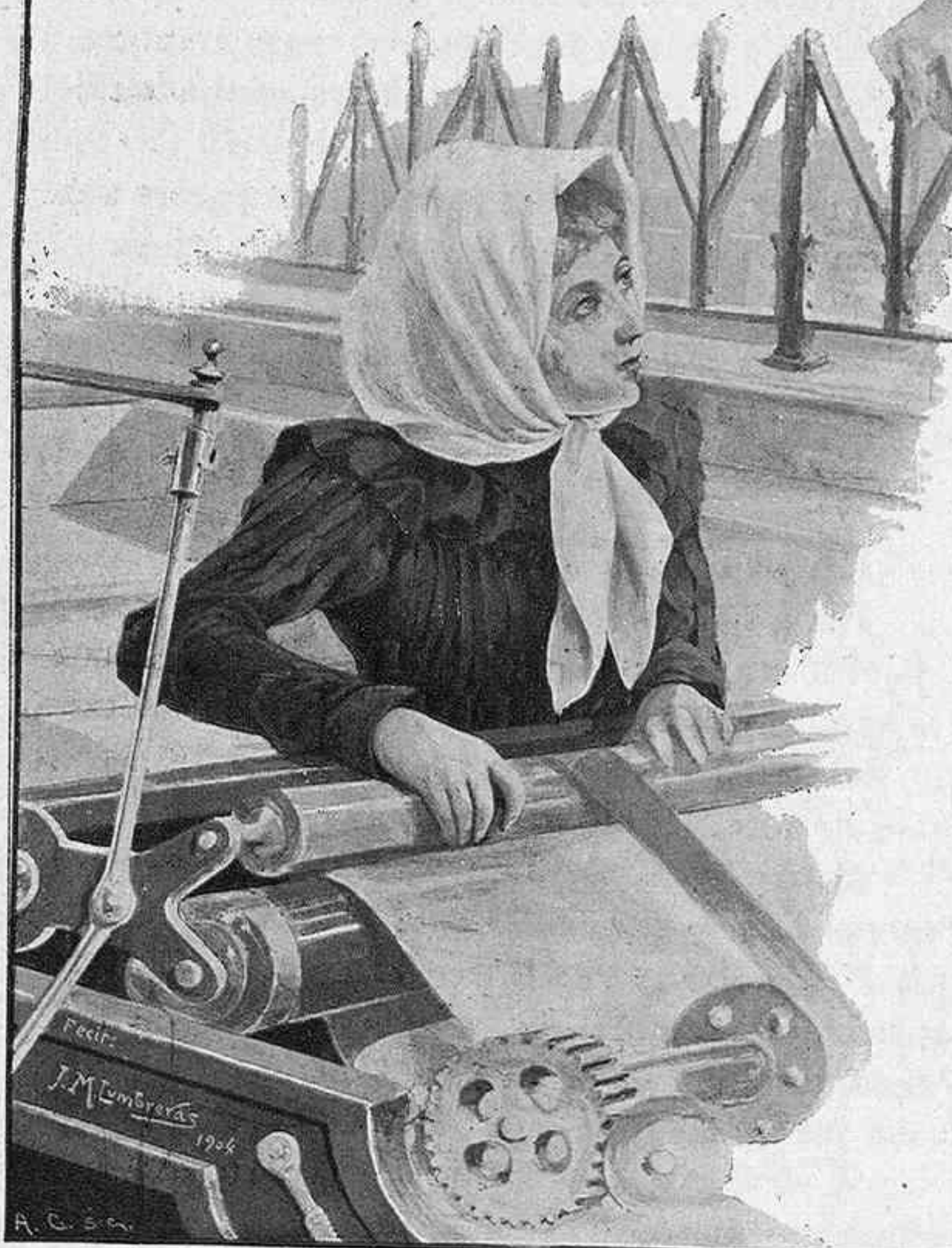
AZULES, PARDOS Y NEGROS

I.

TRABAJABAN los dos obreros en la misma nave de la fábrica.

Bajo las correas de la máquina estrepitosa, que daban vueltas incesantes moviendo las ruedas engranadas, los hombres y las mujeres se hallaban separados por un férreo balaustre de poca altura, la necesaria para marcar la división entre ellos y ellas.

Él, dedicado á rudísimo trabajo, en un batán de donde el vapor salía acompasa-



damente en blancas nubecillas, como bocanadas del aliento de un monstruo, estaba con la blusa azul empapada en sudor, arremangados los brazos nervudos y mostrando el pecho de adolescente, desarrollado por aquella gimnasia que robustecía los músculos.

Ella, ante un aparato que convertía las húmedas guedejas de lana en ingrátida tela que se enrollaba en un gran cilindro y desaparecía por un boquete abierto en el suelo, cuidaba sólo de que el mecanismo funcionase con regularidad, con trabajo poco penoso, propio para seres de escasa fuerza. Vestía de negro y cubría su cabeza gentil con un pañuelo blanco, bajo el cual asomaban, como escapándose, ricillos dorados de una ondulante cabellera.

Él tenía los ojos negros; *Ella* azules.

II.

Á pocos metros de distancia, oyendo sin cesar el ruido ensordecedor de la maquinaria, veíanse todos los días en las horas que duraba el trabajo. Al llegar la de la comida y el descanso, *Ella* se iba con las obreras y *Él* con sus compañeros.

Bien hubiera querido *Él* hablar con *Ella*, decirle algo, siquiera un *buenas tardes* afectuoso; pero se hallaba prohibida la conversación de los obreros en las naves, bajo severísimas penas, y al salir de la fábrica, lo mismo que al entrar, *Ella* iba siempre acompañada por su madre, una vieja con cara de pocos amigos.

La fábrica estaba en el campo; vivía *Él* á seis kilómetros de distancia, y para recorrerlos á pie al ir y al volver, no tenía tiempo de entretenerse si había de llegar con puntualidad al trabajo y á cenar con su madre, que le esperaba impaciente en la aldea.

Ella debía de vivir también muy lejos y por el lado contrario; no había, pues, ocasión ni medios de comunicarse.

III.

La primera vez que se hablaron con los ojos, único diálogo posible, los negros dijeron así á los azules:

—¡Qué bellos y qué dulces sois! Parecéis dos pedazos de cielo.

Y los azules, después de parpadear tímidamente, contestaron:

—Sois muy hermosos: parecéis dos cuentas de azabache, y brilláis como soles.

Desde aquel día los azules y los negros siguieron hablando siempre que pudieron, entre el zumbido de los volantes y el fragor horrible de las poleas y el golpe rudo de los batanes y el rechinar de los cilindros, aprovechando un segundo, relampagueantes como centellas.

Por las mañanas no faltaba el saludo, la bienvenida, cada vez más expresiva y cariñosa; por las tardes la despedida, el adiós de los enamorados, tan triste aunque sea *hasta luego*.

En medio de la continua tarea, los negros decían algunas veces:

—¡Qué trabajo tan rudo! Y, sin embargo, temo

que llegue la hora del descanso, porque es la hora de no verte. Aquí, junto al batán, que abre los poros de mi carne y rinde mis fuerzas, soy dichoso porque puedo mirarte.

Los azules contestaban:

—¡Qué aburrimiento! Cuidando de que la teli-lla apenas formada no se enrede y siga su curso siempre igual, inacabable, como los días que no



te veo, me consuelo no más mirándote á hurtadillas de todos.

—Aquí—dicen los negros— está prohibido el hablar, pero eso no reza con nosotros. ¿Qué cosas te digo, eh? ¿Las entiendes todas?

—¿Cómo lo dudas si ves que te contesto?

IV.

Otra obrera, jovencilla también, muy linda y vivaracha, vino á ocupar puesto junto á la de los ojos azules.

El obrero la miró con indiferencia, pero la miró. Los ojos azules, al notarlo, chispearon de ira y de celos.

—No seas tonta —dijeron los negros con vehemencia;—no quiero á nadie sino á ti, ni hay para mí en el mundo más mujer que tú.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Es que si mi hicieras traición, me moriría. Y al decir esto se humedecieron.

Los negros entonces, ardientes como ascuas, hicieron protestas de un amor infinito, y las dos miradas en el espacio se dieron un beso dulce, casto, prolongadísimo.

V.

La obrera recién venida, la que despertó los celos de los ojos azules, los tenía pardos, muy grandes y muy expresivos: unos ojos habladores y chispeantes de gracia.

Bien pronto sorprendieron el diálogo mudo de los amantes, y al cruzar su mirada con la del obrero, le dijeron así:

—Eres un guapo mozo; repara en mí, que tampoco soy despreciable. Esta rubia es muy sosa.

Y esto lo decían como haciendo seductoras promesas. Podía decirse que al hablar de aquella manera sonreían. En tanto los azules miraban amorosos, llenos de candor y de inocencia.

Los ojos negros dijeron á los pardos:

—Sí que sois rasgados y hermosos; vuestras pupilas lucen alegres como una fogata entre esas pestañas sedosas y largas; pero aquellos azules tienen una dulzura que embelesa.

VI.

Una tarde, al salir de la fábrica la obrera de los ojos pardos, ligera y decidida, sin recatarse, á la vista de todos, tomó el mismo camino que el trabajador de los ojos negros.

Estos, que siempre á hurtadillas de la madre rígida y seria se despedían de los azules con una mirada intensa y larga, dijeron un adiós muy cariñoso, más apasionado que nunca, para contrarrestar sin duda la penosa impresión que les pro-

duciría ver á la obrera de los ojos pardos seguir aquel desacostumbrado camino.

Los ojos azules siguieron la marcha del obrero, no tan lenta como otros días, hasta que desapareció tras un recodo, y entonces..... se llenaron de lágrimas.

Pocos momentos después, el trabajador y la obrera no hablaban con los ojos, sino con los labios. Conversación alegre, propia de gente moza; diálogo más picaresco que amoroso y con más risas que palabras.

Los dos compañeros de trabajo separáronse pronto, porque ella vivía también lejos y en dirección contraria; pero entre bromas y veras, quedaron citados para el siguiente día, y aquél para el otro, y así los sucesivos.

Ya desde entonces, en el diálogo de los ojos azules con los negros había reproches y quejas, ya intervenían en él los ojos pardos con centelleantes amenazas de odio.

Y los azules, enrojecidos por el llanto y por el insomnio, miraban á los negros como pidiendo compasión..... ó no los miraban y se humedecían.

VII.

Faltó una semana al taller la obrera de los ojos azules; cuando volvió no parecía la misma. Sus lívidas ojeras, su palidez mate, la demacración de su rostro, indicaban el sello de una mortal dolencia.

—¿Qué tienes?—preguntaron los ojos negros con interés vivísimo, desafiando la mirada de los pardos, que se clavaba como una flecha.

—¿Qué tengo me preguntas? Ya lo sabes—contestaron los azules llorando;—una pena muy honda en el pecho, un dolor muy grande en el alma.

Y cuando los negros, más compasivos que amorosos, iban á consolar á los azules, los pardos cortaron aquella mirada con una suya penetrante, fija y cruel.

Pasando alternativamente de los negros á los azules, dejó á éstos sin esperanza, y obligó á los otros á cerrarse con tímido pudor.

Entonces los azules se inundaron en llanto, y la obrera infeliz, sin reprimir ya los sollozos que la ahogaban, abandonó su puesto y salió del taller, adonde no volvió aquella tarde.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntaron los ojos negros á los pardos.

Y éstos, fulgurantes como nunca, respondieron en aquel tremendo diálogo mudo:

—Porque tus miradas han de ser para mí, para mí sola. Si no, ¡ay de los azules, ay de los pardos, ay de los negros!

VIII.

Aquella noche la inicua traición tuvo su premio en el verde senderillo de la montaña.

Algunos días después, en aquel mismo sitio, cuando los ojos negros y los pardos, á la luz pálida de la luna, confundían en una sola dos miradas ardientes; cuando sus pupilas brillaban con resplandores de ascua y dilatadas como por el asombro cambiaban frases que la palabra no sabía expresar, allá lejos, en una casita de la aldea, los ojos azules, vertiendo sus últimas lágrimas, se cerraban para siempre!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



FAMILIA FELIZ.



¡Por las narices!

¿Y habrá de ser eterna la injusticia
Con que os dejaron en completo olvido,
No sé si por pereza ó con malicia,
Los muchos vates que en el mundo han sido?
¿No habrá, entre tantos, uno más despierto
Y de tan recta condición, que quiera
Venir á enderezar tamaño entuerto?
Oye, oh vate, su queja lastimera;
Acude á quien te implora,
Y con tu fantasía creadora
Defiende á las narices infelices
Que padecieron tanto!
Poeta Lohengrin, ¡entona el canto;
Que hoy tocan á cantar *por las narices!*
Dime, oh bardo elegante,
Que, siempre *sin enojos*
(Pues así lo dispuso el consonante),
El astrónomo fuiste de los ojos;
Díme, ilustre tornero de los cuellos,
Joyerero de la boca y los cabellos
Y florista de labios y mejillas;
Tú, que encontraste tantas maravillas
Y encantos tales en el rostro humano,
De la barba á la frente,
¿Cómo, diablos, me explicas el arcano
De no haber encontrado... *el más saliente?*
¡No, vate; no me vengas á estas horas
Diciendo que lo ignoras,
Y si entre dudas tu razón se agita...
Tócate las narices, y medita!
¡En su tamaño y posición repara
Y en lo piramidal de su figura,
Por donde la importancia se declara
De ese obelisco que plantó Natura
En la mitad de en medio de la cara!
Ve, con la detención que se merece,
Notando cómo adorna y ennoblece
Á las demás facciones naturales,
Y dí si no te espanta y estremece
Ver sin nariz la faz de los mortales,

Que á cosa tan distinta se parece!
Pero no solamente al rostro ofrece
Su heráldica función decorativa.
Práctica y positiva,
Por el bien de su dueño se desvela,
Y es torre de su gusto defensora
Donde el olfato está de centinela.
¡Y defendiendo el rostro que decora,
En ella van á *dar* golpes y olores,
Sospechas y temores!
Jamás rendida en sus combates rudos,
Y en vela siempre por su dueño amado,
Ella toca á rebato, en estornudos,
Cuando asalta su cuerpo el constipado.
Y como sólo con su bien se engríe,
Y como sólo con su mal padece,
Se dilata si el dueño se sonrío,
Y se *atufa* si el dueño se enfurece.
¡Modelos de paciencia y de dulzura,
Ni siquiera las pobres se impacientan
De ser cabalgadura
De las cosas que al amo le revientan!
¿Dónde habrá servidor tan comedido
Que á tal extremo su respeto lleve
Cual la nariz, que ni á roncar se atreve
Hasta después que el amo está dormido?
¿Llegas, oh vate, á sostener la lucha,
En alas de tu ardiente fantasía?
Enhorabuena vengas; pero escucha,
Porque hay más todavía.
Para mí, la nariz es monumento
Que empieza á levantar el pensamiento
El día en que comienza su reinado.
Porque tengo advertido y observado
Que mientras nace el bruto y el instinto
Se lo encuentra de pronto,
Sigue el hombre al nacer rumbo distinto.
¡Romo de faz, de inteligencia ciego,
El niño nace chato y nace tonto!
¡La nariz y el talento vienen luego!

Y paralelamente,
 Conforme agranda su poder la mente,
 Del rostro la nariz se enseñoera:
 ¡Cómo si la empujara de la frente
 El incesante golpe de la idea!
 ¡Ah! ¡El inventor de aquel refrán añejo
 Que asegura que el rostro es el espejo
 Del alma, usó del arte
 Del tropo, y tomó el todo por la parte!
 Pero yo, sin sinédoque, aseguro
 Que el espejo más claro y el más puro
 Es la nariz.

La recta y delicada
 Del heleno perfil, la remachada
 Del negro, la aguileña
 De César Imperátor, la menuda
 De Cleopatra, la grande y la pequeña,
 La redonda y la aguda,
 La gruesa y la delgada,
 Y la bobalicona acaballada,
 Y la provocativa respingona,
 Muestran la condición de la persona!

Comprueba estas verdades evidentes
 En históricas fuentes,
 Y en bustos y en medallas y en escudos
 Mide narices y examina nombres,
 Para que veas que los grandes hombres
 Fueron también los grandes narigudos!
 ¿Lo viste al fin, altísimo poeta?

¿Viste que no es dudosa disyuntiva
 El tener narizota ó narigueta?
 ¿No es cierto que advertiste
 En la cara ceñuda y pensativa
 Del chato la expresión de un alma triste?
 Sí, vate: el chato es fúnebre y sombrío
 Y aborrece el espejo y el retrato.
 Por eso, al ver un romo al lado mío
 Que hace que vive alegre, no me fío,
 Que *á mí no me la pega ningún chato!*
 Yo prefiero el tamaño á la figura,
 Y por eso agradezco
 Que, pródiga, me diera la Natura
 Una nariz... que no me la merezco!

Mil veces esta idea
 Fué mi consuelo en trances de la vida:
 Y al mirar que una dicha apetecida
 Huye veloz á que otro la posea,
 Me serena, me anima, me hace fuerte
 Y me consuela en horas infelices
 La consideración de que la suerte
 Me deja... *con un palmo de narices!*

¡Oh vate! Lanza ya tus melodías
 Y en ti comience el lírico certamen;
 ¡Que en rededor tendrás de tus poesías
 Narices redimidas que te llamen
 El *Ovidio Nasón* de nuestros días!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



CANCIÓN VESPERTINA.

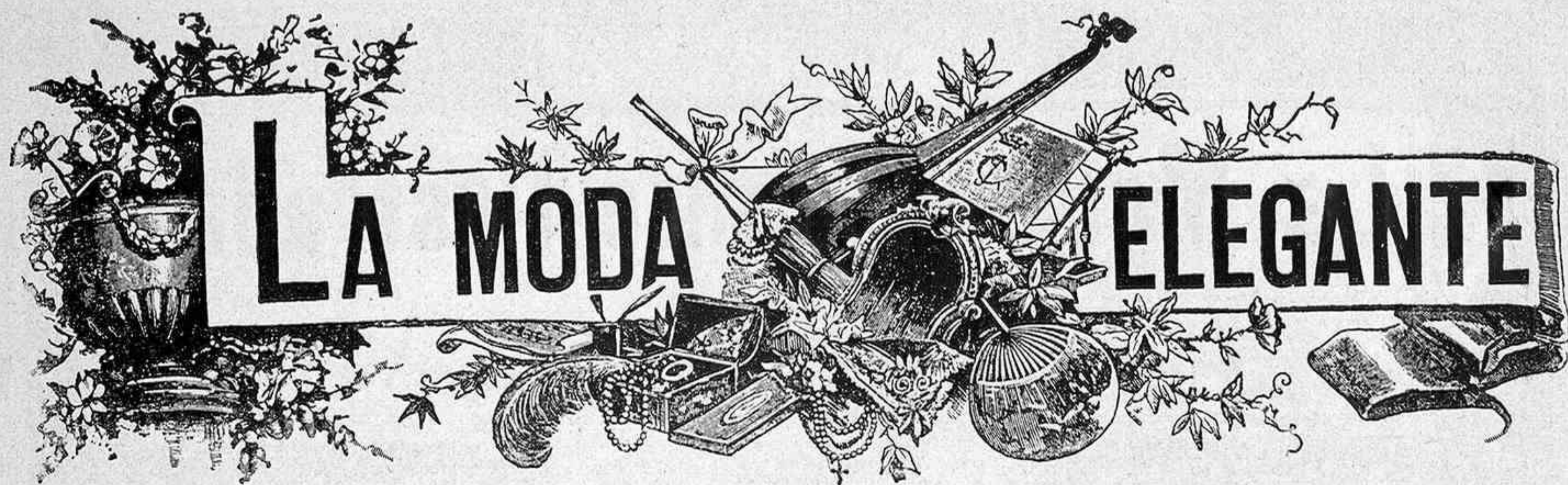
Cuadro de E. Maxence.



EN MARCO ANTIGUO..

Cuadro de M. F. Chardon, grabado por Braun Clement y Compañía.

LA MODA ELEGANTE



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arenal, 18, Madrid.

Madrid, 30 de Septiembre de 1902.

Año LXI. — Núm. 36.



Elegante toilette para señorita ó señora joven.

AÑO LXIV

La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN MADRID

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **36** pesetas;
Seis meses, **18**; Tres meses, **9**;
Un mes, **3**.

EDICIONES ECONÓMICAS

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **6**;
Un mes, **2**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **4,50**;
Un mes, **1,50**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **12** pesetas;
Seis meses, **6**; Tres meses, **3**.
Un mes, **1**.

EN PROVINCIAS

EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **40** pesetas;
Seis meses, **21**; Tres meses, **11**.

EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;
Seis meses, **12**; Tres meses, **8**.

TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;
Seis meses, **9**; Tres meses, **5**.

CUARTA EDICIÓN

Un año, **14** pesetas;
Seis meses, **7**; Tres meses, **4**.

DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.
Tanto de **La Moda Elegante Ilustrada**, como de **La Ilustración Española y Americana**, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

